

se

NORMAN STONE

**BREVE
HISTORIA DE
LA SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**



Lectulandia

Con su estilo narrativo único y su profundo conocimiento de nuestra historia reciente, Norman Stone se ha propuesto describir seis años del más sangriento conflicto nunca habido, con cerca de 50 millones de muertos.

Una guerra que consumió al mundo y en la que estuvieron implicadas las fuerzas aliadas por un lado y Nazis, fascistas y el imperio nipón por el otro.

Desde los orígenes suscitados por las graves depresiones económicas del periodo de entreguerras hasta el estallido de las bombas atómicas en Nagasaki e Hiroshima, pasando por la invasión de Polonia, el frente del este, las batallas en el norte de África, Burma y la guerra en el Pacífico.

Stone desgrana los principales acontecimientos con su estilo ágil en este único y conciso volumen.

Lectulandia

Norman Stone

Breve historia de la segunda guerra mundial

ePub r1.0

Titivillus 02.02.18

Título original: *World War Two: A Short History*

Norman Stone, 2013

Traducción: Francisco García Lorenzana

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

La Europa de 1914 parecía grandiosa a juzgar por los grandes monumentos que se levantaban en todas las capitales de aquel momento. Todos ellos tienen un aire triunfalista: el Mall de Londres, el centro imperial de la cuarta parte de la superficie del mundo; el nuevo Hofburg de Viena, donde todos se debían sentir como en una exposición en el museo en el que estaba a punto de convertirse la ciudad; el monumento del Milenio en Budapest, que conmemoraba el milenario de la llegada de los húngaros a Europa central; la enorme «tarta de boda» de Víctor Manuel en Roma. París ya había recibido antes el tratamiento napoleónico y el triunfalismo de la época queda patente principalmente en el puente de Alejandro III. Si eras europeo o norteamericano, se suponía que eras el dueño del universo, e incluso capitales secundarias, como Bruselas (que reinaba sobre el Congo), disponían de sus muestras de pompa. El ejemplo más espectacular no se encuentra en Europa sino en la joya de la Corona británica, la ciudad de Nueva Delhi, diseñada por *sir* Edwin Lutynnes para un virrey, lord Curzon, que dijo en 1904 que los británicos debían gobernar en la India «como si fuera para siempre». En realidad saldrían de allí en 1947 y para entonces todas estas grandes capitales estaban destruidas o como mínimo en unas condiciones lamentables a causa de la guerra. El centro de Berlín estaba en ruinas y en la Siegesallee (la avenida de la Victoria) los bustos enormes de los austeros gobernantes de Brandeburgo brillaban por encima de los escombros formados por las malas hierbas, los matorrales quemados y los cadáveres de los animales que se habían escapado del zoo cercano. El siglo había empezado con la pompa y circunstancia del funeral de la reina Victoria, cuando los gobernantes del mundo se habían reunido en Londres, pero ni siquiera había llegado a su mitad cuando todo el espectáculo imperial tuvo su propio funeral en 1945.

Sólo habían pasado treinta años entre el inicio de la primera guerra mundial y el final de la segunda y, con un breve intervalo en la segunda mitad de la década de 1920, habían sido calamitosos. Hasta 1914, todo el mundo, a excepción de algunos escritores pesimistas, había creído en el progreso. H. G. Wells había sido su portavoz principal: la ciencia salvaría a la humanidad. En 1945, en su último libro, *Mind at the End of Its Tether*, Wells se había vuelto lúgubramente pesimista. Pero este cambio de ánimo también resultó un error. Después de 1945, o en cualquier caso después del inicio del Plan Marshall en 1947, reinó la paz y la prosperidad, y la pesadilla de treinta años se fue disolviendo. El mundo, o al menos el mundo occidental, regresó a una situación anterior: la de finales del siglo XIX. Los últimos cuarenta años de ese siglo habían presenciado el mayor salto económico de la historia moderna, si se tiene en cuenta el punto de partida. Los caballos y los carros se convirtieron en automóviles; los hospitales se transformaron en lugares de cura, no de muerte a causa de las infecciones o el dolor; películas, aviones, psicoanálisis, rascacielos,

teléfonos... fueron todos ellos productos de esa generación. La esperanza de vida se disparó hacia arriba y la población se dobló. También es cierto que la vida cultural de esta época fue sorprendente. Para un científico el mundo de 1910 era milagroso. Sin pasaporte y sin gastar demasiado, se podía asistir a las reuniones internacionales organizadas por el industrial belga Ernest Solvay, y hablar de matemáticas y física con las mentes más poderosas del mundo: Henri Poincaré, Albert Einstein, Marie Curie. En el campo de la educación, en la mayoría de los países se habían implantado reformas que habían convertido los institutos de secundaria en centros mejores que las universidades actuales. La gente conocía la Biblia y los clásicos nacionales; la media de la interpretación musical era extraordinariamente alta; las publicaciones se multiplicaban y escritores serios como Thomas Mann o compositores como Richard Strauss (que eran muy cuidadosos con el dinero) se podían enriquecer. Pero el pesimismo de los escritores estaba justificado, porque de todo ello surgió la primera guerra mundial y poco después nació de ella la segunda guerra mundial. ¿Por qué?

La respuesta más corta es, por supuesto, Alemania. La creación de Otto von Bismarck fue el éxito más grande de la historia y sus gobernantes vivían a su sombra. Los alemanes empezaron a ver a los eslavos como inferiores. Los polacos emigraron por millones hacia el oeste a Silesia o al Ruhr industrial, y se tardó generaciones en asimilarlos. Los reyes prusianos tenían que aprender polaco como una necesidad y el primero que prohibió a su hijo que lo aprendiese fue el padre del káiser Guillermo II que reinó muy brevemente. Prusia había tenido siempre una relación muy estrecha con Rusia, cuyos gobernantes eran alemanes o tenían una gran influencia alemana. Pero esto cambió en la década de 1890 cuando Rusia recibió el estigma de ser un país retrasado y bárbaro. También acordó una alianza militar con Francia, el gran rival de Alemania, recibiendo a cambio una gran cantidad de inversiones francesas. En 1914 estaban dando resultado. Rusia se estaba poniendo al día con rapidez y cundió una gran alarma en los círculos militares alemanes de que los aplastarían en una guerra en dos frentes. Esta alarma afectaba a una zona muy amplia. Austria-Hungría, el imperio de los Habsburgo, se encontraba en un claro proceso de disolución; y también estaba la Turquía otomana, que se estaba desintegrando con mayor claridad aún, y que a pesar de eso seguía controlando el petróleo de Irak y los estrechos del Bósforo, por donde pasaba el importantísimo comercio de los cereales rusos y muchas cosas más. Cuando se cerraron brevemente en 1911-1912, la economía del sur de Rusia también quedó muy quebrantada. Sobre estos temas Alemania y Rusia se encontraban en un curso de colisión.

El problema era que Alemania se había hecho más enemigos además de Rusia. Los franceses nunca se habían llegado a reconciliar con la derrota que sufrieron a manos de Bismarck en 1870 y realizaron un gran esfuerzo de recuperación: un gran ejército (incluso reclutaban a los monjes), una armada para construir un imperio y una política exterior ambiciosa que se centraba en la alianza con Rusia. Pero la hostilidad francesa se podría contener teniendo en cuenta que los británicos

permanecían neutrales. Y fue aquí donde Alemania cometió el error más grande alrededor del cambio de siglo. Alemania planificó una armada en vista a lo que llamó *Weltpolitik* –«política mundial»–, con lo que querían decir un imperio. Pero los barcos no eran como los británicos o los franceses, que debían navegar alrededor del mundo, defendiendo el comercio marítimo y sus posesiones, para lo que necesitaban una gran capacidad de almacenar carbón, lo que a su vez limitaba el peso que podían dedicar al blindaje. Los barcos alemanes se construyeron con una capacidad muy limitada de almacenamiento de carbón, de manera que podían dedicar el peso a un blindaje adicional. A los británicos les llevó algún tiempo darse cuenta de que en realidad los barcos alemanes estaban pensados para permanecer en aguas europeas, y que serían menos vulnerables que los británicos con un blindaje mucho más ligero. Y la intención de la armada alemana era presionar o chantajear a los británicos para que garantizaran a Alemania concesiones imperiales: unas concesiones que en primera instancia debían estar en China, pero más tarde derivaron hacia Oriente Próximo, las tierras del antiguo Imperio otomano. Los barcos alemanes, que se desplazaban hacia el mar del Norte, plantearon el mismo tipo de amenaza antes de 1914 que la fuerza aérea de Hitler antes de 1939. Esta situación, en lugar de acobardar a los británicos, provocó que estableciesen alianzas por todas partes. La alianza con Japón en 1902 alivió el peso de sus responsabilidades en el Lejano Oriente. En 1904 establecieron una semialianza con Francia, la *Entente Cordiale* («acuerdo amistoso»). En realidad se trataba de un intercambio colonial en el norte de África. Existía una rivalidad en Egipto, donde los británicos habían establecido un protectorado y habían excluido a los franceses. Los franceses, a su vez, se habían asentado en Marruecos y necesitaban apoyo internacional. Ahora se cerró un acuerdo: Marruecos para Francia y Egipto para Inglaterra. Entre bambalinas se produjo un acuerdo naval: los británicos se ocupaban el mar del Norte y los franceses del Mediterráneo. Más tarde se ampliaron estos acuerdos cuando los británicos establecieron tratados con Rusia y, después de 1911, elaboraron planes de ayuda militar a Francia en caso de un ataque alemán. Freud define la neurosis como la condición en que se vuelven realidad tus peores pesadillas, y Alemania se encontraba en semejante situación.

Uno de los libros alemanes más famosos sobre la primera guerra mundial tiene por título *La guerra de las ilusiones*. Resulta extraordinario comprobar cómo hombres con una gran formación pudieron asumir confiadamente como la verdad hechos que resultaron ser grotescamente erróneos. La lista resulta interminable: que los imperios crean riqueza, que los acorazados eran vitales, que el oro era la divisa, que el bloqueo de las exportaciones provocaría revoluciones, que las fortalezas podían detener las invasiones, que la moral podría ganar batallas. Se hablaba mucho del honor nacional, pero como decía Falstaff: «¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué hay en esa palabra honor? ¿Qué es ese honor? Aire». En 1914 el mundo imperial europeo parecía que se estaba desmoronando y estaba en marcha un movimiento tectónico geopolítico en el que, al menos, Rusia estaba alcanzando su potencial.

Alemania cayó en el pánico y sus gobernantes realizaron un esfuerzo para establecer una especie de Europa Unida, gobernada desde Berlín, que podía incorporar los componentes principales de la Rusia desmembrada. La última gran ilusión fue que la guerra sería corta. Cuando en la batalla del Marne el 9 de septiembre de 1914 resultó que estaban equivocados, los europeos se tropezaron con la realidad de la guerra moderna. Antes de 1914, Europa se había enfrentado a los problemas relacionados del conflicto social y el nacionalismo imperialista. En 1917, ambos surgieron con fuerza con una revolución comunista en Rusia y la intervención de Estados Unidos en la guerra, que iba a representar el final del imperialismo europeo. Los tratados que finalizan con la primera guerra mundial fueron compromisos incómodos y nunca tuvieron demasiada validez, ya fuera moralmente o por la fuerza.

El tratado negociado en París y firmado en Versalles en junio de 1919, que puso fin a la guerra, también fue un ejercicio de ilusionismo. Como señaló un francés: era demasiado blando para su dureza. La situación de 1919 era artificial. Alemania y Rusia desaparecían del escenario y Gran Bretaña y Francia parecía que imponían su ley en Europa. Con el apoyo americano, establecieron estados nuevos en el este y también en Oriente Próximo. Apareció una Gran Polonia, que se extendía profundamente en lo que había sido el oeste de Rusia, con una población que sólo era polaca en sus dos terceras partes y que agrupaba a tres millones de judíos, que representaban el diez por ciento de la población. Se establecieron Checoslovaquia y Yugoslavia, estados multinacionales sobre la base del patronazgo francés de los pueblos dominantes: los checos y los serbios. Apareció una Gran Rumanía, que no se diferenciaba demasiado de Polonia en cuanto a la composición nacional. Extendiéndose hasta el territorio otomano, se idearon estados nuevos: Irak se formó a partir de tres provincias otomanas muy diferentes: Mosul de kurdo-turcos, Basora de árabes chiítas y Bagdad de ortodoxos sunníes; Siria y Líbano que sólo tenían sentido si se contemplaban junto con Irak y desde ningún otro punto de vista; Palestina, un Israel en potencia, donde sionistas y árabes ya se estaban enfrentando en 1926; Arabia Saudí con un fanatismo religioso en pleno auge. Mirando hacia atrás desde 2012, más de un siglo después de que los italianos invadieran la Libia otomana en 1911, dando la señal de partida para la primera guerra mundial, resulta extraordinario constatar que el único de esos estados que ha funcionado es la Turquía moderna (con un poco de licencia literaria quizá se podría incluir Irlanda, teniendo en cuenta que también fue una creación de la posguerra). La «autodeterminación de los pueblos» que quedó fijada en los acuerdos de Versalles no funcionó demasiado bien. Como tampoco lo hizo el gobierno parlamentario que promocionaron los vencedores. Se redactaron constituciones solemnes y se celebraron elecciones (en la «República del Sudoeste del Cáucaso», que apareció brevemente en el nordeste de Turquía, se invitó a los votantes a que tirasen piedras dentro de dos jarrones diferentes, bajo los ojos atentos de los militares turcos). Alemania, a través de la reunión de profesores y otros personajes en Weimar, obtuvo una Constitución de credenciales impecablemente

democráticas: refrendada, representación proporcional, sufragio femenino, estados federales con sus propias elecciones y parlamentos (siendo el más grande Prusia). Las formas parlamentarias persistieron con dificultades hasta 1929 y entonces la economía mundial inició su colapso.

Las razones de la Depresión es uno de los grandes interrogantes del siglo xx. El «capitalismo», que es el nombre que le debemos otorgar, había sido un gran éxito, proporcionando a Occidente la ilusión fatal de su superioridad que trajo consigo esos «imperios de pacotilla, unidos a martillazos» (según la expresión de Jack Gallagher en la *New Cambridge Modern History*). Una parte de la fórmula de su éxito había sido lo que el economista Joseph Schumpeter llamó «la destrucción creativa», el ciclo de los negocios, en el que los perezosos y los acomodados se hundían y sus activos eran adquiridos a precios muy baratos por competidores más enérgicos. En la década de 1870, por ejemplo, los bancos italianos eran instituciones casi de risa, que revisaban todas las transacciones y sólo daban créditos a cuentagotas: estos bancos soñolientos fueron adquiridos por judíos alemanes con más vista para el negocio, que invirtieron a largo plazo en la hidroelectricidad. La toma del control dejó muy resentidos a los perdedores. Pero en 1929 el proceso se convirtió en una destrucción destructiva: el dinero americano se retiró del sistema, el marco alemán se colapsó, seguido por la libra inglesa, el comercio mundial se redujo en sus dos terceras partes, y en Francia se produjo hasta 1938 lo que se conoció como «crecimiento negativo». Era una catástrofe y los problemas de la actualidad (2012) no son nada en comparación, aunque a veces se comparan. Estados Unidos tenía 25.000.000 de parados, mientras que Alemania tenía 6.000.000, aunque en la misma época ya se trataba de una imagen distorsionada porque no se contaba a todas las alemanas desempleadas. El problema sólo se pudo resolver a través del rearme. No resulta sorprendente que una buena parte de la intelectualidad se volviera hacia la izquierda. Aun así, la crisis fue realmente el resultado de las deudas de guerra, y en un sentido más amplio de la atmósfera nerviosa y pesimista que había provocado la guerra. Esto, junto con la inexperiencia de Estados Unidos en la gestión de su nuevo papel como potencia mundial, se unió con los cambios en la tecnología que sustituía a los hombres por las máquinas. Pero la depresión que siguió no fue en realidad una sentencia terrible contra el «capitalismo» en su conjunto; sino que fue consecuencia de la primera guerra mundial.

Y la Depresión barrió a los gobiernos parlamentarios. La Alemania de Weimar siempre había sido débil, un sistema para el buen tiempo, y los gobiernos democráticos dependían de las coaliciones. Una formada por cinco partidos se cerró en 1929 y saltó por los aires en marzo de 1930 ante las primeras señales de crisis económica: los liberales de derechas dijeron que los desempleados debían pagar más por su seguro y los socialistas moderados plantearon que los empresarios debían pagar más; el desacuerdo alrededor de la cuarta parte de un uno por ciento derribó al gobierno, aunque por supuesto había mucho más en el trasfondo. A partir de ahí no

surgió ningún gobierno con mayoría en el Reichstag hasta la aparición de Hitler en enero de 1933. En Austria, Polonia, Rumanía y Grecia se establecieron dictadores o semidictadores; España sufrió una guerra civil que duró de 1936 a 1939, tras la que se impuso un régimen con el caudillo Francisco Franco al frente. Sólo dos países al este del Rin mantuvieron niveles civilizados: Checoslovaquia, establecida como un *Rechtsstaat*, un estado de derecho, en la línea de la antigua monarquía liberal de los Habsburgo, y la conservadora Hungría, donde seguían prevaleciendo las formas de la anticuada aristocracia. Mussolini había triunfado en 1922 en una especie de ensayo general para el fascismo de la década de los años treinta. En 1920 la economía italiana se había colapsado, a lo que siguieron dos años de casi anarquía. El fascismo italiano creció a partir del cuerpo de oficiales de la época de la guerra, formado por hombres que sólo podían encontrar un camino hacia delante en una especie de extorsión respetable a cambio de protección, y ofrecieron un modelo para Hitler. También tuvieron un éxito sorprendente. En 1936, fuera cuales fueran las razones, el desempleo alemán había caído hasta un millón de personas y aunque el nivel de vida del país era espartano en comparación con el británico, la economía estaba de nuevo en movimiento y todo el mundo participaba de un espíritu nuevo y positivo (que desagradaba por instinto a la mayoría de los británicos).

Pero Adolf Hitler fue en realidad el resultado de un vacío. Ese vacío le proporcionó sus argumentos. Se suponía que los acuerdos de posguerra se apoyaban en una Liga de las Naciones en Ginebra, pero en realidad sólo era cuestión de tiempo antes de que Alemania se volviera a reafirmar. Pero la cuestión era: ¿qué Alemania? Resultaba imprescindible un estado alemán decente, pero en especial los franceses se emplearon para impedirlo: incluso en 1931 se habían negado a cooperar con los británicos para mantener a flote la economía alemana. La lista de fracasos resulta interminable. La democracia de Weimar se había convertido en un régimen presidencialista gobernado por decreto: el Reichstag había dejado de funcionar. El patrón oro, que era el símbolo del orden financiero y comercial internacional, se había convertido en un peso deflacionista, deprimiéndolo todo excepto la importancia de los bancos centrales. Los alemanes se habían unido a él, en parte para pagar las reparaciones exigidas en Versalles. Pero se había convertido en una condición para el desempleo masivo. La Liga de las Naciones, la Línea Maginot, la Pequeña Entente que se suponía que unía a Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia en una alianza militar, pero que no incorporaba a Polonia: todas ellas ficticias y peligrosas porque se establecieron burocracias para mantener la creencia en ellas. Las primeras ciento y pico de páginas de *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial* de A. J. P. Taylor ofrecen el relato clásico de todo esto. Por supuesto que el período de entreguerras estuvo dominado por los recuerdos de la Gran Guerra. Francia había resultado especialmente debilitada y estaba defendiendo una apariencias. Esto se refleja perfectamente en *Muerte a crédito* de Louis-Ferdinand Céline, con unas vidas deprimentes en bloques de viviendas en Nancy o Eurcqes-sur-Ourcqes: una versión

amargada de *Subir a por aire* de George Orwell. El problema fue que las potencias occidentales concedieron a Hitler lo que le habían negado a Gustav Stresemann, el estadista liberal de Weimar que murió en 1929. La idea de Hitler era conseguir la recuperación en Alemania mediante la formación de un imperio en el este, para igualarse con la extensión americana o británica. Aprendió que si amenazaba con el uso de la fuerza y pretendía que tenía un armamento avasallador, Occidente cedería y quizá le animaría en su camino hacia el este. El imperio de Alemania se construiría a expensas de los despreciados eslavos.

Y así se llegó a la segunda guerra mundial con Hitler al mando de los asuntos alemanes. Se había vuelto muy popular porque había cortado con éxito por la mitad la red de hipocresía y falsedad que representaba «Versalles». Había revitalizado la economía alemana; era, para millones de alemanes, un orador poderoso e hipnótico; los alemanes ya no estaban humillados y empobrecidos por una Francia vengativa. Pero en el transcurso de todo esto, había molestado especialmente a los británicos. En el verano de 1939, creyó que podría ocupar el territorio polaco sin que se produjera ninguna intervención británica. Entonces llegó a un acuerdo inesperado con Stalin. Ahora los británicos no podían hacer nada por Polonia; seguramente ni siquiera lo iban a intentar. Erró en sus cálculos: se estaba produciendo una rebelión en la clase política británica y a ello siguió el ultimátum. Al final, esto también se convirtió en una guerra de Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos contra Alemania, un nuevo asalto, esta vez con armas mucho más destructivas, y, a través de tanques y aviones, con una movilidad en el campo de batalla que iba mucho más allá de la de 1918. Esta guerra terminó seis años más tarde con Europa central hundida en ruinas surrealistas. En la frontera germano-holandesa había un cartel que decía: «Aquí termina el mundo civilizado». Pero entonces, al fin, mejoró la situación: el problema alemán quedó resuelto y Alemania se convirtió en muchos aspectos en un estado modélico, los americanos se comportaron con un sentido de la responsabilidad que se habían negado a desplegar en 1919 y las guerras parece que pertenecen a un pasado inimaginable.

El año 1945 señala ese tipo de momentos trascendentales cuando finaliza una época y empieza otra. Hasta entonces, los imperios europeos gobernaban el globo y mis primeros manuales escolares –que ya estaban obsoletos– me informaban en 1950 de todo lo bueno que los británicos habían hecho en la India, de manera que casi una cuarta parte del mundo estaba cubierto por el rojo británico. Winston Churchill, el gran aristócrata que había nacido (en 1874) en el marco de las certidumbres victorianas y en ese sentido en la era pre-eléctrica (la primera gran casa en iluminarse mediante la electricidad fue la de lord Salisbury, Hatfield, en 1880), ahora ya era una antigualla. Lo mismo era cierto para su rival histórico, Adolf Hitler, pero se trata de otro tipo de antigüedad. Hitler había nacido en la frontera austro-alemana en 1889, y cuando era adolescente la electricidad, la energía que producía milagros, se estaba extendiendo con innumerables posibilidades nuevas en la construcción, el transporte,

la medicina y la radio. Más tarde, Hitler quedó fascinado por la maquinaria, mucho más que Churchill, que se interesaba principalmente por sus aspectos militares. En la frontera austro-alemana existía un gran resentimiento contra la tiranía de la Iglesia católica, que había suprimido a los protestantes por la fuerza, y Hitler creció con un desagrado intenso por la moralidad cristiana, que lo impulsaba a él, y a muchos otros, con mayor fuerza que el antisemitismo cuando era un hombre joven. Esto (según Brigitte Hamann, una historiadora espléndida que recurrió a las pruebas originales) lo recogió más tarde y a su manera vengativa habitual persiguió a una pareja de judíos ancianos que habían sido amables con él en los viejos tiempos, cuando vendía acuarelas a los turistas en Viena y se refugiaba en su tienda mientras llovía. Los lemas del nacionalismo de Adolf Hitler –tecnología, Triunfo de la Voluntad y eliminación de los débiles– también habían quedado anticuados en 1945. La versión de Hitler de la vieja Europa se extinguió como una farsa negra en su refugio, por debajo de los jardines del Reichstag, como lo muestra brillantemente la película alemana *El hundimiento*. Churchill también estaba acabado con su última aparición como primer ministro en 1951, en una mezcla de naftalina y alcohol. En 1945, con el enorme símbolo de la bomba atómica, emergió otro mundo.

Mucho más tarde, cuando fui a Alemania y leí sobre su historia, me tropecé con personas que habían participado en la maquinaria de guerra de Hitler. Supongo que el más extraordinario fue Albert Speer. En 1981 estaba realizando un programa de televisión para la BBC sobre Hitler y el arte, y le pedimos una entrevista a Speer, arquitecto jefe de Hitler y ministro de Armamento durante la guerra. Para nuestra sorpresa, aceptó, a pesar de sus setenta y seis años, y una condena de veinte años a sus espaldas. Era un fin de semana de vacaciones y durante esos días Londres estaba prácticamente cerrado: le tuve que llevar al restaurante del hotel Brown y habló sobre el Tercer Reich. Me sorprendió que no conociera uno de los datos más importantes sobre el voto nazi, que los protestantes les apoyaron mucho más que los católicos (Baviera tenía su reputación, pero se debía principalmente a su tercio protestante). Supongo que no le interesaba la religión. También me sorprendió bastante –aunque no debería haber sido así– que defendiese los bombardeos británicos de las ciudades alemanas, con el argumento de que alejaba buena parte del esfuerzo alemán de los frentes de combate y de la defensa de la patria. Fue una velada tremendamente triste, pero al día siguiente realizamos la entrevista, y fue muy bien, aunque supongo que lo debía haber explicado muchas veces. Entonces, lleno de alubias y admirado por todas las mujeres que había allí, se fue a su hotel y murió. Otra de mis extrañas conexiones con el Tercer Reich pasó por el hijo de Josef Mengele, el terrible médico que practicó en Auschwitz experimentos genéticos con personas vivas y que según se dice permanecía de pie en el andén del ferrocarril mientras los judíos salían tambaleándose de los vagones de ganado, separando a aquellos que podían trabajar de los que iban a ir directamente a las cámaras de gas. Había abandonado Auschwitz en el último momento con una caja llena de globos oculares, tejidos, etc. para

mostrárselos a su profesor en Frankfurt, que, como era de esperar, fue presa del pánico y lo echó con cajas destempladas. Mengele murió en Brasil en 1979 y la familia publicó la historia: entrevisté a su hijo, un hombre simpático y franco que había sido criado por un padrastro decente y socialdemócrata, y al que no le dijeron quién era su verdadero padre hasta cumplir los dieciséis años. Había volado hasta Brasil para conocer al hombre y la entrevista había ido muy mal: Mengele era un pelmazo mezquino que vivía con una mujer refugiada alemana de Rumanía con la que se peleaba incesantemente por pequeñas sumas de dinero en devaluados cruzeiros brasileños. Escribía una novela ilegible sobre su huida de la Alemania de posguerra: si conseguías llegar a Génova a través de la parte italiana del Tirol, podías obtener un pasaporte de la Cruz Roja para viajar a Argentina, donde Mengele abrió un negocio con su nombre real. Su hijo me explicó que cuando la universidad de Mengele le retiró el doctorado, se produjeron protestas por parte de internos de Auschwitz que habían participado en sus experimentos, y esto resulta casi increíble. La eugenesia, «la investigación racial», no fue sólo una especialidad nazi: en el mundo progresista de 1910, preocupó al mundo occidental en su conjunto, y hasta la década de 1970 Suecia estuvo esterilizando a los lapones, con la excusa de que no valía la pena criarlos. Cuando se contempla el talento de Speer y los objetivos de Mengele, se puede entender lo que quería decir Churchill en 1940 cuando dijo que Hitler sabe que nos tiene que quebrantar en esta isla o perder la guerra. Si le podemos hacer frente, toda Europa se podrá liberar y la vida del mundo podrá seguir adelante hasta alcanzar alturas amplias y soleadas. Pero si fracasamos, entonces todo el mundo, incluido Estados Unidos, incluido todo lo que conocemos y por lo que nos hemos preocupado, se hundirá en el abismo de una nueva Edad Oscura, que será mucho más siniestra, y quizá mucho más larga prolongada por las luces de una ciencia pervertida. Por eso nos tenemos que centrar en nuestro deber y convencernos de que si el Imperio británico y su Commonwealth dura mil años, los hombres dirán: «Éste fue su mejor momento».

No era racional resistirse en 1940 ni declarar la guerra en 1939, pero Hitler conseguía que la gente no reaccionara con racionalidad. Sabían en lo más profundo de su ser que otra gran guerra estaba a las puertas, y las mentes más brillantes en Gran Bretaña sabían que lo mejor era aprender a volar, como hizo mi padre, un abogado en ciernes en la Universidad de Glasgow en 1936. Participó en la batalla de Inglaterra con el Escuadrón 602 Ciudad de Glasgow, pero entonces lo retiraron del servicio activo para que entrenara pilotos, que se necesitaban con desesperación. El historiador Max Hastings dice que la Royal Air Force, la RAF, no tenía personal para mantener los aviones de manera adecuada, y mi padre cayó sobre Gales en febrero de 1942: aún tengo la brújula. Pero era un mundo bueno y los oficiales crearon un fondo para financiar mi educación en la Glasgow Academy. Les debo un montón y por eso les dedico este libro.

Capítulo 1

Entre dos guerras

El final de la primera guerra mundial sorprendió a Adolf Hitler, en aquel momento un cabo de veintinueve años, en un hospital del ejército en el norte de Alemania. Se estaba recuperando de un ataque con gas que lo había dejado momentáneamente ciego y la noticia de la derrota de Alemania le alcanzó como un golpe demoledor. Habían luchado contra el mundo durante cuatro años y medio, estaban muy cerca de la victoria y seguían ocupando gran parte de Europa occidental y Rusia. Pero en noviembre de 1918 se produjo un colapso repentino. Marineros borrachos y huelguistas peleones provocaron disturbios y el gobierno imperial fue presa del pánico, huyó y le pasó el testigo a los nuevos gobernantes –la izquierda y sus aliados– que consiguieron un armisticio el 11 de noviembre. Según sus propias palabras, Hitler lloró lágrimas amargas. Deberían haber ganado la guerra y la habrían ganado, según él, si no hubiera sido por los imbéciles de clase alta que estaban en el gobierno, los judíos traidores, la izquierda y los académicos sentimentales que habían socavado el esfuerzo de guerra. Ahora, todo había sido en vano. Las tropas tuvieron que volver al otro lado del Rin y entregar Rusia occidental, que pasó a manos de los comunistas.

Hitler no fue el único en verter lágrimas amargas, porque el armisticio de noviembre no fue el final del sufrimiento. Los británicos habían impuesto un bloqueo contra Alemania y ahora las ciudades se estaban muriendo de hambre. El bloqueo continuó y en Viena los niños empezaron a padecer raquitismo, una enfermedad provocada por la deficiencia de vitaminas y que conducía a lo que los alemanes llaman «piernas en x» o «piernas en o»: piernas arqueadas y rodillas huesudas. Después se produjo la ocupación aliada de Renania –la zona al oeste del Rin y las cabezas de puente en la orilla oriental– especialmente con los franceses que no tenían los ánimos como para perdonar y olvidar. Ahora pidieron unas indemnizaciones enormes, que recibieron el nombre hipócrita de «reparaciones». La suma alcanzó los 132.000 millones de marcos-oro, y el pago final (de los créditos acordados en la década de 1920 para pagar las sumas originales) no se realizó hasta 2010. Estos pagos iban a destruir la economía alemana, para evitar el rearme o simplemente la recuperación.

Los recuerdos del período inmediato de la posguerra amargó toda Europa central durante las dos décadas siguientes. Los aliados victoriosos se reunieron en París en 1919 y esbozaron los tratados de paz. La atmósfera, que se ha descrito con frecuencia, era estafalaria. Un presidente americano moralista, Woodrow Wilson, se dispuso a establecer una especie de nuevo orden mundial y durante un tiempo fue encumbrado, rodeado por multitudes que lo vitoreaban. América tenía el dinero, y los

aliados le debían sumas enormes; ahora podía moldear el mundo más que en cualquier momento anterior. En su conjunto, evitó la tarea, a diferencia de lo que haría al final de la segunda guerra mundial, cuando con el Plan Marshall y otras medidas encabezó la recuperación, facilitó dólares para el comercio internacional, animó a los europeos a abandonar sus políticas proteccionistas y con ello provocó una oleada de prosperidad que los franceses llamaron «los treinta años gloriosos» (que llegaron a su fin con la crisis del petróleo y la «estanflación» de mediados de la década de 1970). Los vencedores de 1918 parecen en los retratos oficiales como una versión caricaturesca del Monte Rushmore con patrañas y petulancia, mientras contemplaban cómo el enfurecido delegado alemán, Ulrich von Brockdorff-Rantzau, firmaba en la línea de puntos. Los británicos habían añadido millones de hectáreas a su imperio que ya era enorme, en especial en el antiguo Oriente Próximo turco, y habían confiscado los barcos alemanes que amenazaban su comercio. Los franceses también se quedaron con una tajada de Oriente Próximo y pretendían recibir el dinero de las reparaciones durante las siguientes generaciones. Los americanos, por el otro lado, estaban divididos sobre la cuestión de implicarse en los problemas del Viejo Mundo. El presidente Wilson tenía la visión de asegurarse de que la Gran Guerra fuera la guerra que terminara con todas las guerras. Predicaba la democracia y la autodeterminación nacional, pero la democracia americana es tripartita y el Senado no quiso asumir la responsabilidad de imponer los términos del tratado. Los americanos –o al menos algunos senadores republicanos clave ni siquiera querían participar en el prototipo de las Naciones Unidas, la Liga de las Naciones, que se había establecido especialmente para proporcionar al presidente Wilson una plataforma para moralizar a todo el mundo. Un general francés, que veía lo que estaba ocurriendo, comentó: «Éste es un armisticio de veinte años, no un tratado de paz». Tenía toda la razón.

El elemento más inestable del tratado de paz era que requería la cooperación alemana para aplicarlo. En noviembre de 1918 los alemanes habían hecho todo lo que habían podido para presentarse como un estado parlamentario y democrático, para buscar las simpatías americanas. Se libraron del káiser y se adoptó una Constitución republicana en Weimar en el mes de febrero, antes de la firma del tratado de Versalles (en junio de 1919). Se trataba de una Constitución propia de la mentalidad prosaica alemana, con votaciones interminables a todos los niveles, representación proporcional, sufragio femenino (que no tenían los franceses), acuerdos federales, disposiciones para celebrar un referéndum si se reunían suficientes firmas. Como era de suponer, el Parlamento resultante, el Reichstag, quedaba paralizado a veces si tenía que tratar algo serio y entonces el presidente gobernaba por decreto. Las coaliciones cambiaban y quedaban desacreditaban si iban demasiado lejos en el cumplimiento del tratado. Al final, los franceses reconocieron que no podían seguir haciéndose cargo de las reparaciones máximas, los americanos intervinieron con un préstamo a Alemania y durante unos pocos años se produjo lo que el sucesor del

presidente americano Wilson, Warren Harding, describió como «normalidad» al referirse a su propio país.

A principios de la década de 1920 Hitler había conseguido una reputación en toda Alemania como agitador de la derecha. El ejército lo había utilizado como espía en Munich, y había asistido a las reuniones de un grupo pequeño llamado Partido de los Trabajadores (lo que quería decir «de clase media baja») Nacional (es decir «anti-extranjeros») Socialista (que significaba «robar») Alemán (es decir, «antisemita»). Aquí descubrió su don más destacado: podía hablar en público. En general, los alemanes no eran demasiado buenos oradores porque sermoneaban o despoticaban. Hitler era un gran mimo, un actor excelente y utilizaba el lenguaje de una manera divertida que es imposible traducir (Sigmund Freud, Karl Kraus, Franz Werfel, que también era austríaco, y Franz Kafka, de Praga, tenían el mismo don). También tropezó con el antisemitismo: un tema popular entre algunos sectores porque algunos judíos habían sobrevivido mejor a los problemas económicos que otros alemanes y austríacos, estaban muy presentes en las finanzas y los medios liberales, y dirigían galerías de arte de moda que promocionaban el tipo de pintura que repugnaba a Hitler, que se consideraba un artista. Habló a favor de una guerra de venganza, de un gobierno nacionalista que pondría fin a los parlamentos corruptos. Su modelo era italiano: Benito Mussolini, un periodista que pensaba en titulares, creador de un partido fascista (el nombre hacía referencia originalmente a los rebeldes sicilianos campesinos y anticapitalistas de finales del siglo XIX) y que tomó el poder en 1922. Alemania no estaba preparada para esto en 1923, cuando Hitler también intentó tomar el poder e incluso los hombres de su antiguo regimiento se distanciaron de él. Pasó unos pocos meses en prisión, que aprovechó para dictar un libro, *Mein Kampf*, que establecía un diagnóstico y un programa para Alemania. Debía evitar el error de la guerra en dos frentes. Rusia era el verdadero enemigo y eso significaba conquistar espacio vital (*Lebensraum*) y materias primas en el este. Escribió que los comunistas eran judíos: lo corrompían todo. En los años buenos de la República de Weimar, no pudo florecer y los obispos bávaros se opusieron al antisemitismo porque alejaba a los turistas. Hitler era marginal e incluso cómico.

Entonces, en 1929 los acontecimientos se empezaron a mover en la dirección de Hitler. Ese año dio inicio la crisis financiera mundial, que provocó la caída del último gobierno realmente parlamentario de Alemania. Los alemanes acusaban a los extranjeros de sus problemas y a los judíos por evadir capitales. El marco sufrió grandes presiones y dejó de ser convertible. Los viajeros eran registrados en las fronteras e incluso una princesa de Schönburg, que viajaba a Londres, tuvo que ir en tercera clase por la escasez de moneda extranjera. El comercio cayó en sus dos terceras partes y como Alemania dependía de las exportaciones, muy pronto ocho millones de alemanes se quedaron sin empleo. En las elecciones federales de 1932, el treinta y siete por ciento de los alemanes votaron a los nazis, el veintidós por ciento votaron por los socialdemócratas y el catorce por ciento optaron por los comunistas.

El Reichstag quedó impotente y sólo pudo encontrar una mayoría para votar por su disolución (la otra votación afirmativa lo bastante amplia fue para privar a las mujeres casadas de la seguridad de su puesto en el servicio civil). Berlín era un caos peligroso. En una atmósfera de amargura y odio, en enero de 1933, como resultado de un acuerdo con los conservadores, Hitler se convirtió en canciller.

La primera reunión importante del nuevo canciller fue con los generales. Les explicó que quería el rearme. El rearme le daría trabajo a la industria alemana y absorbería parte del desempleo. Se trataba de un desafío al tratado de Versalles, pero Hitler calculó que las potencias occidentales no iban a reaccionar. Hacía tiempo que era un entusiasta de los aviones y los automóviles, los dos símbolos más destacados de la ultramodernidad, y que se podían transformar fácilmente en aviones de guerra y tanques: muy pronto iba a alardear de todos los que tenía y en realidad exageraba las cifras (que eran aceptadas en Londres y en París). Mientras tanto sus generales reflexionaban profundamente sobre cómo debían usar las armas y en este punto entraron en juego las lecciones de 1918, porque los británicos y los franceses habían ganado las últimas campañas con una combinación de tanques y aviones. El rearme siguió adelante y, por ejemplo, la industria aeronáutica alemana que empezó con sólo 3.000 empleados y fabricando unas pocas docenas de aparatos, se convirtió en una gran industria y en 1939 empleaba a unas 250.000 personas, con una capacidad para producir 3.000 aviones de guerra al año. Este cambio (y otro similar en la agricultura) proporcionó a los alemanes el pleno empleo en 1936 y Hitler fue inmensamente popular. Por supuesto ya existían señales de los horrores que estaban por venir. En 1934, Hitler había orquestado un golpe violento contra los nazis radicales, ordenando que los asesinasen. El antisemitismo recibió respaldo legal en 1935. Existían campos de concentración con 6.000 internos. Pero todo era bastante limitado y muchos podían argumentar que a medida que Hitler fuera teniendo éxito, su gobierno se iría relajando. En cualquier caso, eso era el punto de vista que se adoptó en especial en Londres. Fue una visión reforzada por la atmósfera del más famoso de todos los Juegos Olímpicos, celebrados en Berlín en agosto de 1936.

Sin embargo, en lugar de suavizarse y endulzarse, el régimen se endureció, extorsionó económicamente a los judíos y expulsó a cientos de miles. Al irse perdieron las dos terceras partes de su riqueza y con ello se pagaron las armas. En el verano de 1936, Hitler amplió aún más el programa de rearme, para preparar a Alemania para una guerra defensiva en cuatro años, y para una guerra ofensiva en siete. Una parte del razonamiento de Hitler para este programa de siete años era que todo dependía de él y se sentía muy mortal: era un neurótico de su salud. Pero la razón expresa era que la Rusia soviética se estaba industrializando con rapidez con los Planes Quinquenales de Stalin: Hitler quería competir y superar a la URSS. Aquí estaba apostando. Alemania no tenía las materias primas para una carrera armamentística de larga duración y tampoco tenía las divisas extranjeras para el petróleo, el caucho y los metales no ferrosos esenciales para la aviación y la guerra

motorizada. Se puso en marcha un programa amplio y caro en busca de petróleo y caucho sintéticos, y bajo la organización del Plan Cuatrienal de Hermann Goering, el jefe de la Luftwaffe, la fuerza aérea, se estableció un enorme complejo metalúrgico. Se intensificó la naturaleza totalitaria del país y la policía política –abreviada como Gestapo– se fusionó en 1936 con las SS, la organización de élite del Partido Nazi, dirigidas por Heinrich Himmler.

En ese verano de 1936, las circunstancias estaban maduras para un paso adelante de Hitler. Las potencias occidentales se habían enemistado con Italia. El mes de octubre anterior, Mussolini, que quería un imperio, invadió Abisinia, que era miembro de la Liga de las Naciones, y en especial se ganó el odio del pueblo británico de altos principios. En el verano de 1936 también estalló la guerra civil en España, como consecuencia de un golpe militar que medio fracasó contra un régimen izquierdista que había surgido de unas elecciones cuestionadas. El jefe del ejército, el general Francisco Franco, se presentaba como fascista, y se suponía que Francia, bajo un gobierno de izquierdas, se pondría al lado de la República española. Pero no lo hizo y Mussolini intervino con soldados y buques de guerra en contra de la República. La guerra civil se alargó durante tres años y fue explotada por Hitler, como terreno experimental para el bombardeo aéreo, y por Stalin, que estaba encantado de aprovecharse de las divisiones de las potencias europeas occidentales. Quería que la guerra siguiera adelante, entregando armas a la República cuando parecía que perdía y deteniendo el suministro cuando parecía que ganaba. Cuando los anarquistas intentaron una revolución genuina en Barcelona, ordenó que los aplastasen los comunistas leales. La atmósfera enrarecida de 1936 resultó ser el momento ideal para que Hitler iniciara su avance. En marzo las tropas alemanas penetraron en Renania, la zona de Alemania al oeste del río. Los franceses se la habían querido anexionar y se les había negado. En su lugar no debía tener tropas ni fortificaciones, de manera que los franceses no tuvieran que temer una invasión, mientras que Alemania quedaba abierta para que ellos la pudieran invadir. Los británicos se encargaron de detener cualquier reacción francesa en 1936. Pretendían dar a Hitler casi todo lo que quería para evitar que presentase nuevas demandas: la política conocida como «apaciguamiento».

Sin embargo, cuando Hitler remilitarizó Renania se inició la cuenta atrás para la guerra. Y también estaba en marcha otra cuenta atrás en el Lejano Oriente, con la implicación directa de Estados Unidos. Japón tenía una historia con curiosos paralelismos europeos: una identidad isleña, como Inglaterra, y una casta militarista, como Prusia. Los británicos la habían dejado de lado después de la guerra al firmarse un tratado sobre el tamaño de las armadas en el Pacífico. Después se tuvo que enfrentar a la discriminación de su comercio cuando la Depresión mundial se profundizó en 1930. La respuesta de los militaristas fue la ocupación de la parte industrial de China, la zona nororiental de Manchuria, que Japón invadió en 1931. Recibió la condena de la Liga de las Naciones y se encontró sin aliados. Hitler se

interesó porque quería un contrapeso para la Unión Soviética, a la que consideraba su enemigo y objetivo principal. Y así en noviembre de 1936, Alemania y Japón firmaron el Pacto Antikomintern, dirigido contra la Internacional Comunista. Ahora ya tenía amigos en Europa, aunque de momento la alianza no tenía mucho que ofrecer. Pero en julio de 1937 tuvo lugar un acontecimiento que encendió la mecha de la guerra en el Lejano Oriente. El ejército japonés se encontraba muy cerca de Pekín (Beijing) y se produjo un incidente en el puente de Marco Polo que lo separaba de los chinos. Uno de los soldados desapareció en el lado chino, a lo que siguió un ultimátum y después los japoneses empezaron a avanzar, derrotando con facilidad a los nacionalistas chinos que, a pesar de sus enormes esfuerzos durante los diez años anteriores, no eran rival para su armamento o disciplina. Toda la situación estaba de nuevo plagada de problemas porque existía una fuerza china separada, los comunistas, que al final se establecieron en una fortaleza en el noroeste de China, cerca de la frontera soviética. Al principio los nacionalistas habían colaborado con ellos y después se habían vuelto contra ellos; el líder comunista Mao Tse-tung escapó al campo, donde movilizó a los campesinos. Con todas estas luchas, China se sumió en el caos, con epidemias y atrocidades sin fin, de las cuales la más famosa tuvo lugar cuando los japoneses asediaron la capital nacionalista Nanking (Nanjing), a finales de 1937. Se produjo una orgía de violaciones y asesinatos que disgustaron a todos los observadores, que no podían creer que los japoneses pudieran comportarse de esa manera.

En China se desarrolló una lucha muy complicada a cuatro bandas: nacionalistas contra japoneses; nacionalistas contra comunistas; comunistas –sin demasiada frecuencia– contra japoneses; y en el verano de 1939, la Unión Soviética, en la frontera de Manchuria, contra los japoneses. Los americanos habían apoyado a los nacionalistas pero no tenían demasiadas ganas de implicarse en la lucha; y el apoyo de Hitler a los japoneses era principalmente verbal, aunque retiró a los generales alemanes que estaban aconsejando a los nacionalistas (y que eran personajes destacados: Hans von Seeckt, que había reconstruido el ejército alemán en la década de 1920, y Alexander von Falkenhausen, que se convertiría en gobernador general de Bélgica). En cualquier caso, éste era un factor que podía complicar aún más las relaciones de Alemania con el resto del mundo y había gente que comparaba el vasto conflicto en China con la guerra civil en España: una batalla directa entre el Bien y el Mal. Japón empezó a tener una prensa muy negativa en Estados Unidos.

Mientras tanto, en Europa, detrás de la política de apaciguamiento se estaba produciendo una reflexión en profundidad. Los agravios que habían llevado al poder a Hitler eran bastante genuinos y se podían solucionar. Había millones de alemanes en Polonia y Checoslovaquia, que nunca habían deseado su inclusión en estos países. En cuanto a los seis millones de alemanes de Austria, sus representantes en el Parlamento imperial habían votado para unirse a Alemania cuando se desmembró el Imperio austro-húngaro en 1918 y la única voz disidente procedió del obispo católico

que pensaba que Alemania era demasiado protestante. Los franceses habían frenado el proceso y durante un tiempo ni siquiera pudieron encontrar un nombre para el país. Fue un francés, Georges Clemenceau, quien resolvió el problema al decir que «Austria es lo que ha quedado». Su independencia había sido infeliz: un país católico y campesino con una capital socialista llena de funcionarios que una vez había gobernado un imperio, y en 1934 se produjo una especie de guerra civil, en la que la artillería del ejército bombardeó los barrios obreros. Cuando Hitler, nacido en Austria y que no fue ciudadano alemán hasta 1932, tuvo éxito en Alemania, tuvieron lugar protestas para que Austria se uniera a Alemania y los nazis locales demostraron su rudeza. Hitler asumió su causa con discursos estentóreos y amenazantes en las concentraciones nazis con desfiles de camisas pardas, bajo un espectáculo de luces orquestadas por el arquitecto favorito de Hitler, Albert Speer, que explicó que debía las técnicas hipnóticas al cine de Weimar. Para el gobierno de Londres no tenía sentido obligar a los alemanes a vivir en países donde eran ciudadanos de segunda clase. En noviembre de 1937 el secretario británico del Foreign Office, lord Halifax, viajó a Berlín e indicó a Hitler que los británicos no se opondrían si utilizaba medios pacíficos para alterar los acuerdos de la posguerra. Los británicos querían evitar la guerra a toda costa. No sólo estaban muy vivos los recuerdos de la matanza de 1916, con homenajes de la guerra en todas las escuelas y universidades que repetían una y otra vez la lectura de los nombres de los muertos, sino que se tendrían que enfrentar a enemigos potenciales en dos hemisferios y además con una rebelión en la India.

Cuando los nazis de Austria se volvieron cada vez más intranquilos, el canciller católico, Kurt von Schuschnigg, apeló a Hitler para que los controlase. Ya había nombrado para puestos importantes en su gobierno a personas designadas por Hitler. En febrero de 1938 viajó al retiro de Hitler en Berchtesgaden y allí recibió las amenazas de Hitler, que invitó a sus generales de aspecto más temible y redujo a Schuschnigg a una ruina al prohibirle que fumara. Al principio Schuschnigg aceptó los términos de cooperación planteados por Hitler –que habrían convertido Austria en un satélite– pero después, cuando regresó a Viena, cambió de opinión, diciendo que en su lugar celebraría un plebiscito, que por supuesto pensaba ganar. Su esperanza era que Occidente y Mussolini lo salvarían. Hitler apostó a que no lo harían y el 14 de marzo invadió Austria. Nadie hizo nada: al contrario, tanto el cardenal como el antiguo presidente socialista Karl Renner le dieron la bienvenida a los nazis, mientras Austria se convertía en una provincia alemana y el cuarto de millón de judíos de Viena sufrían viles humillaciones, violencia y robos. Mussolini había protegido a Austria con anterioridad. Ahora no hizo nada, y Hitler le lloriqueó por teléfono a su representante en Italia que le debía decir a Mussolini que nunca, nunca, nunca lo olvidaría... una promesa que Hitler no rompió. Con Austria formando parte de Alemania, la presión pasaba ahora sobre Checoslovaquia, que tenía una frontera larga y vulnerable. En Checoslovaquia vivían tres millones de alemanes, principalmente en la zona de los Sudetes, cercana a Alemania, y Hitler los empujó hacia una escalada de

la tensión. Checoslovaquia era conocido por ser el único país democrático al este del Rin y su población tenía derecho a votar. Una mayoría de los alemanes votó por un partido nacionalista.

Durante el verano de 1938, mientras la tiranía nazi se extendía sobre Viena y los judíos eran expulsados, creció la presión sobre Praga. Checoslovaquia era una creación de los tratados de posguerra y dependía de su alianza con Francia, que debía ponerse en práctica si Alemania atacaba. Los británicos se aseguraron de nuevo de que los franceses no harían nada. Bajo ningún concepto querían una guerra por un país del que, como se quejaba el primer ministro en un programa de radio, no sabían nada y no les preocupaba en absoluto. En septiembre de 1938, la figura anciana y venerable de Neville Chamberlain, blandiendo un paraguas, volaba a Munich para una conferencia con Hitler, que había sugerido Mussolini. No se invitó a los checos. Ni tampoco lo estaba el otro aliado de Checoslovaquia: la Unión Soviética. La opinión pública británica estaba muy dividida, pero al final Chamberlain le entregó a Hitler la parte de Checoslovaquia habitada por alemanes, pero que en realidad también albergaba muchos checos y judíos. Desde entonces «Munich» ha entrado en el vocabulario mundial como sinónimo de un comportamiento cobarde y vergonzoso, pero durante un tiempo Chamberlain fue muy popular e incluso el primer ministro francés, Édouard Daladier, se sintió sorprendido cuando descubrió el aumento de su popularidad después de entregar a un país aliado. En Occidente y en especial en una Francia que había perdido a casi la mitad de la generación masculina de la época de la guerra sólo veinte años antes, donde los lisiados mendigaban en todos los pueblos y aldeas exigiendo unas pensiones que el país —a causa del fracaso de las reparaciones— no tenía dinero para pagar, nadie quería luchar de nuevo. Además, se había extendido la idea de que la guerra sería fatal, la destrucción de la civilización. Muchos expertos decían que los bombardeos aéreos reducirían inmediatamente a cenizas a Londres y París. Los británicos esperaban 3.500 toneladas de bombas sobre Londres en el primer día de la guerra, con 600.000 muertos en los primeros seis meses (en 1940-1941 la cifra fue de 90.000 en siete meses). ¿Por qué se iba a luchar para evitar que los alemanes en Checoslovaquia se unieran a Alemania si eso era lo que querían? En Londres también se planteaban otros cálculos. El rearme había seguido adelante y se había hecho con bastante eficiencia, estableciendo factorías «en la sombra» que se dedicarían a la producción bélica cuando llegase el momento. Pero aún no estaban del todo preparadas. También se había establecido una defensa contra los bombarderos, el radar, que podía alertar del peligro a los rápidos cazas para que pudiesen despegar de inmediato para enfrentarse con los bombarderos, mientras que con anterioridad tenían que dar vueltas en patrullas que consumían el combustible (en aquella época, un caza sólo podía volar durante una hora y media). Una cadena de estaciones de radar cubría la costa inglesa, pero aún no estaba preparada. Teniendo en cuenta que la fuerza de bombarderos alemana se había exagerado considerablemente, se puede comprender la actitud de los hombres de Munich.

El oponente más destacado al apaciguamiento era Winston Churchill, y se estaba acercando su momento. Había nacido en la época culminante del imperio victoriano en Blenheim Palace, la sede histórica de su eminente ancestro el duque de Marlborough, que era famoso por haber derrotado a Luis XIV. Churchill era un imperialista y aunque había empezado como un liberal duro, se había ido identificando con causas reaccionarias. Vivía la historia británica, encarnada en el color rojo de la tercera parte del globo que representaba el Imperio británico. El encanto, el ingenio, el trabajo y a veces las amenazas lo habían llevado lejos, pero también era conocido por un comportamiento impulsivo y obstinado; se opuso a una política obvia que facilitaba la independencia india diciendo que «no era una nación más unida que el Ecuador». Había abogado por permitir que el rey Eduardo VIII se casase con una americana dos veces divorciada a la que detestaba todo el mundo, y se opuso a la abdicación del rey. Churchill era un reaccionario y como buen reaccionario detestaba a Adolf Hitler, que era la figura más revolucionaria de la historia de Alemania. Advirtió una y otra vez que ceder ante Hitler sólo lo iba a empeorar. En la época de Munich sólo tenía unos pocos seguidores, aunque eran bastante vociferantes. Pero los acontecimientos le dieron la razón. Durante la noche del 9 de noviembre de 1938, que fue conocida como la *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos, y durante la mañana siguiente, se produjo un gran estallido de violencia contra los judíos en Alemania y Austria. Se rompieron los escaparates de las tiendas, las calles estaban llenas de cristales rotos, y se quemaron las sinagogas. Noventa y un judíos fueron asesinados y miles más fueron recluidos en campos y se les obligó a pagar un rescate por su liberación; las dos terceras partes (unas 120.000 personas) de los judíos de Viena abandonaron la ciudad y llevaron relatos terribles a muchas familias británicas –entre ellas los Thatcher de Grantham– que los recogieron. Estaba claro que Munich no había «apaciguado» en absoluto a Hitler. Se volvió más agresivo, estrechando sus relaciones con Japón e Italia, para formar una especie de bloque fascista. Había prometido que dejaría tranquilo el resto de Checoslovaquia, pero no lo hizo. En marzo de 1939, rompió el país y penetró en la parte checa. Eslovaquia, que ahora se había independizado, se convirtió en una marioneta alemana, y en la guerra que se aproximaba sería una tierra que manaba leche y miel.

En Londres se desencadenó una oleada de rabia contra la invasión de Checoslovaquia por parte de Hitler. Ahí estaba otra promesa rota de los alemanes. En marzo de 1939 se produjo el momento decisivo desde el punto de vista británico. Nunca más iban a confiar en Hitler. Los británicos aceleraron el rearme y empezaron a mirar hacia otras víctimas potenciales de los alemanes, cuyo primer lugar y el más obvio lo ocupaba ahora Polonia. Una ciudad en la costa báltica era alemana casi en su totalidad, Danzig (en la actualidad Gdańsk). Se extendía por la desembocadura del Vístula, que era la arteria del comercio de Polonia, y se había enriquecido con el comercio del grano polaco. En 1919, los polacos se la quisieron anexionar, pero el

primer ministro Lloyd George intentó evitar más humillaciones a Alemania y presionó para que la ciudad se convirtiera en un estado libre. Entonces los polacos construyeron un puerto alternativo y Danzig perdió el liderazgo económico. En cuanto Hitler se afianzó en el poder, la población alemana de Danzig respondió con un clamor a favor de la unión con Alemania. Durante la primavera de 1939, Hitler fue calentando el ambiente. Memel (la actual Klaipėda), un puerto lituano, era alemán en el mismo sentido y Hitler navegó hasta allí para tomarlo. Después le dijo a los polacos que quería Danzig. Pero aquí había pisado territorio extraño. Polonia podía ser con facilidad una especie de Eslovaquia a lo grande, muy católica y no demasiado eslava: más antirrusa que cualquier otra cosa. Sin embargo, el pasado del país lo había aferrado a un nacionalismo católico extraordinariamente fuerte, y el gobierno, que se apoyaba mucho en los militares, estaba decidido a permanecer firme y a no correr el destino de los checos. Los británicos intervinieron y, después de la destrucción de Checoslovaquia, se ofrecieron a «garantizar» las fronteras de Polonia. El ministro de Asuntos Exteriores polaco, el coronel Józef Beck, le dio una calada al cigarrillo y respondió que «sí» ante la propuesta del enviado británico. En el verano de 1939 Hitler siguió presionando por Danzig, pero la garantía británica era un obstáculo evidente. Se trataba, por supuesto, de un movimiento poco meditado y cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho, los propios británicos intentaron escabullirse. A los polacos no les dieron prácticamente ninguna ayuda financiera y después fueron por ahí rebajando el valor de la garantía al extenderla a todo y a todos, entre ellos Grecia, Turquía y Rumanía, cuyo ministro de Asuntos Exteriores había hecho sonar la alarma. En retrospectiva, todo esto parece una locura. Pero Hitler había vuelto loco al mundo. Esa voz, esos agravios, el enorme talento de la nación que tenía detrás: todo ello lanzado en una dirección de destrucción universal, o eso parecía. Los hombres que vivieron en 1939 decían que para ellos la guerra contra Alemania ya había estallado durante ese verano y el pretexto no era ni esto ni aquello. Simplemente había que detener a Hitler.

Quizá Hitler se podría haber detenido en Polonia, en vista de la oposición que se había levantado. Pero su intuición fue de nuevo una guía segura porque, como ocurría tan a menudo con él, acabó haciendo algo que lo sacó de la crisis, y sorprendió al mundo. Los británicos y los franceses habían enviado misiones a Moscú para buscar algún tipo de acuerdo con la Rusia soviética. Los soviéticos negociaron la alianza pero decían que, si era necesario, su ejército tendría que operar en territorio polaco. Pero los polacos se negaron. Las conversaciones sobre la alianza quedaron en nada y entonces, de repente, Stalin cerró un pacto con Hitler, supuestamente su enemigo mortal. El ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop, voló a Moscú el 22 de agosto y lo firmó a primera hora del día 24. Aquí se plantea otro elemento en la historia del período de entreguerras en el que las pretensiones se encontraban a una distancia peligrosa y viciada de la realidad. En 1917 los comunistas habían ocupado el poder, habían proclamado la hermandad de la clase

trabajadora, habían ganado una guerra civil y se habían dedicado a la transformación de la Rusia campesina. Al final, la revolución sólo ofreció tiranía y hambre, con millones de muertos, y sólo pudo sobrevivir gracias a unas relaciones parasitarias con Occidente. Los industriales alemanes la mantuvieron en funcionamiento a principios de la década de 1930 bajo el Plan Quinquenal. Bajo este acuerdo, el grano destinado a los niños campesinos y a las reservas de granos de las granjas se dedicaban a alimentar a los cerdos alemanes; murieron ocho millones de ucranianos, algunos como consecuencia del canibalismo, y a cambio llegó a Rusia maquinaria alemana. Después de la llegada de Hitler, esta relación económica se enfrió, pero entraron los americanos, con la llegada de casi 100.000 personas, en su mayoría ingenieros que estaban en paro. Entonces la Unión Soviética se sumergió en el paroxismo más extraño que ha experimentado ningún país. Las tres cuartas partes de la alta oficialidad y después las dos terceras partes del Comité Central del Partido Comunista fueron sometidos a juicio y asesinados, un episodio seguido por terribles masacres de inocentes, cuyas tumbas se descubrieron mucho más tarde. Pero aun así se suponía que era la campeona de la clase trabajadora industrial de todo el mundo y el archienemigo de Adolf Hitler. En aquel momento nadie podía comprender lo que estaba pasando y los historiadores no han tenido demasiado éxito desde entonces. En aquella época los comentaristas occidentales simplemente obviaron el estado de Stalin y contemplaron Polonia como si fuera más fuerte («la gran nación viril», dijo el primer ministro Chamberlain). Después de todo, los polacos habían defendido su independencia en 1920 al derrotar al ejército soviético («Rojo») y esta victoria, combinada con las purgas, hacía que el valor militar de la URSS no estuviera demasiado claro.

Hitler ofreció a Stalin un acuerdo para la partición de Polonia, y por extensión de otras partes de Europa. Stalin, enojado porque los británicos lo habían tratado como una especie de emir de Bujara, aceptó. Polonia quedaría dividida entre Rusia y Alemania, y los rusos también tendrían la voz principal en otras zonas. También se cerraba un acuerdo económico: armamento para Stalin y materias primas para Hitler, que permitía a Alemania evitar los problemas del bloqueo, y obtener caucho, petróleo, manganeso, tungsteno y muchas materias más. Está claro que en un mundo racional no habría estallado una segunda guerra mundial. Si Rusia y Alemania se habían propuesto dividir Polonia, los franceses no podían hacer absolutamente nada y mucho menos los británicos, que no tenían un gran ejército y cuya fuerza aérea se estaba formando en ese momento. Pero ése no era un mundo racional: Hitler había enloquecido a todo el mundo. Sus tanques cruzaron la frontera polaca el 1 de septiembre. La Cámara de los Comunes se rebeló cuando pareció que el primer ministro sugería que habría que meditar; y los franceses, temiendo que los británicos cerrasen un acuerdo con Hitler a sus expensas si no hacían algo, se unieron a ellos. Cuando los británicos entregaron su ultimátum alrededor de las nueve de la mañana del 3 de septiembre, contenía una cláusula adicional para que el gobierno francés se

podiera adherir de manera casi inmediata (lo que ocurrió a las cinco de la tarde).

Hitler se encontraba sentado a la mesa de su despacho en la nueva Cancillería del Reich: una sala de veintisiete metros por trece, con seis grandes ventanales que daban a los jardines, una enorme mesa de mapas construida con el raro mármol Rosa Verona y retratos de sus héroes, en especial Federico el Grande y Bismarck, que le contemplaban desde las paredes. Era la sala perfecta para el gobernante del mundo y de hecho la Cancillería del Reich era obra de Albert Speer con esa idea en mente. Ahora, el 3 de septiembre, el embajador británico, luciendo el uniforme diplomático inmaculado, llamó al ministro de Asuntos Exteriores para presentar un ultimátum, que en realidad era una declaración de guerra. El ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, había asegurado a Hitler que eso no iba a ocurrir, y ahora, de pie ante el escritorio de Hitler, tuvo que aguantar una mirada inquisidora: Hitler permaneció en silencio durante uno o dos minutos y después preguntó enojado: «¿Ahora qué?». Ribbentrop había afirmado que Inglaterra no entraría nunca en guerra por la razón particular que se había planteado ahora: Danzig. Pero no se trataba de una guerra por Danzig. Hitler había colocado a todo el mundo entre la espada y la pared, y se habían resistido. Era una guerra por el honor, un concepto que en aquel entonces ya estaba anticuado, pero que seguía teniendo mucha importancia. Neville Chamberlain no era un hombre con sentido del humor ni imaginativo, pero podía ver cómo acabaría todo. Habló con el embajador americano, Joseph Kennedy (padre del futuro presidente), que anotó las palabras del primer ministro en su diario: «Lo más terrible es la futilidad de todo esto; después de todo, [nosotros] no podemos salvar a los polacos; [nosotros] sólo podemos librar una guerra de venganza que significará la destrucción de toda Europa». Muy pronto sería sustituido por un Winston Churchill que, a diferencia de Chamberlain, era un producto militar del mundo victoriano, y que respondió personalmente al reto planteado por los nazis. Éste fue el primer obstáculo real que se encontró Hitler. Todo lo demás –Versalles, la Liga de las Naciones, el patrón oro, la Pequeña Entente– se podía dejar de lado, pero Churchill no.

Capítulo 2

El ascenso de Alemania

La guerra que estalló en 1939 tenía un trasfondo extraño y sinfónico de los conflictos europeos históricos. Polonia había sido en su momento una gran potencia, y los polacos más brillantes se preguntaban por qué su país había sido ocupado y al final destruido por Alemania y Rusia. Francia había sido su protector y en el pasado se habían librado guerra por esto: la desastrosa campaña de Moscú de Napoleón en 1812, e incluso, en cierto sentido, el ataque anglo-francés contra Rusia en la guerra de Crimea de 1853-1856. Todo esto tuvo efectos más allá de los límites de Europa y lo mismo ocurrió ahora: en diciembre de 1939 un buque corsario alemán, el *Graf Spee*, se vio arrinconado en un puerto sudamericano y se hundió. Pero estas primeras cuarenta y una semanas de la segunda guerra mundial fueron en esencia la última guerra europea, una guerra que Alemania ganó con gran rapidez. Napoleón había tardado cinco años en convertirse en dueño de Europa, con la batalla de Austerlitz en 1805. Hitler tardó nueve meses y el 14 de junio de 1940 sus tropas desfilaban junto al Arco de Triunfo que Napoleón había erigido en París para conmemorar aquella batalla. En el Foreign Office, a mediados de septiembre, *sir* Alexander Cadogan dijo: «Debemos perder la guerra durante cuatro años antes de ganar una batalla decisiva»; resulta curioso que fuera tan preciso.

Polonia fue el mártir de la segunda guerra mundial, de la misma manera que Gran Bretaña fue el héroe y Estados Unidos el vencedor. Como ocurre con muchos mártires, parece que se buscó su destino. Podría haber optado por aliarse con Alemania, a la espera de ganar algo en Ucrania occidental, incluido Kiev, que en su momento había estado bajo el gobierno de Polonia. Por el contrario, sus gobernantes permanecieron firmes al lado de británicos y franceses, a los que seguían viendo como los vencedores de 1918. Ellos, al igual que Polonia, se habían aprovechado de las condiciones altamente artificiales de 1918, cuando tanto Rusia como Alemania se encontraban fuera de juego, y los polacos se vieron como una gran potencia, el baluarte oriental de Europa. Habían visto lo que les había ocurrido a los checos, que habían aceptado las concesiones y a los que después habían desmembrado en Munich, y no querían correr igual suerte, incluso después de la firma del pacto nazi-soviético. Se negaron a cualquier concesión por pequeña que fuera, con la esperanza de que los aviones británicos y los tanques franceses acabarían rápidamente con los alemanes. En septiembre de 1939 no duraron demasiado. Hitler atacó sin una declaración de guerra y gran parte de su fuerza aérea fue destruida en tierra, aunque muchos escaparon hacia Rumanía. Sus ejércitos estaban muy adelantados, preparados para una invasión de Alemania y por eso los ataques alemanes los aislaron de Prusia al norte y Silesia al oeste. Se defendieron con bravura cerca de Varsovia, pero la

ciudad fue brutalmente bombardeada y en ese momento, el 17 de septiembre, el Ejército Rojo cruzó la frontera oriental. Setenta mil hombres, algunos barcos y aviones consiguieron escapar, y en occidente se estableció un gobierno en el exilio, pero por el momento Polonia quedó ocupada. Alemania se anexionó gran parte del oeste y la Rusia soviética el este. Lo que quedó, el llamado «Gobierno General», se encontraba bajo ocupación alemana, y se iba a convertir en una ocupación inmensamente letal, en la que fueron asesinados tres millones de judíos polacos y tres millones de polacos no judíos. En la zona soviética, se llevó a cabo una deportación masiva y la opresión fue también el destino de muchos nacionalistas ucranianos, que eran los supuestos beneficiarios del gobierno soviético.

Los aliados occidentales no hicieron nada para ayudar a Polonia, aunque los alemanes tuvieron que concentrar allí sus recursos. Francia había gastado siete mil millones de francos en un enorme complejo de defensas, la Línea Maginot, construida a lo largo de la frontera con Alemania e Italia. Todo el mundo esperaba que garantizaría la seguridad de Francia, pero también servía para que la estrategia francesa fuera extremadamente defensiva. Los franceses se alejaban de puntillas de la Línea Maginot y cuando esperaban un ataque la volvían a ocupar. Londres había esperado una gran campaña de bombardeos y las sirenas que avisaban de los ataques aéreos sonaron después de que Chamberlain hablase en la BBC sobre la declaración de guerra. Fue una falsa alarma: los alemanes no tenían intención de iniciar una campaña de bombardeos. Se produjeron algunas escaramuzas en el mar, pero todo empezó el otoño y en occidente no ocurrió mucho más, sobre todo si se tiene en cuenta que los tanques no podían maniobrar con facilidad en el barro, desarrollándose unos meses de los que se conoció como la «guerra falsa» durante un invierno especialmente duro. Las potencias occidentales no querían atacar bajo ninguna circunstancia, porque les detenían los recuerdos de las pérdidas de veinticinco años antes. Los franceses habían perdido 1.500.000 hombres en la primera guerra mundial y las circunstancias lúgubres de los años treinta –Orwell dijo que París era un cruce entre un museo y un burdel– provocó que la gente no tuviera hijos. Se había producido una recuperación modesta en el verano de 1939, por el 150 aniversario de la Revolución, pero su espíritu no superó los rostros de ratas atrapadas de los políticos de la última fase de la República. Además, ¿qué ayuda podría llegar de los británicos? Como en 1914, se desplegarían las gaitas en los muelles de Boulogne-sur-Mer y desembarcarían unos pocos regimientos escoceses con la mascota del regimiento, un terrier, y un coronel fumando en pipa. Al fin y al cabo, los británicos podrían haber detenido a Alemania en 1936, cuando Hitler ocupó Renania en la frontera con Francia. Con el apoyo británico, el ejército francés, invocando las cláusulas de diversos tratados, podría haber invadido Renania y forzado su desmilitarización. Los franceses creían que siempre habían sido los ingleses quienes habían evitado que tuvieran unas fronteras bien seguras. La izquierda francesa había sido seducida por el comunismo y, en consecuencia, algunos denunciaron la guerra.

La derecha francesa estaba desorganizada después de la experiencia del gobierno izquierdista de los años 1936-1938, y muchos de ellos admiraban al nazismo. Ésta no era una fórmula para una alianza feliz o para desarrollar con éxito un esfuerzo bélico. El frío invierno de 1939-1940 siguió adelante sin que en el frente occidental se produjeran muchos más movimientos que algunas excavaciones. Bélgica podría haber cooperado, pero el país estaba muy dividido, y Bruselas no quería provocar a Hitler. La guerra se desarrollaba en otra parte, casi en los márgenes.

El pacto nazi-soviético había situado los estados bálticos en la esfera de influencia de Stalin y esto incluía también a Finlandia. La frontera finlandesa, en Vyborg, se encontraba a unos pocos kilómetros de Leningrado, y Stalin, que quería seguridad, pidió este punto y una base naval en el sudoeste de Finlandia. Los finlandeses, cuyo país también era uno de los vencedores artificiales de 1918, respondió que no. Pero el clima y el terreno les proporcionaban un teatro mucho más defendible que el de los polacos, y a finales de noviembre se produjo una extraordinaria guerra de tres meses, en cuyo transcurso el Ejército Rojo sufrió una derrota humillante a manos de los ingeniosos finlandeses, calzados con esquís, que surgían de los bosques para atrapar a divisiones enteras. Los finlandeses habían calculado que los británicos acudirían al rescate e incluso se reunió una expedición, pero sólo por la razón de que proporcionaría a los británicos una excusa para tomar un atajo y bloquear las entregas de mineral de hierro a Alemania por parte de Suecia. Los franceses también plantearon un plan de lo más extraordinario para que sus pocos aviones de transporte cruzasen la Turquía neutral por la noche y lanzasen bombas sobre Bakú, en Azerbaiján, donde había pozos de petróleo: un plan que fue vetado con gran sensatez por los británicos. Pero la expedición escandinava llevó su tiempo y Stalin trasladó a generales que tenían alguna idea de lo que estaban haciendo, con lo que recompuso el peso de Rusia; los finlandeses tuvieron que ceder cuando bombardearon su capital. La expedición anglo-francesa a Escandinavia se canceló, aunque los británicos siguieron adelante con la idea de minar las aguas noruegas. Antes de que lo pudieran hacer, Hitler fue el primero en romper su neutralidad: se aseguró la ruta escandinava y el 9 de abril invadió Noruega a través de Dinamarca.

Resulta extraño, pero la invasión de Noruega fue uno de los momentos en los que Hitler perdió la guerra. La marina alemana, la *Kriegsmarine*, nunca fue lo suficientemente grande, pero con las circunstancias adecuadas podría haber contribuido decisivamente a una invasión del sur de Inglaterra. Los noruegos hicieron que fuera imposible. Con disparos afortunados, los viejos cañones de las fortalezas noruegas y los torpedos en Oslo hundieron el principal acorazado alemán y muchos destructores se hundieron en los combates con los británicos. Esta victoria afortunada resultó ser decisiva en otro sentido. Acabó con Chamberlain y alejó de Londres cualquier elemento que podría haber aceptado un acuerdo con Hitler. Cuando estalló la guerra, Chamberlain había nombrado a Churchill Primer Lord del Almirantazgo – el jefe civil de la armada– desde donde gestionó pésimamente el asunto noruego. Por

primera vez se produjo una batalla directa entre tropas alemanas y británicas. Los británicos no actuaron demasiado bien; se trataba de una manera muy británica de empezar una guerra caótica. También puso en evidencia las debilidades: una sobrevaloración del poder naval. Disponían de acorazados enormes: el *King George V* costaba lo mismo que una factoría moderna y empleaba a más hombres; transportaba 3.000 toneladas de combustible, tantos como un petrolero, y sus motores generaban tantos caballos de potencia como una central eléctrica. Sus diez cañones enormes pesaban ochenta toneladas cada uno y disparaban proyectiles de 700 kg a una distancia de más de treinta kilómetros; las torretas de los cañones pesaban 1.500 toneladas. ¿Cómo se podía hundir uno de estos monstruos, que se tardaba dos años en construir? Pero en realidad eran Maginots flotantes y los aviones podían demolerlos.

Mientras tanto en Londres, se culpaba a Chamberlain de todo lo que iba mal. Se produjo un momento dramático en la Cámara de los Comunes cuando en una votación contra Chamberlain, los imperialistas descontentos, en su mayoría conservadores, se unieron a la izquierda en contra del primer ministro, mientras que otros conservadores se abstuvieron. Un diputado conservador, Leo Amery (cuyo hijo mayor, irónicamente, emitía desde la radio nazi y después de la guerra fue ahorcado por traición), terminó su denuncia contra Chamberlain con las famosas palabras de Oliver Cromwell a un Parlamento que le estorbaba: «Lleváis sentado aquí demasiado tiempo para el bien que habéis hecho. Iros y acabemos con esto. ¡En el nombre de Dios, iros!». Ésta era la señal de que un genio nuevo y poderoso había surgido de la lámpara británica. El *establishment* (que es el nombre que acabó recibiendo) consideraba que Churchill era inestable, un jugador. Malcolm Muggeridge dijo en su momento que para triunfar los políticos británicos tenían que ser corredores de apuestas o vicarios. En 1940, el corredor de apuestas podía ser Lloyd George, mientras que el sustituto posible para Chamberlain era el vicario muy exaltado y de voz ahogada lord Halifax. El *establishment* lo quería a él, pero no era el momento del *establishment* y además, como dijo el propio Halifax, resultaba difícil que dirigiera el país desde la Cámara de los Lores. La opinión nacional fue expresada por el Partido Laborista, es decir, los sindicatos, y Churchill formó con él una coalición de gobierno. Anunció su política: sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor, y desde luego eso era todo lo que podía ofrecer, mientras en el oeste se abría ahora un enorme campo de batalla. En Francia no surgió ningún Churchill. Como afirma el autor clásico, el general Edward Spears: «La clase media británica no estaba aterrorizada, mientras que la burguesía francesa temblaba de miedo».

Hitler había querido atacar el otoño anterior, 1939, pero los generales alemanes no estaban entusiasmados. Seguían encontrando excusas: esta unidad no está preparada, la estación está demasiado embarrada y otras muchas más. Algunos de ellos hablaron incluso de derrocar a Hitler, aunque estas ideas no pasaron de la charla informal hasta mucho más tarde. Después de remolonear, los generales presentaron una propuesta, que era una versión del Plan Schlieffen original de 1897, que

contemplaba la invasión de Holanda y Bélgica en caso de guerra contra Francia. Entonces intervino el azar. Un oficial, que partió de Colonia para un viaje en avión, se llevó consigo los planes para asistir a una reunión. El avión se perdió, se estrelló en Bélgica y los papeles, capturados por los belgas, aunque medio destruidos, eran legibles. Los belgas se los pasaron a los franceses y éstos confirmaron lo que el Alto Mando francés pensaba que iba a ocurrir. De ello se derivaron dos consecuencias. Los franceses se embarcaron en uno de los errores militares más grandes de la historia, porque los alemanes cambiaron el plan. Hitler, como hacía con frecuencia, había adivinado la verdad y que podría triunfar un plan verdaderamente audaz, mientras que los generales sobreestimaban en gran medida el ejército francés y en realidad sólo estaban pensando en proteger la zona industrial del Ruhr de un ataque. Un general más ambicioso, Erich von Manstein, que comprendía lo que podían hacer los tanques y la aviación, había estado sugiriendo un plan que era muy audaz y había sido rechazado por el Alto Mando. Por casualidad se encontró con Hitler en Berlín y le explicó su plan. Se produciría una finta para penetrar con fuerza en Bélgica y Holanda, que atraería a los franceses. Pero el ataque alemán de verdad se lanzaría a través del sudeste de Bélgica, una región montañosa y muy boscosa llamada las Ardenas. Tenía pocas carreteras y no demasiado buenas, pero una hábil gestión del tráfico las podía volver utilizables. Una gran fuerza alemana atravesaría las Ardenas y cruzaría la frontera del río Mosa en Sedán, donde, setenta años antes, los prusianos habían derrotado al ejército francés y habían fundado la Alemania unida. Por supuesto este movimiento se podía detener y en realidad se podía convertir en una catástrofe si salía mal, si, por ejemplo, los tanques eran atacados desde el aire y quedaban inmovilizados. Hitler corrió el riesgo.

El 10 de mayo, los cañones despertaron el frente occidental y a partir de aquí se desarrolló una de las historias más extrañas del caos y la incomprensión militar de todos los tiempos. Los franceses habían cometido el tremendo error de invertir enormes cantidades de esfuerzo en el sistema de fortalezas defensivas de la Línea Maginot. André Maginot, sargento durante la guerra, se había convertido en ministro de la Guerra en 1929. Las tropas francesas habían recibido permiso para ocupar Renania por motivos de seguridad: no se podría producir ninguna invasión alemana. En 1929-1930, los británicos, en un esfuerzo por «apaciguar» a Alemania, habían tomado la iniciativa de proponer la retirada de las tropas aliadas, y Maginot afirmó en ese momento que la seguridad pasaba por la construcción de fortificaciones complejas, y dicho programa se convirtió en una enorme rueda de molino alrededor del cuello de los franceses. Era obvio que un tercio de sus fuerzas debía estar destinada en ellas para realizar acciones defensivas. Por eso los alemanes no tenían necesidad de situar delante de ellas más que algunas divisiones de veteranos de mediana edad; sus mejores tropas y sus blindados los podían situar en otra parte. De esta forma la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas unificadas de Alemania, aunque algo superada en número de tanques, podía crear una superioridad local aplastante donde

la necesitaba. Atravesarían Bélgica, que era lo que esperaban los franceses. Para alejar la guerra del norte de Francia, los franceses trasladaron tropas al interior de Bélgica y allí se encontraron lo que supusieron, erróneamente, que era el asalto principal de los alemanes. Se trataba del Grupo de Ejércitos B, con treinta divisiones de infantería y tres divisiones Panzer de blindados (cada una con unos 200 tanques). Consiguieron un golpe de efecto con la conquista de la fortaleza más grande del mundo, Eben-Emael, que los belgas habían construido en la frontera con Holanda, mediante una táctica brillante ejecutada por paracaidistas lanzados en planeadores que aterrizaron en los tejados con deslizadores de caucho para no hacer ruido, y lanzando granadas a través de los respiraderos y las portillas de los cañones. Entonces, desplazándose con rapidez, llegaron hasta la línea del río Dyle, donde se tropezaron con el ejército francés y con la casi totalidad de la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, en sus siglas en inglés), que habían penetrado en Bélgica e intentaban llegar a Holanda. Aquí se encontraba la mayor y mejor parte del ejército francés, que ahora se vio empujado a una enorme trampa para elefantes, dejando sólo fuerzas escasas y de mala calidad para la defensa del territorio francés. Los alemanes habían descifrado los códigos con los que se comunicaba el ejército francés, sabían las fuerzas que quedaban en la Línea Maginot y con ello pudieron suponer dónde era más débil el frente francés. Teniendo en cuenta que la mayor parte del ejército francés, y toda la Fuerza Expedicionaria Británica, se habían trasladado a Bélgica, sólo quedaban pocas fuerzas entre Bélgica y el extremo septentrional de la Línea Maginot. Se extendían a lo largo del río Mosa, su liderazgo era pésimo y los hombres eran la viva imagen de la desmoralización de la Francia de la Tercera República: sucios, hoscos, mordiendo cigarrillos, oliendo a vino barato (el francés medio trasegaba unos tres litros al día, aunque hay que ser justos y añadir que la mitad de ellos eran campesinos y el agua no era demasiado fiable). Casi nadie previó que los alemanes podían atacar por aquí, con una fuerza enorme, y de hecho, en 1914, los cuarenta y siete camiones alemanes que intentaron utilizar estas carreteras se averiaron o accidentaron excepto uno. Sin embargo, los camiones y los tanques habían mejorado considerablemente desde aquella época y las Ardenas se llenaron ahora de largas columnas de tanques, vehículos y tropas a pie y en bicicleta, con la cobertura de la Luftwaffe. En realidad fue un verdadero milagro de la gestión del tráfico, y los tanques que se averiaban se apartaban con eficiencia. El Alto Mando había supuesto que les llevaría diez días alcanzar el Mosa, aunque el comandante de tanques Heinz Guderian pensaba que lo podía conseguir en cuatro. En realidad resultó que los alemanes llegaron al Mosa en dos días y lo cruzaron a las tres de la tarde del 15 de mayo sobre pontones de goma.

Sencillamente, los franceses no estaban a la altura de los alemanes. Los Stukas los distraían y aterrorizaban, cuando bombardeaban en un picado casi vertical, con las sirenas emitiendo un aullido y una bomba de un cuarto de tonelada en el fuselaje, de manera que los tanques e incluso la artillería quedaban paralizados: en realidad los

Stukas eran lentos y vulnerables si los artilleros no se dejaban llevar por el pánico, pero eso es lo que hicieron en 1940 porque la Luftwaffe actuó con brillantez. Una ventaja clave de los alemanes dio ahora sus frutos en las Ardenas. La Luftwaffe se había formado como un auxiliar del ejército, como una «artillería aérea», mientras que la RAF británica se diseñó para una guerra aérea independiente, en la que jugaría un papel muy importante el bombardeo a larga distancia (en 1936 este hecho se reconoció formalmente y se estableció el Mando de Bombardeo). Ahora, se alertó demasiado tarde a los bombarderos franceses y británicos sobre el paso de los alemanes a través de las Ardenas, y cuando atacaron, a la luz del día, fueron presas fáciles de los cazas alemanes Messerschmitt 109. Treinta y dos bombarderos «de batalla» entraron en acción ese primer día, de los cuales trece fueron destruidos y el resto quedaron dañados. Como dice el historiador de la guerra Max Hastings, se trataba de «ataúdes». Los pilotos franceses estaban desmoralizados con aparatos poco fiables. Los cazas franceses eran extraordinariamente lentos y difíciles de pilotar; y la RAF ya estaba preocupada sobre cómo podría defender las islas Británicas si empleaba los cazas en Francia. Los alemanes siguieron adelante. Los tanques cruzaron el Mosa el 16 de mayo y Guderian se movió con rapidez, ignorando las órdenes de detenerse. Este método ha entrado en la historia como «Blitzkrieg», la traducción de la idea italiana de «guerra relámpago», pero ésta no había sido la idea original de la campaña, que debía alejar a los Aliados de Bélgica, desde donde podían amenazar el Ruhr industrial. Fue idea de Guderian seguir adelante y sus superiores, entre ellos Hitler, temían que lo atacasen desde el sur y quedase aislado. Pero siguió adelante, deteniéndose para conseguir gasolina de garajes franceses abandonados, mientras sus hombres ordeñaban a vacas francesas angustiadas y abandonadas. A su derecha, el brillante mariscal de campo Erwin Rommel también cruzó el Mosa con sus tanques y protegió el flanco. El flanco izquierdo quedaba abierto y podía ser vulnerable, pero aquí la infantería alemana consiguió de nuevo un milagro de velocidad, atravesando el brillante clima de principios de verano durante una semana a una media de más de sesenta kilómetros al día, de manera que cuando se produjo por fin el contraataque francés, fracasó ante una dura resistencia (y se vio ralentizado por la oleada de refugiados que vagaban desesperados por los caminos). Rommel consiguió recorrer ochenta kilómetros en un día. Mientras tanto Maurice Gamelin, el comandante francés, supuso que tendría que defender París, y por eso el comandante del Grupo de Ejércitos A, Gerd von Rundstedt, al que pertenecía Guderian, quedó con las manos libres para encaminarse hacia el Canal, atravesando un terreno llano y con un tiempo ideal para los tanques. Los tanques franceses no estaban agrupados de esta manera para enfrentarse a ellos —se encontraban en el lugar equivocado— y las tropas francesas se rindieron unas detrás de otras. Rundstedt llegó a Amiens y los antiguos campos de batalla del Somme, y después al Canal en Abbeville el 20 de mayo, sólo unos pocos días después de su paso del Mosa. El comandante francés seguía temiendo que los alemanes se encaminarían hacia París y una vez más quedó

superado cuando se dirigieron hacia el Canal. El desastre consistía en que los británicos y los franceses estaban ahora aislados en Bélgica y que los holandeses también se habían colapsado: Rotterdam sufrió fuertes bombardeos. Los franceses lo habían hecho razonablemente bien contra el Grupo de Ejércitos B en Bélgica, y su actuación mejoró muchísimo cuando se dieron cuenta de lo que estaba en juego, pero ahora, separados de Francia por el Grupo de Ejércitos A, se dirigieron con los británicos hacia el mar, a merced de la Luftwaffe, y a su vez los belgas se rindieron. Más tarde, el rey de los belgas recibió críticas muy severas, pero el ejército belga luchó el tiempo suficiente para permitir que británicos y franceses llegasen a la costa. Para entonces también los franceses se habían despertado y las tropas del Grupo de Ejércitos B encontraron resistencia. Un grupo de cuatro divisiones en Lille detuvo a los alemanes que, admirados, permitieron a los franceses una rendición honorable. Los británicos y los franceses consiguieron lanzar un contraataque cerca de Arrás el 21-22 de mayo y esto provocó alguna alarma entre los alemanes; además, la Luftwaffe estaba seriamente desgastada: los aviones no soportaban fácilmente la presión y los talleres de reparación estaban sobrecargados. La mitad de los bombarderos estaban fuera de servicio. El día 23, Hitler ordenó el alto. El comandante británico, lord Gort, era un buen soldado de combate y decidió salvar su ejército del caos aliado y se retiró en perfecto orden de batalla hacia el Canal, en dirección al puerto de Dunquerque. Se trataba de un buen terreno defensivo con canales. La evacuación se inició el 27 de mayo y sólo se esperaba que pudieran regresar diez mil hombres. Pero ahora los cazas británicos empezaron a derribar a los bombarderos alemanes, el tiempo era por fin favorable, y los destructores que evacuaron a la mayor parte de los soldados recibieron la ayuda de miles de embarcaciones de todo tipo. Se pudieron rescatar unos 340.000 hombres –229.000 británicos y el resto franceses y belgas–, pero tuvieron que dejar atrás el equipo pesado.

Dunquerque fue un momento extraordinario pero se produjo a expensas de los franceses, que habían cubierto la retirada y ahora alrededor de 1.800.000 se convirtieron en prisioneros de guerra. Ambos bandos reconocían ahora la extensión de la victoria alemana y el 14 de junio cayó París. La Línea Maginot fue capturada intacta, desde la retaguardia, y se firmó un armisticio el 22 de junio. Las tropas alemanas ocuparon el norte y el oeste de Francia; el resto quedó bajo un régimen colaboracionista que tenía su centro en la ciudad termal de Vichy, que se ocupó con planes para la regeneración nacional, encabezado por un héroe de la primera guerra mundial, el mariscal Philippe Pétain, de ochenta y cuatro años. Se negó a entregar a los británicos a 400 pilotos de la Luftwaffe capturados y no hundió la flota para que no cayera en manos alemanas, como habían sugerido enérgicamente los británicos. Durante un tiempo, el Imperio francés siguió sus pasos, pero incluso antes del armisticio, el 18 de junio, un oficial disidente, Charles de Gaulle, huyó a Londres con unos pocos simpatizantes, donde estableció la «Francia Libre» y pronto ganó

seguidores en el África francesa. Mientras tanto Francia fue explotada sin piedad por los ocupantes alemanes. Temiendo que la armada francesa también cayera bajo el mando de los alemanes, los británicos hundieron la mayor parte en el puerto de Argel, mientras que en otros lugares los comandantes navales franceses llegaban a acuerdos con los británicos. Durante esta época desesperada, Mussolini entró por fin en la guerra.

Gran Bretaña se quedaba ahora sin aliados continentales, y con la intervención italiana, incluso el Mediterráneo quedaba cerrado. En la época de Dunquerque, un elemento del gabinete había dudado, planteado la posibilidad de la paz y, brevemente, Churchill la había considerado. En 1918 se había presentado una situación similar cuando los alemanes habían planteado los términos para derrotar a Rusia y habían insinuado a los británicos que podían llegar a un acuerdo entre ellos a expensas de Francia. El primer ministro, Lloyd George, se lo había pensado y lo había rechazado: una Alemania que controlase Rusia sería insoportable e imparable. En 1940 esta verdad era aún más evidente y Churchill sacó pecho: seguimos luchando. Fue una decisión extraordinaria, pero tenía el respaldo de la nación, y los miembros del gabinete, algunos llorando de alegría, lo vitorearon. El propio Hitler no lo podía entender y ofreció los términos de la paz, aunque en un tono triunfalista que suplicaba que la respuesta fuese «no». Churchill planteó sus objetivos bélicos, que eran bastante simples: Alemania debía devolver sus conquistas y dar garantías claras a través de los hechos de que no volvería a repetir sus crímenes.

Las guerras modernas desarrollan su propia dinámica y los razonamientos quedan atrás. Para la mayor parte del público británico la guerra había estallado durante el verano de 1939 y ahora no se iban a rendir. Pero parecía que había muy pocas esperanzas. La maquinaria de guerra alemana estaba reunida al otro lado del Canal y sus jefes trazaban planes para la invasión de las Islas Británicas, *Unternehmen Seelöwe*, Operación León Marino. Pero (en parte a causa de la campaña noruega) los alemanes poseían muy pocos buques de guerra para asegurarse el éxito, y la Luftwaffe tenía que proporcionar protección a las barcas que se reunían en la costa francesa. El objetivo de la Luftwaffe era expulsar a la RAF del cielo. A esto seguirían los bombarderos, con la protección de los cazas, que aterrorizarían a los británicos hasta que se rindieran. El plan alemán no estaba bien planteado y no había cazas suficientes; del 10 de mayo al 31 de julio, la Luftwaffe perdió casi 4.400 aviones. La RAF, operando desde bases cercanas, podía sentirse más liberada del combustible, mientras que los hombres de la Luftwaffe tenían que regresar a sus bases. El *Unternehmen Adlerangriff* (Operación Día del Águila), el nombre en código alemán para la campaña, se inició oficialmente el 13 de agosto y la batalla de Inglaterra, como sería conocida, duró del 14 de agosto al 15 de septiembre. Para empezar, el objetivo de los alemanes no estaba claramente definido y sufrieron muchas pérdidas: el 15 de agosto perdieron setenta y cinco aviones frente a treinta y cuatro. El jefe del Mando de Caza de la RAF, Hugh Dowding, alejó a sus hombres de los duelos en el

cielo que eran buenos para la propaganda y en su lugar los concentró en la destrucción de los bombarderos. Entonces la Luftwaffe cambió de objetivos e intentó destruir los aeródromos en el sur de Inglaterra; esta vez fueron los británicos los que sufrieron grandes pérdidas. En ese momento ocurrió un accidente. Un aviador alemán necesitaba aligerar la carga para volar de regreso a casa y el 24 de agosto lanzó sus bombas sobre lo que creyó era la campiña. En realidad se trataba de Londres a oscuras. La RAF pensó que había empezado el bombardeo de las ciudades y respondió con un ataque contra Berlín. Hitler perdió la paciencia y ordenó el bombardeo de Londres, civiles incluidos. El 7 de septiembre Londres se convirtió en el objetivo durante una semana, hasta el 15 de septiembre, cuando los alemanes realizaron el último gran esfuerzo. Esta vez los británicos perdieron veintiséis aviones y los alemanes sesenta (los británicos publicaron que la cifra real eran 185). La Luftwaffe había perdido en su conjunto 1.773 aviones y los británicos 915, y había otra cifra que en aquel momento pasó desapercibida: los británicos producían más cazas que los alemanes. Se habían rearmado más tarde y se lo habían pensado muy bien, mientras que los alemanes sufrieron por primera vez por el hecho de ser los primeros de la clase con muchos organismos que competían entre ellos e incluso diecisiete laboratorios de investigación diferentes. Cuando lord Beaverbrook se hizo cargo de la producción aeronáutica, acabó con el sinsentido de tener tres funcionarios por cada avión. Recortó los procedimientos, fue grosero al teléfono e ignoró los comités. Como reconoció Alistair Horne, era «el gobierno de los rugidos». La producción aeronáutica fue una historia británica de un éxito considerable, mientras que los asuntos de la Luftwaffe eran un caos, que culminó gráficamente en Munich en 1945, cuando el primer caza a reacción fue remolcado hasta la pista por unos bueyes para ahorrar combustible. Los británicos producían 500 aviones a la semana en 1940, los alemanes la mitad.

La invasión de Gran Bretaña fue cancelada. En venganza, Hitler y Goering ordenaron el bombardeo continuado de Londres, que se extendió durante los seis meses siguientes, siempre que lo permitió el tiempo. Se trató de una épica nacional, simbolizada para el mundo por la fotografía de la catedral de San Pablo rodeada de las llamas de los edificios incendiados a su alrededor. Cada mes cayeron nueve mil toneladas de explosivos hasta marzo de 1941. Los muelles del East End fueron un objetivo muy especial y la población cockney de la zona se pasó las noches en refugios y a veces en lo más profundo del metro de Londres, donde la disciplina era muy destacable, como señaló George Orwell, y se produjeron pocos episodios de pánico. También subrayó la extraordinaria solidaridad que prevalecía en los refugios y escribió un relato algo sentimental sobre ella (*The Lion and the Unicorn*), como una especie de emancipación socialista. Otras personas se emanciparon por caminos diferentes. Graham Greene había dejado a su familia en Beaumont Street, Oxford, y estaba teniendo un lío en un piso cerca del Museo Británico. Él era el bombero del edificio, lo pilló una bomba y tuvo que salir a rastras del piso superior de la casa que

estaba inspeccionando. La experiencia hizo que abandonase a la chica (que aparentemente era bastante fea) y entrase en la literatura y el cine como *El fin de la aventura*. Durante la segunda guerra mundial tuvieron lugar muchas emancipaciones similares.

Pero sobre todo esto se alzaba ahora la figura gigantesca de Churchill, que había encontrado su momento. Con muy pocas disensiones, dirigió una nación unida y desafiante en lo que llamó «nuestra mejor hora». Pero la única esperanza real era que interviniese Estados Unidos y ése no era un asunto sencillo. Una ley americana obligaba a una neutralidad estricta. Se habían producido reacciones muy amplias contra la primera guerra mundial. Muchos americanos tenían la impresión de que les habían engañado para entrar en ella, en beneficio de los intereses financieros de la Costa Este, y las manos del presidente Franklin Roosevelt estaban atadas. En teoría, sólo se podían vender armas a cambio de dinero en efectivo y no a crédito. Los británicos habían invertido enormemente en Estados Unidos y disponían allí de grandes activos. Ahora se vendieron de manera descontrolada casi a precio de saldo para pagar por el armamento. Sin embargo, el Atlántico estaba lleno de submarinos alemanes y el comercio americano se veía amenazado; y en cualquier caso, Roosevelt sabía muy bien que si los británicos se rendían, Estados Unidos tendría que enfrentarse a un mundo germano-ruso, con un Japón en expansión, no sólo en China sino en todo Asia oriental, donde existían importantes intereses americanos. Por eso las dos potencias atlánticas colaboraron por medios que no estaban prohibidos formalmente por la ley. Roosevelt entregó cincuenta destructores americanos a los británicos para que defendieran sus barcos mercantes, a cambio del alquiler de bases en las Indias occidentales británicas. Mientras tanto, los buques de guerra americanos recibieron autorización para disparar contra los submarinos alemanes y en octubre de 1940 empezaron a hacerlo. Hitler emitió órdenes estrictas de que no se contraatacase, porque los dos países no estaban en guerra, pero a veces consiguieron provocar a sus capitanes y en una ocasión respondieron. Desde el punto de vista de Hitler en cierto sentido ya estaba en guerra con Estados Unidos. La batalla esencial era, de hecho, la del Atlántico, a medida que se producían cada vez más submarinos alemanes que amenazaban la línea de flotación británica.

Mientras tanto, los británicos tenía bastante fuerza en un campo crucial: su genio innato para las tareas de Inteligencia, que se desarrollaba como una especie de juego. Habían conseguido descifrar la mayor parte de los códigos secretos alemanes y habían logrado replicar la máquina de codificación alemana Enigma, que era tremendamente complicada. Anteriormente, la Inteligencia británica había utilizado el término «muy secreto» para los secretos más importantes y cruciales para la seguridad nacional. Ahora, para la descodificación de los códigos alemanes (y de otros países), se introdujo un nivel de seguridad aún más alto: «ultra secreto» o Ultra. (Enigma y Ultra son hitos fundamentales en el desarrollo de la informática). Por supuesto, si los alemanes sospechaban que los británicos estaban descodificando sus

secretos, el juego se habría terminado. Por eso, a veces, para ocultar a los alemanes que conocían sus planes, los comandantes británicos evitaban deliberadamente la realización de maniobras que los habrían salvado de la derrota: el caso más evidente fue el fracaso en la defensa del aeropuerto principal en Creta en mayo de 1941 cuando los alemanes estaban a punto de atacar. En 1943 Hitler estaba tan convencido de que alguien muy cercano a él estaba revelando sus secretos militares que comía siempre solo, como mucho con su ayuda de cámara Straub.

En cualquier caso, en los primeros meses de 1941 Hitler se sentía bastante frustrado. Podía asegurar que los americanos se estaban armando y que podrían intervenir. Tenía la idea de que no iba a vivir hasta una edad avanzada y decía con bastante frecuencia que si no hubiera sido por él Alemania nunca se hubiera encontrado donde estaba. La opinión pública en casa estaba esperando el siguiente milagro, y mientras tanto los alemanes tenían que asumir privaciones fastidiosas que no tenían sentido en la situación de la guerra en aquel momento. Bajo estas circunstancias, Hitler pensaba que la única esperanza real para los británicos era que los rusos seguían fuertes y muy presentes. Él se encargaría de derribarlos.

Capítulo 3

Barbarroja

Con la caída de Francia, Hitler se sintió embargado por la euforia de lo que había conseguido. Regresó a Alemania a través de Estrasburgo, capital de una Alsacia que volvía a ser alemana, y allí fue vitoreado hasta tocar el cielo. Los alemanes habían evitado la guerra larga que habían temido y sus bajas habían sido extraordinariamente reducidas: menos de 30.000 muertos. Ahora ya no quedaba ningún enemigo continental. En 1918, que había sido el punto de partida geopolítico de Hitler, Rusia se había derrumbado y con el tratado de Brest-Litovsk, en marzo, entre rusos y alemanes, los generales alemanes fijaron los términos para el establecimiento de un imperio europeo oriental con capital en Berlín. Hitler había empezado a reconstruir la capital con esa idea en mente y en los campos de concentración, que normalmente se encontraban cerca de canteras de piedra, la mano de obra esclava producía los materiales de construcción para los edificios gigantescos que se iban a erigir. La Cancillería del Reich ya estaba terminada, completada con un águila con la esvástica que aferraba el globo terráqueo con las garras, y estaba planeada una avenida monstruosa, el «eje este-oeste», que permitiría que los todopoderosos viajasen a lomos de coches rapidísimos a través de multitudes jubilosas. En nueve meses Hitler había conseguido más que cualquier gobernante alemán antes que él. Ahora podía volver al programa original de *Mein Kampf*, inspirado en Brest-Litovsk: una gran Europa gobernada por Adolf Hitler. Había llegado el momento de dirigirse contra la Rusia soviética.

Pero para invadir Rusia Hitler necesitaba que los británicos pactasen con él, y no lo hicieron. En su lugar rechazaron su oferta de paz en julio. Después contraatacaron y la concentración de Hitler se tuvo que desviar hacia el sur y el oeste, lejos de Rusia. Tenía que colaborar con ella y Stalin estaba muy dispuesto a ello. Después de todo se había enfrentado a lo que consideraba que era una enorme conspiración militar para derrocarlo y había degradado, encarcelado o ejecutado a 35.000 oficiales superiores, incluidos tres de los cinco mariscales de la nación y a algunos de los mejores innovadores militares; los supervivientes no estaban a la altura del *Blitzkrieg* alemán y por eso intentó comprar a Hitler. Dos millones de toneladas de petróleo, 140.000 de manganeso, 26.000 de cromo y otras muchas materias primas cruzaron la frontera a cambio de importaciones militares que no se entregaban fidedignamente. Al aplicar las normas de cortesía diplomática se producían situaciones surrealistas: Sergei Eisenstein, el brillante cineasta responsable de la película épica e histórica antialemana de 1938 *Alexander Nevsky*, recibió el encargo de una producción de *Las valquirias* de Richard Wagner en el Teatro Bolshoi, y las relaciones en la Polonia ocupada eran bastante cordiales, mientras los oficiales de la Gestapo intercambiaban

informes de seguridad y disputaban competiciones de esquí con sus colegas del NKVD, la policía secreta de Stalin. Para el cincuenta y un cumpleaños de Hitler, Stalin le regaló cincuenta comunistas alemanes, una de las cuales, Margarete Buber-Neumann, escribió un libro de memorias sobre su paso por los campos (donde decía que en los soviéticos existían ocasionalmente rasgos de humanidad, mientras que en los alemanes, mucho más eficientes, ninguno). Se producían choques de intereses, por supuesto, pero no parecía que pudieran provocar una guerra. Hitler tenía otras preocupaciones.

Churchill y Hitler buscaban formas de luchar. En los seis meses que siguieron a la batalla de Inglaterra, siguió adelante el Blitz contra las ciudades británicas, que provocó muchos daños: en mayo de 1941 se habían dañado o destruido 3.500.000 hogares, junto con la Cámara de los Comunes y gran parte de la ciudad de Londres, y habían muerto 30.000 personas. Ni la producción ni la moral se vieron afectadas. Por el otro lado, los propios británicos, aunque entusiastas de bombardear al enemigo, no disponían de la tecnología necesaria y perdían un bombardero por cada diez toneladas de bombas lanzadas: una tasa de pérdidas que no podían soportar y que tampoco provocaban demasiados daños. En el mar la situación seguía siendo mucho más peligrosa porque los submarinos alemanes podían utilizar los puertos franceses y de esta manera estaban más cerca de los terrenos de caza en el Atlántico. En abril de 1941 hundieron cerca de 700.000 toneladas, que eran muchas más de las que se podían sustituir. Pero los alemanes disponían de muy pocos submarinos, y los británicos sabían dónde se encontraban porque habían descifrado los códigos alemanes. Cuando en 1940-1941 los barcos aliados empezaron a navegar sistemáticamente en convoyes, los hundimientos disminuyeron exponencialmente (como había ocurrido también en 1917). Y Estados Unidos proporcionó una ayuda muy importante al proteger las rutas marítimas más allá de Islandia. Durante un tiempo, Hitler estuvo valorando la posibilidad de atacar las posiciones británicas en el Mediterráneo y se acercó a la España de Franco para sondearle. Pero Franco era orgulloso y no quería que trataran a España como a uno de los estados satélite de Hitler. En cualquier caso, España estaba en ruinas después de la guerra civil y Franco seguía combatiendo vengativamente contra los vencidos. Consiguió que la Gestapo extraditara desde París al exiliado Lluís Companys, antiguo presidente de Cataluña – que había salvado al hermano de Franco de su fusilamiento en 1936– y lo hizo fusilar. El embajador británico había recibido 10.000.000 de libras esterlinas para sobornar a los generales españoles si parecía que iban a entrar en la guerra, pero España se mantuvo al margen: Franco era cauteloso y en todo caso Hitler no tenía ganas de arbitrar las pretensiones de Francia, Italia y España. En busca de apoyos, los agentes nazis recorrieron Oriente Próximo, pero no consiguieron nada: expresiones de simpatía, sí (entre ellas las de un oficial joven, Gamal Abdel Nasser), pero ninguna contribución efectiva. No obstante esta búsqueda se convirtió en algo diferente.

La guerra europea derivó en una guerra mundial a causa de la conexión italiana.

En el verano de 1940 se planteó la cuestión de si el Mediterráneo se iba a convertir en el *mare nostrum*: nuestro mar. Los italianos se resentían desde hacía tiempo de la preponderancia de Francia en el norte de África y creyeron que ahora se encontraban en disposición de expulsar a los británicos de Egipto. Con británicos y franceses derrotados, podían crear un imperio balcánico a expensas de Grecia; ya habían ocupado Albania y las islas del Egeo. Mussolini le dijo a su ministro de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, que también era su yerno, que había llegado el momento de igualar a Hitler, que en su día había sido su alumno. En octubre, Mussolini invadió Grecia y acabó en desastre. Los griegos sabían cómo luchar en las montañas balcánicas y los italianos no: se helaron y murieron de hambre. Los italianos sufrieron otro desastre cuando intentaron invadir Egipto. Quizá fue una señal de que Churchill no temía realmente una invasión de Inglaterra por parte de Alemania, porque envió allí los tanques que le quedaban. Más de 200.000 soldados italianos avanzaron hacia el este en septiembre y fueron atacados por un brillante general británico, Richard O'Connor, que sabía cómo utilizar los tanques (rodeó a los italianos en el desierto y los atacó desde el oeste, mientras los italianos estaban ocupados luchando contra su mayor enemigo: su sistema de saneamiento, que acabó en disentería y enfermedades aún peores). Entonces otro comandante británico brillante, el almirante Andrew Cunningham, demostró lo que la aviación podía hacer contra los barcos y hundió la mitad de los buques insignia italianos, los barcos principales, en Taranto en el mes de noviembre. Hasta ahí todo iba bien. Pero Hitler se vio obligado a actuar en los teatros de operaciones balcánico y egipcio. No tenía demasiado interés en Egipto, pero envió a su general más emprendedor, Erwin Rommel, con dos divisiones Panzer; Rommel atacó cuando los británicos se encontraban especialmente debilitados. O'Connor había sido capturado en un extraño incidente y los demás oficiales no estaban a su altura. Para empeorar las cosas, los británicos decidieron ayudar a Grecia. Estaban extendiendo demasiado sus líneas. Al principio Hitler había dicho que no quería oír hablar de Grecia, «esta misión del sudeste». Se le impuso, en primer lugar, porque dependía mucho del petróleo de Rumanía y en octubre de 1940 envió una misión militar para protegerlo contra una posible incursión rusa o británica. Más tarde, en abril, invadió Yugoslavia, utilizando a Bulgaria como aliado; y desde allí invadió Grecia. Los británicos suspendieron su campaña en el norte de África para ayudar a Grecia y a ello siguió el desastre. La RAF se encontraba principalmente en Gran Bretaña y la Luftwaffe desplegó 1.500 bombarderos en el Mediterráneo. En mayo, los paracaidistas alemanes cayeron sobre Creta y capturaron a 13.000 soldados británicos.

El Mediterráneo era el telón de fondo de la campaña más ambiciosa de Hitler: el ataque contra Rusia. En cuanto dejó de ocuparse en serio del norte de África, se sintió libre para volver a su plan original. En el paso de 1940 a 1941 habían surgido diversos conflictos con los rusos que necesitaban una clarificación. Berlín había cerrado un acuerdo con los japoneses en septiembre de 1940, que les animaba a

emprender campañas terrestres en el Lejano Oriente a medida que se colapsaban los imperios europeos. Pero los japoneses tenían sus propios conflictos con Moscú alrededor de los territorios fronterizos en el nordeste de China. Con la intención de solucionar la situación a una escala global, Hitler le pidió a Vyacheslav Molotov, a cargo de los asuntos exteriores soviéticos, que acudiera a Berlín en noviembre de 1940. Le planteó el tipo de proyecto que Napoleón le había ofrecido al zar Alejandro: una alianza con Italia (sobre África), con Alemania (sobre Europa) y con Japón (sobre Asia oriental), y la URSS se podía quedar Irán y la India. Pero Molotov quería los estrechos entre el mar Negro y el Mediterráneo, que eran aguas territoriales turcas y que no aceptaría nada a cambio. Se quejó de las interferencias alemanas en Finlandia y Rumanía, sobre las que Stalin estaba hipersensibilizado al tratarse de vecinos cercanos y hostiles (Rumanía había sufrido un golpe fascista). Durante la reunión tuvo lugar un ataque aéreo británico (Churchill bromeó que era su venganza porque no lo habían invitado) y, como Hitler había pretendido que la guerra estaba terminada, Molotov comentó: «Si la guerra ha acabado, ¿por qué estamos sentados en este refugio?». No mostró ningún interés en el planteamiento de Hitler, sino que se concentró en Turquía. Molotov fue uno de los negociadores más irritantes de todos los tiempos: su palabra principal era «no». Quizá si se hubiera plegado a la oferta de Hitler y hubiera aceptado Irán en lugar de Turquía, los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera. En cualquier caso, cuando se fue, Hitler ordenó los preparativos para un gran ataque contra la Rusia soviética con el nombre en clave de Barbarroja.

Hitler podía ver que el tiempo no jugaba a su favor. Al contrario, los americanos estaban movilizando una economía formidable y ya se estaban empleando en el Atlántico Norte contra los submarinos alemanes. La mejor respuesta a corto plazo era fortalecer la alianza con Japón. Desde la depresión mundial de 1929, Japón, en manos de una semidictadura militarista, estaba desesperado por encontrar materias primas y mercados. A partir de 1931, había ocupado la costa china y se habían producido tensiones con los americanos, que ejercían una especie de protectorado sobre China. El Pacto Antikomintern nunca se había desarrollado hasta convertirse en una verdadera alianza. Pero cuando Hitler conquistó Europa, tenía mucho que ofrece, sobre todo en lo relativo a las posesiones holandesas y francesas en el este de Asia. Los japoneses necesitaban petróleo y lo podían obtener de las Indias Orientales holandesas. En consecuencia, en septiembre de 1940 firmaron un Pacto Tripartito con Italia y Alemania, y cada uno de los firmantes se comprometía a declarar la guerra si uno de los otros era atacado. Hitler no quería la ayuda de los japoneses contra Rusia, pero esperaba que su nuevo aliado mantuviera ocupado a Estados Unidos. En ese momento los japoneses siguieron su lógica y cerraron un pacto de no agresión con Moscú, a lo que siguió un bombardeo despiadado de China y la preparación para la invasión del sudeste de Asia.

El pacto soviético-japonés era una forma muy extraña de preparar la guerra de los

alemanes contra Rusia, en la que una invasión japonesa de Siberia habría podido ser decisiva. Pero éste no era el único aspecto raro de Barbarroja. Después de que todo saliera mal, se produjo una discusión sobre quién era el culpable. Pero casi ninguno de los generales se opuso a Barbarroja mientras se planificaba e iniciaba, como habían hecho antes del ataque contra Francia. Como su Führer había derrotado a Francia, se habían tragado el mito de Hitler y también se habían tragado otro más: el de la debilidad soviética. En esto último estaban muy bien acompañados, porque casi todas las opiniones informadas estaban de acuerdo: los alemanes podían vencer en diez días (Inteligencia británica), un mes (Stafford Cripps, embajador británico), «un máximo posible de tres» (los militares americanos). Stalin pensaba que probablemente tardarían «un fin de semana». Había temido algún tipo de golpe militar contra él y había destruido el alto mando del Ejército Rojo, los hombres que habían reflexionado sobre la estrategia y comprendían la ingeniería militar. A hombres como el futuro mariscal Konstantin Rokossovsky les estaban arrancando los dientes y rompiendo los dedos hasta que Barbarroja los rescató. La impresión general en el mundo occidental era que Rusia se estaba desmoronando. El país supuestamente había racionalizado la agricultura campesina y la consecuencia habían sido ocho millones de muertes a causa del hambre: los rusos no alcanzaron los niveles alimenticios prerrevolucionarios hasta 1952, si es que llegaron realmente a ellos. Se dice que Hitler comentó: «Le daremos una patada a la puerta y se caerá la casa».

La planificación estratégica de Barbarroja fue chapucera y casi nadie puso objeciones. Hitler era un individuo provinciano y había ido mucho más allá de su nivel natural; el éxito se le había subido a la cabeza. Un Bismarck o un Churchill podían controlar un éxito de este calibre, pero un Hitler no. Creía que era infalible y que la «Providencia» guiaba sus pasos. Se iba a convertir en el Alejandro Magno de Alemania, derrocando el imperio tiránico del este y un gran número de europeos occidentales, lo mismo que las ciudades-estado griegas en tiempos de Alejandro, se presentaban voluntarios para unirse a él: una división española iba a combatir a las afueras de Leningrado, había ejércitos italianos, húngaros y rumanos, y legiones SS holandesas, francesas y escandinavas. Sin embargo, el gran peligro de atacar a Rusia era que los invasores quedasen engullidos y perdiesen el país porque en las provincias, que siempre habían estado atrasadas, lo estaban aún más con el comunismo. Europa tenía carreteras, pueblos, iglesias, costumbres campesinas, pequeñas ciudades provinciales. Los tanques alemanes habían repostado en los garajes franceses. En contraste, Rusia, como había dicho Victor Hugo sobre la retirada de Napoleón desde Moscú, era sólo «una llanura blanca, seguida de otra llanura blanca». Pero Hitler, sin ninguna voz contraria por parte de los generales, les indicó que el objetivo era una línea de norte a sur, más o menos desde Arkángel hasta Crimea. Una vez más, a causa de la victoria en occidente y la guerra naval, la preparación económica había sido pobre y, aunque el nivel de vida civil en Alemania no había sufrido recortes demasiado serios, las divisiones implicadas eran un poco

más débiles: las fuerzas contra la URSS casi no alcanzaban el nivel de tanques y aviación de la campaña francesa. Se suponía que una división Panzer debía tener 17.000 hombres y unos 200 tanques, con infantería motorizada, pero el número de tanques se redujo a 125. Los tanques alemanes eran por lo general inferiores a los tanques medios T-34 y pesados KV rusos, porque los cañones tenían menos alcance y el blindaje era menos grueso. Hitler no había previsto la provisión de ropa invernal o de necesidades elementales como anticongelante. Tres millones de alemanes y 3.400 tanques (con 3.000 aviones) fueron trasladados con bastante eficiencia a las fronteras de Polonia y Rumanía, y si los observadores soviéticos se preguntaban qué estaba pasando, les engañaron con una excusa absurda: maniobras de entrenamiento.

Está claro que Stalin recibió advertencias continuadas sobre la invasión inminente. Sus espías en Tokio lo sabían; Churchill lo sabía por el desciframiento de los documentos alemanes; lo sabían los desertores de las fuerzas alemanas; e incluso existía un círculo de espías comunistas falsos en Suiza, establecido por los británicos bajo el nombre de «Lucy» para transmitir la información que sabían los británicos. Stalin no habría admitido la información que le transmitían los británicos –ni siquiera se molestaba en traducir los informes interminables de los famosos espías «los Cinco de Cambridge»–, pero según pensaban los astutos británicos, podría creer en Lucy. No sirvió de nada. Según escribió Aleksandr Solzhenitsyn, Stalin sólo confió en un hombre en toda su vida. Stalin desconfiaba de León Trotsky, desconfiaba del Politburó, desconfiaba de los generales, desconfiaba de los escritores. El único hombre en quien confiaba Iósif Stalin era Adolf Hitler. El último tren que transportaba los bienes con los que Stalin se proponía aplacar a Hitler rodó lenta y ruidosamente con un silbido sobre el puente que cruzaba el río Bug en Brest-Litovsk a las dos de la madrugada del 22 de junio de 1941. El ataque se desencadenó a las tres de la mañana. Un desertor comunista, un soldado alemán con un pasado comunista, cruzó el río a nado y avisó a los rusos de lo que se les venía encima. Fue fusilado. Algunos autores han sostenido que, por la disposición de las tropas soviéticas en la frontera, Stalin tenía planeado atacar primero. De hecho, Hitler utilizó los movimientos de las tropas rusas en esa zona como una excusa para la invasión. Pero las antiguas fortificaciones fronterizas soviéticas habían quedado abandonadas cuando en 1939 la frontera se trasladó casi doscientos kilómetros hacia el interior de Polonia. Las nuevas eran de mala construcción, pero de todas formas fueron ocupadas por las tropas. Pero esto demostraba algo más: que Stalin tenía en tan baja estima la lealtad y competencia de sus fuerzas que sólo les podía confiar la primera línea del frente, agrupadas en formaciones poco flexibles, con un cordón de tropas del NKVD a sus espaldas, dispuestas a disparar contra cualquier hombre que saliera huyendo. Estaba claro que a largo plazo Stalin tenía preparada una guerra contra Hitler y también lo estaba que la doctrina militar revolucionaria propondría ofensivas con las banderas al viento. Pero Stalin se convenció de que no lo iban a atacar en aquel punto y en ese momento. Cuando se produjo el ataque, Molotov le preguntó al

embajador alemán, Werner von der Schulenburg: «¿Qué hemos hecho para merecernos esto?». La respuesta fue: «Existir». Hitler esperaba acabar con todo el espectáculo comunista y dio órdenes de que ejecutaran de inmediato a todos los comunistas y a todos los judíos, a los que hacía responsables del comunismo. El nazismo representaba el triunfo de la civilización europea, y había que eliminar a los bárbaros rusos, manipulados por los malvados judíos.

Entre las tres y las cuatro de la madrugada del 22 de junio de 1941, el ejército alemán avanzó. La fuerza principal era el Grupo de Ejércitos Centro, bajo el mando de un general, Fedor von Bock, que era muy alto y procedía de una dinastía militar prusiana que tenía entre sus filas al jefe del estado mayor general durante la primera guerra mundial, Erich von Falkenhayn. Durante un tiempo Bock intimidó incluso a Hitler, y así se ganó acceso a él, lo que para otros generales resultaba cada vez más difícil. El Grupo de Ejércitos Centro, con la mitad de las fuerzas, se tenía que dirigir hacia Moscú, cruzando un terreno en su mayor parte llano, y por el camino, unos seiscientos cincuenta kilómetros por delante, se encontraba un obstáculo: el estrecho istmo de tierra entre los ríos Dniéper y Dvina, que recorrían un largo camino hacia el mar Negro y el mar Báltico, respectivamente. Ésta era la ruta de invasión tradicional y existía una fortaleza muy antigua, levantada en Smolensk. Allí se iban a producir combates muy duros cuando llegase el momento. Pero para empezar, los alemanes consiguieron una victoria enorme. El Ejército Rojo era superior en número de tanques y aviones, pero la mayor parte del equipamiento estaba obsoleto. Sólo los tanques de los comandantes de sección llevaban radios, mientras que todos los tanques alemanes iban equipados con ellas. El primer resultado de la sorpresa táctica alemana fue que más de mil aviones soviéticos fueron destruidos en tierra al salir el sol y aparecieron los aviones alemanes sin que los hubieran detectado. Los pilotos sólo tenían cuatro horas de vuelo de entrenamiento y temían que si había un accidente se les acusase de sabotaje, de manera que no se presentaban voluntarios para más. Existían cuerpos mecanizados muy grandes, pero eran demasiado grandes para el sistema de mando, cada uno de ellos con mil tanques y 36.000 hombres, pero incapaces de resistir la agilidad alemana. En la primera semana la mayor parte de los cuerpos mecanizados también fueron destruidos.

El progreso alemán fue espectacular y más aún en algunos lugares, como en Lvóv (en la actualidad Lviv), la ciudad más al sudeste de Polonia, donde fueron recibidos como liberadores por ucranianos enfervorizados. La preparación táctica y la Inteligencia fueron muy exhaustivas, de manera que la confusión en el lado soviético fue inmediata y se vio empeorada por las órdenes de contraatacar que llegaban desde los cuarteles generales a divisiones desconcertadas y a las que estaban aplastando. El general que estaba al mando del importante Grupo de Ejércitos Occidental, Dmitry Pavlov, fue relevado del mando, juzgado por incompetencia criminal y traición, y fusilado. A la izquierda del grupo de Bock, el Grupo Panzer de Hermann Hoth llegó a Vilna, de camino hacia Minsk, y el 25 de junio separó dos grupos de ejércitos

soviéticos. En el flanco meridional, Guderian avanzó hasta crear un gran embolsamiento de cuatro ejércitos soviéticos. Las pinzas llegaron al río Berezina y se cerraron, seguidas por la infantería para cerrar la bolsa. Los rusos habían perdido en menos de tres semanas medio millón de hombres, 1.200 aviones, 5.000 tanques y 10.000 cañones. El Grupo de Ejércitos Norte vivió una victoria similar, con la toma de Lituania en dos días, puesto que uno de los cuerpos envió a su grupo más rápido a recorrer ochenta kilómetros durante el primer día para preparar el cruce vital de un río. El Grupo de Ejército Sur fue más lento porque se enfrentó a las fuerzas soviéticas más fuertes. Esto resultó ventajoso para los alemanes según el desarrollo de los acontecimientos. Gerd von Rundstedt, corriendo con el Primer Grupo Panzer de Ewald von Kleist, como en la época de Dunquerque, llegó el 11 de julio a pocos kilómetros de Kiev pero no pudo tomar la ciudad. En su momento este fracaso introdujo otro elemento de catastrofismo por parte de Stalin. En el norte, el 26 de junio, los alemanes habían establecido cabezas de puente al otro lado del río Dvina, y en el centro los movimientos de los Panzer alrededor de Minsk atraparon a los rusos en grandes embolsamientos, en Białystok y otros puntos: aislados de los suministros, sin saber lo que estaba ocurriendo y machacados por los bombardeos de la Luftwaffe. El 29 de junio, se habían rendido 290.000 rusos, aunque la fortaleza de Brest-Litovsk resistió hasta el 12 de julio. El propio Stalin quedó postrado durante muchos días y no fue hasta el 3 de julio cuando habló por radio, momento en que se había establecido una autoridad central de defensa, después de que el Politburó se había atrevido con muchas precauciones a ofrecer su consejo (cuando los hombres llegaron a la residencia de los suburbios, Stalin pensó que venían a deponerlo). Se produjo una movilización masiva muy destacable y los civiles hasta la edad de sesenta años fueron obligados al menos a cavar defensas, a veces durante doce horas al día y a punta de pistola, y en casi todos los casos sin ninguna necesidad.

Un ruso fue lo suficientemente brillante para comprender lo que estaba ocurriendo y lo bastante duro para contener los nervios: el mariscal Georgy Zhukov, el especialista de Stalin. De alguna manera, y esto era muy raro, tenía una personalidad que no se dejaba intimidar por Stalin, como ocurría con todo el mundo que lo rodeaba, y también había vencido en una batalla importante en 1939 que se había librado a partir de una serie de escaramuzas fronterizas contra los japoneses. Sabía lo que estaba haciendo y lo aplicó sin piedad. Las tropas rusas del Grupo de Ejércitos Occidental que se encontraban en el frente, se tendrían que sacrificar en una línea de ríos defendibles que corrían de norte a sur, el Dvina y el Dniéper, antes de alcanzar Kiev. Existía el istmo de tierra alrededor de Smolensk, una posición cuyos flancos eran relativamente seguros. Allí se centraría la resistencia, para permitir la formación de reservas que se debían traer en especial desde Siberia. De hecho existían unas 600 divisiones soviéticas con algo de entrenamiento militar: 14.000.000 de hombres (entre ellos centroasiáticos), el doble de lo que esperaban los alemanes. Además, con una medida improvisada extraordinaria, buena parte de la industria fue

evacuada a los Urales: N. A. Voznesenky de la oficina del Plan Quinquenal lo había ordenado el 24 de junio, y la orden afectaba a las industrias de la cuenca ucraniana de Donets y el bajo Dniéper en Zaporozhye, donde se habían destruido las turbinas. Quinientas empresas y 500.000 trabajadores fueron trasladados desde la región de Moscú, permitiendo que la industria armamentística, con prensas hidráulicas de 10.000 toneladas, pudieran sobrevivir en los Urales y más allá, en Kazajstán. Una vez allí, los directores de fábricas debían racionalizar y utilizar adecuadamente la maquinaria (lo mismo que ocurrió con la producción aeronáutica en Inglaterra). A esto siguió una especie de milagro.

Los cálculos de Zhukov tuvieron éxito al menos hasta el punto de que se produjo otro desastre que retuvo a los alemanes. El embolsamiento de Minsk resistió, pero al final se derrumbó, y a mediados de julio los alemanes se encontraban en el puente de tierra de Smolensk, el último obstáculo geográfico antes de Moscú. También estaban a punto de llegar a Leningrado. En ese momento los alemanes debían tomar la gran decisión. ¿Se debían dirigir hacia Moscú, como quería Bock al mando del grupo del centro, o por el contrario se debían dirigir hacia las zonas de materias primas de Ucrania? Esto último significaba que el Grupo Panzer de Guderian se debía dirigir hacia el sur. Este debate tuvo lugar en el contexto de un endurecimiento de las líneas soviéticas. Se produjeron combates por el puente terrestre en Smolensk en los que un contraataque ruso en Yelnya, sobre el Dniéper al sur de Smolensk, tuvo resultados bastante satisfactorios: el primer revés serio de los alemanes. Durante dos meses los rusos conservaron el terreno, a pesar de estar rodeados, obligando a los alemanes a detenerse y luchar. Las fuerzas armadas alemanas, la *Wehrmacht*, habían perdido 213.000 hombres y, en cualquier caso, Bock se tenía que detener porque el alcance máximo de su infraestructura móvil era de seiscientos cincuenta kilómetros, es decir, justo en Smolensk. Los tanques y los camiones necesitaban descanso y reparaciones, mientras que en Francia dicha distancia les había llevado al Canal a través de carreteras tranquilas. La misma pausa se produjo en los estados bálticos, aunque allí la población, liberada de Stalin, les fue de ayuda.

Le habían dado una patada a la puerta y la casa se estaba derrumbando, pero sólo en parte. Al fin y al cabo, se trataba de una casa muy grande, la Unión Soviética, que tenía sesenta veces el tamaño de Alemania. Se ordenó un parón de un mes para que el ejército se avituallara de todo. Entonces se produjo una riña, la primera de muchas querellas amargas, entre Hitler y los generales. Ellos decían: Moscú. Hitler afirmaba que Moscú no importaba, que ésta era una guerra por el carbón y el petróleo, y por eso quería el sur de Rusia. Hitler ordenó un viraje hacia el sur para atrapar a los ejércitos soviéticos alrededor de Kiev, y tuvo mucha suerte porque Stalin se negó a permitir que se retirasen. El Grupo Panzer de Guderian se movió hacia el sur, el Grupo Panzer de Kleist se trasladó hacia el norte desde Kremenchug y el 17 de septiembre en un embolsamiento alrededor de Gomel quedaron destruidos dos ejércitos rusos, con la pérdida de 500.000 soldados, lo que representó la victoria

individual más importante de los alemanes. Esto abría el camino hacia la cuenca del Donets, Crimea e incluso el Cáucaso. Kiev cayó con 665.000 prisioneros entre civiles y militares. La Luftwaffe había colaborado brillantemente con los Panzer sobre el terreno seco, y los rusos no se pudieron adaptar. En el sur, los alemanes siguieron avanzando más allá de Kiev: Kleist cruzó el Dniéper, dirigiéndose hacia Rostov del Don y aisló a 100.000 rusos en Berdyansk, junto al mar de Azov (6 de octubre). Járkov cayó el 24 de octubre, Rostov el 20 de noviembre y Crimea fue ocupada a excepción del puerto fortificado de Sebastopol y la pequeña península de Kerch que se extiende hacia el norte del Cáucaso. En el norte, a mediados de septiembre los alemanes estaban bombardeando Leningrado, lo que marcó el inicio del martirio de la ciudad. Los finlandeses se estaban tomando ahora la revancha al asediar la ciudad desde el noroeste, el istmo de Carelia y Vyborg. El 15 de septiembre Leningrado quedó aislada y los alemanes decidieron que la dejarían morir de hambre. A esto siguieron un millón de muertos, más que el esfuerzo de guerra conjunto de británicos y americanos. Durante el invierno la ciudad siguió resistiendo gracias a una *voie sacrée*, una débil línea de suministros que atravesaba el lago Ladoga, cercano a la ciudad, y sobrevivió en enero porque aumentaron tanto las evacuaciones como los suministros, al espesar el hielo. También tuvo su importancia que los finlandeses sabían cuándo tenían que parar. Recuperaron lo que había sido suyo en 1939, pero su comandante, el mariscal Carl Gustaf Emil Mannerheim, conocía a los rusos, ya que había sido general de la caballería zarista, y afirmó: «Si hacemos más que esto, no nos perdonarán nunca». Leningrado sobrevivió en gran medida gracias a los finlandeses, *chukhontsy*, como los llamaban burlescamente los rusos (en una referencia a su famosa costumbre bebedora).

A principios de octubre de 1941 se produjo el gran asalto alemán contra Moscú: la Operación Tifón. El Grupo Panzer de Guderian remontó a través de Oryol, Bryansk y Tula, que en la actualidad son nombres famosos de la historia militar de Rusia. Desde el norte llegó el Grupo Panzer de otro guerrero, Hoth, a través de Vyazma y el campo de batalla napoleónico de Borodino. Los alemanes tenían cerca de un millón de hombres, 1.700 tanques y 14.000 cañones, aunque sólo 550 aviones (la Luftwaffe había perdido 1.603 aviones y 1.028 estaban dañados). El plan se basaba en las pinzas habituales, centradas en Vyazma y Bryansk, y después de eso, desde el norte y el sur, sobre Moscú. El Ejército Rojo tenía 1.250.000 hombres, 1.000 tanques y 7.600 cañones, con algo menos de 1.000 aviones, pero seguía habiendo problemas con la formación y la calidad. Los dos grupos Panzer atravesaron las defensas incompletas del lado septentrional y cuando se encontraron en Vyazma habían formado un gran embolsamiento. Los rusos siguieron luchando, algo que no habían sabido hacer los franceses un año antes en circunstancias similares, y mantuvieron ocupadas a treinta divisiones alemanas; muchos escaparon para establecer una línea defensiva en Mozhaisk, al oeste de la capital. En Bryansk, al sur, se produjo una historia similar: Guderian rodeó al Ejército Rojo a través de Oryol y

tomó Bryansk el 6 de octubre, con más ayuda desde el aire. Dos ejércitos soviéticos quedaron rodeados pero no se rindieron y establecieron un frente nuevo alrededor de Mtsensk. El 7 de octubre de 1941, la ofensiva alemana se tropezó con el problema del otoño ruso y el barro que lo acompañaba. Todo quedó atascado. Ahora, los nuevos tanques rusos T-34 podían emboscar a los tanques alemanes desde los bosques y destrozar a los inferiores Panzer IV, que con los cortos cañones de 75 mm sólo podían destruir a los T-34 desde atrás. A mediados de octubre, en el frente de Mozhaisk, los alemanes chocaron con defensas serias. Además, Zhukov llegó desde Leningrado para hacerse cargo de la defensa de Moscú en medio de un alboroto tremendo.

Se trataba del famoso pánico de Moscú, que quedó fijado en el subconsciente de todos los que lo vivieron. El partido, el estado mayor y el gobierno se fueron en trenes especiales en dirección hacia Samara, en el Volga; se produjeron saqueos y en los nuevos edificios de apartamentos del centro, los directores toleraron a los saqueadores hasta que llegó el NKVD para fusilarlos. Stalin se quedó públicamente en la ciudad para que pudiera presidir el gran desfile del treinta y cuatro aniversario de la Revolución el 7 de noviembre. El 13 de octubre los alemanes alcanzaron un frente que se extendía desde Kalinin (que se llamaba Tver cuando Modest Mussorgsky bebió allí hasta morir) hasta los pueblos de Volokolamsk, a unos ciento veinte kilómetros al noroeste de Moscú, y Kaluga, a poco más de ciento cuarenta kilómetros al sudoeste de la capital. Moscú se transformó en una fortaleza donde mujeres y niños removieron toneladas de tierra, sin la ayuda de maquinaria; y la ciudad recibió entonces los ataques desde el aire. Los alemanes intentaron rodear estas defensas y lo consiguieron al endurecerse el suelo, aunque la ciudad industrial de Tula resistió a unos ciento noventa kilómetros al sur de Moscú, y el 18 de octubre atacaron el frente de Mozhaisk, tomando Volokolamsk el 27 de octubre. Pero ahora se imponía el clima, de manera que se convirtió en toda una aventura conseguir que arrancase un motor y los problemas de suministros fueron formidables: la falta de ropa de invierno empezó a tener su importancia al caer la temperatura y aumentar los casos de congelación. Sólo un tercio de sus vehículos a motor seguía en funcionamiento y las divisiones de infantería tenían un tercio de su fuerza. Seiscientos mil caballos alemanes se debilitaron o reventaron y murieron.

El 15 de noviembre de 1941, cuando se heló el suelo, empezó la prueba final. Se dispusieron dos grupos Panzer para rodear la capital desde el norte, y un grupo Panzer desde el sur tenía que unirse con la pinza septentrional al este de Moscú a través de Kolomna. La maniobra tuvo éxito, durante un tiempo, y los oficiales con binoculares, al ponerse el sol, podían ver en la distancia el brillo de las cúpulas doradas de los edificios del Kremlin. Muy cerca de Moscú, los alemanes llegaron a Yasnaya Poliana, la propiedad de León Tolstoi, a poco más de dieciséis kilómetros de la capital, pero Tula seguía resistiendo, de manera que Guderian no se pudo acercar a Moscú por ese flanco. A causa de la resistencia en los lados norte y sur de Moscú, Bock intentó un ataque directo desde el oeste, pero con pocos tanques, de manera que

perdió impulso a los cuatro días. En la actualidad, en la carretera hacia el aeropuerto de Moscú se levanta un monumento conmemorativo en Khimki, que fue una enorme trampa para tanques. Ése fue el límite de los alemanes, a veinticuatro kilómetros del Kremlin. El 5 de diciembre de 1941, tropas soviéticas de refresco llegadas de Siberia y preparadas para la guerra invernal, atacaron a las fuerzas alemanas delante de Moscú. Los grandes refuerzos se habían trasladado a occidente en cuanto estuvo claro que los japoneses iban a hacer honor a su acuerdo con los soviéticos en vez de a su pacto con Hitler: una de las decisiones cruciales de la guerra. Pero estas reservas también se habían mantenido alejadas de otros teatros de operaciones y la campaña de Moscú se había acabado. En enero de 1942, los soviéticos habían alejado a los alemanes más de trescientos kilómetros en algunos puntos, y estaba claro que los alemanes estaban demasiado debilitados. Habían perdido tres cuartos de millón de hombres, que en su mayoría no se habían podido sustituir. Cuando el 20 de noviembre un contraataque soviético en Rostov, en el sur, amenazó con rodearlo, el comandante del Grupo de Ejércitos Sur, Rundstedt, se retiró hacia los ríos Mius y Donets, una posición que acabaría siendo famosa; los alemanes estaban a la defensiva en todo este frente enorme. En el frente septentrional fueron obligados a retirarse desde Tijvin en la orilla meridional del lago Ladoga y se abrió una vía muy estrecha hacia Leningrado.

La posición alemana fue terrible cuando empezó el duro invierno. El sistema ferroviario soviético, en malas condiciones de mantenimiento, funcionaba con muchas ineficiencias. El aceite que se utilizaba para engrasar los subfusiles Schmeisser se heló. Los uniformes de invierno alemanes se habían quedado en Polonia para no ocupar un espacio vital y por eso el 20 de diciembre Goebbels apeló al pueblo alemán para que enviase ropa de abrigo a los soldados. El día anterior, Hitler había relevado de sus deberes al comandante del ejército, el mariscal de campo Walther von Brauchitsch. Culpaba a Brauchitsch del fracaso en la toma de Moscú. A partir de ese momento el Alto Mando del Ejército iba a dirigir la guerra en Rusia desde Zossen, a las afueras de Berlín, bajo la dirección de Hitler. Los alemanes casi habían llegado al Cáucaso y también se habían abierto camino por Crimea. Los accesos al Cáucaso norte y la mayor parte de la costa nororiental de Crimea también se encontraban ahora en manos alemanas. Sin embargo, durante el invierno las líneas de suministros que llegaban a estas zonas eran terribles, y la flota soviética controlaba el mar Negro, de manera que los alemanes ni siquiera podían utilizar una ruta marítima desde Constanza en Rumanía. Y ahora los rusos consiguieron realizar una evacuación tipo Dunquerque desde Odesa a Sebastopol en Crimea occidental. A pesar de los avances gigantescos sobre el mapa, los alemanes se encontraban en un peligro mortal, y algunos de los generales sugirieron que regresaran a Polonia. Pero ése no era el estilo de Hitler. Quizá suponía que si empezaba la retirada iba a ser terriblemente difícil –incluso peor que la de Napoleón, que de todas formas la inició en octubre– y conduciría al pánico. Ordenó a las tropas que resistieran sobre el

terreno, en posiciones fortificadas, defensas en erizo, que se podían abastecer desde el aire. Los rusos atacaron una y otra vez estas posiciones, con éxitos locales, pero el resultado final demostró que Hitler tenía razón: los embolsamientos resistieron y los rusos sufrieron un gran desgaste. En la primavera, los alemanes seguían muy avanzados, rodeando Leningrado, amenazando Moscú desde Rzhev, a sólo un centenar de kilómetros, y defendiendo un frente que seguía más o menos el río Dniéper, con su enorme extensión hasta el este, y en el interior de Crimea. Se iba a desarrollar una batalla enorme de dimensiones mundiales.

Capítulo 4

Pearl Harbor y el norte de África

El fracaso sorprendente de los alemanes ante Moscú coincidió casi exactamente con otra gran colisión a un hemisferio de distancia. Saliendo de la nada, los japoneses realizaron un ataque espectacular contra la base americana en el Pacífico central, Pearl Harbor, en Hawaii. Esta acción tenía unos orígenes muy remotos: Japón había sido el primer estado no europeo en derrotar a una flota europea, la rusa, en 1904, y ahora se creía preparado para gobernar un imperio. Aunque carecía de materias primas, tenía una gran capacidad de adaptación y había ocupado muchos mercados occidentales en Asia. Más tarde, durante la Gran Depresión, el gigantesco vecino de Japón, China, se desintegró, con una lucha a tres bandas entre japoneses, comunistas y republicanos nacionalistas. Los japoneses habían ocupado Pekín y los puertos comerciales, con lo que se habían ganado la hostilidad de Estados Unidos, que tenía como objetivo principal la Política de Puertas Abiertas (librecomercio y no intervención), y una de las razones de la frialdad de la respuesta americana fue la dureza del comportamiento de los japoneses en China: todo el tema de la raza dominante, que no era más que una imitación de las prácticas de cierta nación europea. La brutalidad de los japoneses alcanzó notoriedad y los 5.000 misioneros americanos informaron de ella (Pearl Buck, hija de un misionero, cuyas novelas hicieron un retrato sentimental de la vida campesina en China, recibió un Premio Nobel de Literatura bastante cuestionable). Los japoneses no toleraban ninguna crítica y los americanos amenazaron con sanciones. El petróleo era el gran punto débil de Japón y en 1940, aprovechando el colapso de Francia y Holanda, las tropas japonesas invadieron la Indochina francesa y se dirigieron hacia las Indias Orientales holandesas (actualmente Indonesia) ricas en petróleo. El resultado fue una hostilidad tremenda entre Japón y Gran Bretaña y Estados Unidos, que impusieron un embargo petrolífero y congelaron los activos japoneses. Teniendo en cuenta el pacto de no agresión soviético-japonés, los planes de guerra japoneses siguieron adelante para destruir la US Navy en Pearl Harbor, ocupar las islas de Guam y Wake, apoderarse del petróleo de las Indias Orientales holandesas y de las Filipinas (un territorio de Estados Unidos desde 1898), y expulsar a los británicos de su base naval en Singapur. Entonces se establecería un imperio japonés (que recibía el sorprendente nombre de «Esfera de Co-Prosperidad») y Occidente no sería capaz de interferir. Por supuesto los japoneses, algunos de cuyos líderes conocían personalmente Estados Unidos y Gran Bretaña, comprendían que corrían el riesgo de que los aplastasen, pero no veían ninguna alternativa, teniendo en cuenta la extraordinaria tradición de orgullo racial y el estatus casi divino del emperador, y aunque sólo tenían escasas posibilidades de victoria.

El 7 de diciembre de 1941 los japoneses se lanzaron contra Pearl Harbor con un ataque sorpresa ejecutado con brillantez. Sin embargo, recibieron la ayuda inestimable de la somnolencia con la que se había dirigido la base: los aviones perfectamente alineados en tierra para que los bombardearan, los cañones antiaéreos sin artilleros, los depósitos de munición cerrados y las llaves escondidas. Tuvieron suerte de que los tres portaaviones americanos se encontraban fuera para proteger otra isla que se podía utilizar como base para los aviones, pero por lo demás el ataque causó muchos daños, con la destrucción de ocho acorazados americanos y la muerte de 2.402 soldados y marineros. Los japoneses habían apostado a que Estados Unidos, enfrentado a una derrota tan repentina y contundente, se avendría a negociar un acuerdo y dejaría a Japón las manos libres en China. El propio almirante Isoroku Yamamoto, el héroe del momento, creía que el ataque no era la acción correcta porque conocía a los americanos y comprendía que, más allá del caos y la sorpresa iniciales, devolverían el golpe y no olvidarían nunca la humillación. En cualquier caso, las pérdidas americanas eran menos serias de lo que se consideró en el primer momento: los portaaviones americanos eran mucho más importantes que los acorazados y la infraestructura naval vital (tanques de petróleo e instalaciones de los astilleros), submarinos y unidades de inteligencia no sufrieron ningún daño porque los japoneses, al ver que no estaban los portaaviones, temieron un contraataque y se retiraron demasiado pronto.

Los primeros seis meses de 1942 presenciaron más desastres americanos y británicos en el Pacífico. Churchill era un imperialista de la vieja escuela, decidido a una demostración de fuerza. Conocía la importancia de «no perder la cara» para conservar el imperio asiático: la extraordinaria y con frecuencia irreflexiva autoconfianza que les permitía gobernar el Raj^[1] indio de 400.000.000 de almas con 60.000 británicos y un ejército principalmente nativo. Ordenó el envío de dos barcos de guerra al océano Índico como una demostración de poder, pero fueron atacados desde el aire y hundidos. Los japoneses utilizaron entonces Tailandia e Indochina como base para la invasión de Malasia, y las bases aéreas americanas de Guam y Wake también cayeron ante un ataque naval. El 1 de enero de 1942 una Declaración de las Naciones Unidas (la primera vez que se utilizaba este término) estableció un mando supremo en el sudeste de Asia, controlado por los británicos, pero los japoneses lo barrieron con la toma de Manila en las Filipinas y la mayor parte de Nueva Guinea. La gran catástrofe tuvo lugar el 15 de febrero de 1942 con la caída de Singapur. Singapur había sido una posesión británica durante más de un siglo y un lucrativo centro de comercio. Cuando lo invadieron los japoneses el 8 de febrero, disponía de una defensa formada por 130.000 soldados británicos, que eran cinco veces más que los invasores japoneses, pero no había ningún tanque británico frente a los 200 tanques japoneses, y la superioridad aérea japonesa era apabullante. Después de la rendición, unos 80.000 prisioneros de guerra –británicos, australianos e indios– sufrieron un destino muy cruel de trabajos forzados y hambre.

A finales de febrero y principios de marzo de 1942, la flota japonesa barrió todo lo que se le puso por delante y lanzó una operación en el océano Índico con ataques contra Ceilán. Hundieron un portaaviones británico y los barcos británicos se retiraron prudentemente del océano Índico. Los japoneses también invadieron Birmania. El objetivo de esta operación era cortar las líneas de suministro a los nacionalistas chinos, que habían dificultado los planes japoneses y seguían resistiendo. Los americanos les ayudaban con asesores militares, aviones y suministros que llegaban a través de la Carretera de Birmania. Al principio los británicos pretendían defender su colonia, pero tenían muy pocas tropas y no podían confiar en los birmanos, y además, en 1942, los japoneses tenían el control del aire. Obligaron a los británicos a retirarse: un camino de casi dos mil kilómetros a través de terreno muy difícil, que llegó a su fin a principios de mayo en la frontera india, cuando empezó el monzón que impidió el avance de los japoneses. Los nacionalistas chinos estaban ahora aislados, a excepción de una línea de suministros tremendamente peligrosa por aire sobre el Himalaya. Aun así consiguieron hacer frente a las tres quintas partes del ejército japonés; como ha escrito correctamente Antony Beevor: «El conflicto chino-japonés ha sido durante mucho tiempo la pieza faltante en el rompecabezas de la segunda guerra mundial». En los demás lugares nada pudo resistir la marea japonesa. El general de Estados Unidos más conocido, Douglas MacArthur, dijo que retendría las Filipinas, pero sus aviones fueron destruidos casi todos en tierra y en marzo le indicaron a MacArthur que tenía que irse. Se había retirado del ejército en 1937 para convertirse en asesor militar del gobierno de la Commonwealth en las Filipinas, y fue reclamado para el servicio activo en 1941. Ahora se tuvo que escabullir hacia Australia pero lanzó su famosa promesa: «Volveré». Sus 80.000 hombres resistieron hasta el 8 de mayo en la isla de Corregidor en la bahía de Manila. En Australia había cundido el nerviosismo ante el colapso repentino de los imperios americano y europeos. Japón, una nación insular, se había extendido sobre un territorio inmenso y sus tropas controlaban gran parte de China, amenazando la India, y su flota controlaba una vasta extensión del océano, con las islas del Pacífico como bases y fortalezas. Rabaul, frente a Nueva Guinea, se transformó en la principal base naval, pero los japoneses también se extendieron hasta las islas Salomón, planeando un aeródromo en Guadalcanal, y utilizaron con eficacia la captura de las islas americanas de Guam y Wake.

Los británicos se encontraban en una posición muy expuesta. Estaba claro que su gobierno en la India estaba llegando a su fin, pero ni se podían ir ni la podían defender de manera adecuada. En cuanto perdieron su prestigio en Singapur y otras zonas, la India se volvió difícil de gobernar. El esfuerzo de resistencia contra Japón significaba que el esfuerzo de guerra se debilitaba en otros lugares, y los peores desastres para los británicos tuvieron lugar a lo largo de 1942. La realidad era que los británicos se habían extendido demasiado. Su imperio era una anomalía extraordinaria: ¿cómo era posible que una isla del noroeste de Europa pudiera

controlar adecuadamente la cuarta parte de la superficie terrestre del mundo? Semejante tarea no era posible sin el apoyo americano y ésta era la baza de Churchill. El ataque contra Pearl Harbor abrió a Estados Unidos para el esfuerzo de guerra británico. América se había estado resistiendo a participar en otro conflicto global y el Congreso había aprobado numerosas leyes de neutralidad en la década de 1930 prohibiendo la venta de armas a países beligerantes, pero en diciembre de 1940, con la invasión de Polonia por parte de Hitler en mente, el presidente Roosevelt declaró que América se iba a convertir en el «arsenal de la democracia». Su objetivo era ayudar a Gran Bretaña sin entrar en la guerra. Propuso el programa de Préstamo y Arriendo y el Congreso aprobó su autorización en marzo de 1941, permitiendo que el gobierno «vendiese, transfiriese títulos, intercambiase, arrendase, prestase o dispusiera por cualquier otro medio... de cualquier artículo de defensa» a naciones específicas, siendo Gran Bretaña la primera de ellas en marzo, China la segunda en abril y la Unión Soviética la tercera en octubre. Y después América entró en la guerra en diciembre. Ahora el primer objetivo de los Aliados era el control del Atlántico y facilitar el envío de tropas y suministros americanos. En julio de 1942, cuando los americanos organizaron finalmente los convoyes en sus aguas territoriales, el comandante naval Karl Dönitz concentró sus submarinos en el Atlántico Norte. Tenía suficientes para formar una línea muy larga y a veces se juntaban hasta quince submarinos para el ataque. Los cazas aliados podían volar hacia el oeste desde las bases británicas o hacia el este desde América para proteger a los convoyes de los submarinos; por supuesto los aviones tenían que controlar el combustible y reservar el suficiente para regresar a la base de origen. En aquel momento los cazas sólo disponían de combustible suficiente para proteger una parte del viaje de los convoyes y dejaban sin cobertura una zona que se conocía como el Hueco del Atlántico Medio. Era en esta zona donde los convoyes aliados eran más vulnerables y donde se produjeron la mayoría de los ataques de los submarinos. Sólo en octubre de 1942, se hundieron cincuenta y seis barcos, con un total de 250.000 toneladas, entre Groenlandia e Islandia, en un área que no cubría la aviación aliada. Pero por el otro lado, se hundieron muchos más submarinos: sesenta en agosto-septiembre, uno por cada diez barcos mercantes hundidos, frente al uno por cada cuarenta que era la relación anterior. El almirante británico Max Horton, comandante en jefe de los Western Approaches [Accesos del Oeste], una zona rectangular que se proyectaba hacia el interior del Atlántico desde la costa occidental de Gran Bretaña, organizó una reserva de escoltas, que se dirigían donde eran necesarios para perseguir submarinos, y habría logrado más éxitos si hubiera tenido más aviones a su disposición. Se introdujeron tácticas nuevas: los escoltas se quedaban encima de un submarino el tiempo suficiente hasta que se quedase sin aire. Las antiguas cargas de profundidad eran toscas y agitaban las aguas, pero ahora se sustituyeron en muchas ocasiones por morteros antisubmarinos que explotaban por contacto, mientras que los morteros *squid* tenían mayor alcance (juntos fueron los responsables del hundimiento de la

cuarta parte de los submarinos). Entonces llegó otra invención ingeniosa: la Luz Leigh. Se encendía automáticamente por las noches en cuanto un avión contactaba por radar con un submarino en la superficie (donde se desplazaba con mayor rapidez y recargaba las baterías) e iluminaba el objetivo. Los submarinos recibían un ataque desde la nada y se hundían. Los mismos resultados se conseguían con el radar centimétrico, que iba montado en los aviones y al que su víctima no podía detectar, de manera que quedaba inesperadamente destruida.

Durante un período de diez meses a partir de febrero de 1942, los descifradores británicos fueron superados por la mejora de la máquina Enigma. Esto dificultó la detección de los submarinos. Los alemanes estaban leyendo las cifras navales británicas y sabían la situación de los convoyes, pero los británicos no podían leer los equivalentes alemanes. El punto de inflexión para los Aliados tuvo lugar el 30 de octubre de 1942, cuando los marineros británicos, con gran sangre fría, se apoderaron de un submarino que había subido a la superficie en el Mediterráneo oriental, abordaron la embarcación y se llevaron todo lo que pudieron encontrar. Este botín ayudó a cambiar el curso de la guerra. Encontraron las claves de la nueva Enigma y los libros de claves que utilizaban los alemanes para cifrar los mensajes. Muy pronto Enigma quedó descifrada (el código fue desentrañado por Alan Turing, el mago de los inicios de la informática) y el Almirantazgo británico pudo descubrir la posición de los submarinos, permitiendo que los convoyes del Atlántico que llevaban suministros desde América del Norte a Gran Bretaña y a la Unión Soviética pudieran llegar sin problemas. En diciembre de 1942 las pérdidas fueron mucho menores y también ayudó el tiempo invernal. Pero en primavera se reanudó la batalla de los convoyes y había tantos submarinos de patrulla que era casi imposible que los convoyes se pudieran escapar a su detección. En marzo, ochenta y dos barcos fueron hundidos en el Atlántico (476.000 toneladas) con la pérdida de doce submarinos. Durante un tiempo los británicos se enfrentaron a un problema muy serio de falta de suministros, pero entonces cambió la situación: en abril, se hundieron treinta y nueve barcos (235.000 toneladas), pero también quince submarinos, y en mayo se produjo un giro dramático en la batalla alrededor de un convoy lento, Outbound (North) Slow ONS 5, formado por cuarenta y tres barcos mercantes escoltados por dieciséis buques de guerra, que fue atacado por treinta submarinos. Se perdieron trece mercantes, en parte a causa de una tormenta que dispersó el convoy, pero los escoltas o los aviones hundieron seis submarinos; Slow Convoy SC130 vio como se destruían cinco submarinos sin sufrir ninguna pérdida. En total, en mayo se destruyeron cuarenta y tres submarinos, treinta y cuatro en el Atlántico: el veinticinco por ciento de la fuerza operativa. Los Aliados perdieron treinta y cuatro barcos (134.000 toneladas). La primera explicación de esta situación fue el cierre del Hueco del Atlántico Medio con la intervención de aviones nuevos, los B-24 Liberator, que podían recorrer distancias más largas y también gracias a los mercantes o portaaviones de escolta que viajaban con los convoyes. Portugal también permitió que los Aliados utilizaran instalaciones

aéreas en las Azores, y el Mando Costero de la RAF hundió más submarinos que cualquier otro servicio aliado en los últimos tres años de la guerra (después de abril de 1942). En 1943, se habían perdido 258 submarinos, 90 de ellos hundidos por el Mando Costero, y 51 dañados. Esto significaba que ahora resultaba razonable que Inglaterra se pudiera utilizar para una invasión americana de Europa occidental, que Stalin llevaba reclamando desde hacía tiempo.

Los años 1941 y 1942 presenciaron victorias y reveses de los Aliados. En el sudeste de Asia las posiciones británicas se estaban colapsando y la posición estratégica global parecía desesperada excepto en el norte de África. Allí las fuerzas británicas construyeron un ferrocarril para atravesar más de mil seiscientos kilómetros entre El Alamein cerca de Alejandría y Tobruk en Libia. El 22 de enero de 1941 liberaron la fortaleza de Tobruk, que había estado en manos de Italia. Pero entonces tuvieron problemas de suministros, incluso de agua, y los italianos y alemanes contraatacaron. El Octavo Ejército británico preparó un ataque, la Operación Battleaxe, en la región de la Cirenaica en el este de Libia, donde se encontraba Tobruk. Las fuerzas implicadas en Battleaxe sumaban 100.000 hombres, 849 tanques y 604 aviones, contra un enemigo algo inferior. Los británicos habían sembrado campos de minas muy intrincados para canalizar cualquier ataque de los tanques y estaba llegando equipamiento nuevo y mucho mejor: tanques Grant, con blindaje y cañón que podían resistir a los Panzer IV en lugar de quedar en desventaja (los cañones de seis libras podían igualar al Pak 38 de 50 mm alemán).

Erwin Rommel, el Zorro del Desierto, fue el gran adversario de los Aliados en el norte de África. Tenía carisma, sus hombres le adoraban e incluso consiguió desarmar el arma británica más importante: Ultra. Desobedeció las instrucciones del Alto Mando en Roma y cogió a la Inteligencia británica totalmente por sorpresa; al mismo tiempo, podía descifrar el tráfico local de radio en el norte de África y por eso sabía lo que tenía que hacer. El 26 de mayo de 1942 encontró un punto débil e incluso capturó el cuartel general de una división blindada. Las brigadas blindadas británicas entraron en acción una a una, sin el apoyo de cañones antitanque ni infantería mecanizada, que era lo que tenían los alemanes. Rommel también había utilizado con ingenio los campos de minas británicos y había dispuesto una pantalla de cañones antitanque que cubrían a sus ingenieros que estaban desminando los campos. Mientras tanto, el general británico Neil Ritchie, un buen oficial de estado mayor, mandaba a paso lento y las unidades luchaban sin coordinación, de manera que cada una de ellas fue derrotada por turno. Rodeando el flanco meridional con una maniobra de flanqueo por el desierto, Rommel atrapó a los estáticos británicos contra sus propios campos de minas. En el lado meridional los Franceses Libres se comportaron muy bien en Bir Hakeim, lo que fue una señal (como se recuerda en una estación de metro en París) de que Francia se estaba recuperando. Pero Rommel consiguió pasar y los Panzer atacaron por tres lados, dejando una retahíla de tanques dañados que los británicos habrían hecho bien en salvar, pero que no lo hicieron. El

Octavo Ejército se retiró hacia la frontera egipcia, dejando Tobruk aislado. La fortaleza se había debilitado con la retirada de sus minas para establecer las posiciones fortificadas o casamatas, de las que dependían los británicos. Las columnas de polvo, los bombardeos continuos y la inexperiencia de las tropas fue la mezcla perfecta para la rendición del lugar, dejando grandes cantidades de suministros y 35.000 prisioneros (21 de junio). El presidente Roosevelt informó con elegancia a Churchill en Washington y le ofreció inmediatamente ayuda. El agregado americano en El Cairo envió informes demoledores sobre la ineficacia británica y los italianos podían leer sus códigos: en vista de las circunstancias, Rommel se preparó para otro empujón, esta vez con la enorme ayuda de los vehículos y el combustible capturados.

Tras la caída de Tobruk en junio de 1942, se había producido otra muesa en la frontera egipcia. Los británicos disponían ahora de un centenar de tanques y habían perdido la mitad de la artillería. Incluso ahora se impuso la prudencia tranquila de manual en todo lo referente a los sistemas defensivos y las tropas se situaron estáticas en sus posiciones fortificadas y defendidas por campos de minas que Rommel simplemente rodeaba. Pero los británicos estaban aprendiendo y su comandante, *sir* Claude Auchinleck, se impuso y reemplazó por fin al hombre que, por decencia, no quiso despedir, para conseguir que las tropas se moviesen. Era demasiado tarde y se produjo otra derrota, después de la cual fotografiaron a Auchinleck, un mariscal de campo, de pie desconsolado y solo con sus pantalones cortos holgados al lado de la carretera mientras su ejército se retiraba hacia el siguiente punto defendible. A partir de aquí, la curva de aprendizaje del ejército británico se disparó hacia arriba. Fue en la estación de ferrocarriles del pueblo de El Alamein (que significa «Las Dos Banderas», la británica y la egipcia). El Alamein era el frente más estrecho en que se podía plantear una batalla defensiva con algo más de sesenta kilómetros de desierto con dos ligeras elevaciones, que recibieron el nombre de «crestas», que permitían la observación y una especie de cobertura. El desierto terminaba en una gran depresión, una zona de marismas salinas, inútiles para un uso militar o de cualquier otro tipo. Sólo se podía rodear por el sur, pero ahí estaba el desierto del Sahara, que tampoco podían atravesar los tanques. La posición de El Alamein ya disponía de puestos fortificados, situándose los más importantes alrededor de la estación de ferrocarriles, rodeados de alambre de espinos. Ahora se había impuesto un ambiente de pánico cuando la flota británica se alejó de Alejandría y el personal del cuartel general empezó a quemar los papeles. Mussolini almohazaba un caballo blanco para su entrada en El Cairo, y el 30 de junio, Rommel se acercó a la posición de El Alamein. Pero sus hombres estaban muy cansados y también habían sufrido pérdidas; el agua era un problema. Auchinleck había conseguido reunir una brigada india procedente de Irak, dotada con mejores cañones antitanque, y la RAF estableció una superioridad aérea. Muy pronto, Rommel se quedó con solo treinta y siete tanques y sus tres divisiones alemanas disponían de menos de 2.000 hombres cada una. Además, sus

suministros procedentes de Italia se encontraban ahora seriamente comprometidos: le llegaron 5.000 toneladas en junio y julio frente a las 34.000 en mayo. La batalla fronteriza siguió adelante y un contraataque permitió la captura de una de las unidades principales de Rommel: sus interceptores de señales.

Durante toda la campaña en el norte de África Churchill había sido un gran estorbo. Enviaba telegramas urgentes exigiendo acción y victorias en un momento en que los comandantes sobre el terreno tenían que luchar contra dificultades interminables. Finalmente viajó a El Cairo y destituyó a Auchinleck; su sucesor, Bernard Montgomery, Monty, era cascarrabias, vanidoso y detallista. Se preocupó de que sus hombres lo conocieran y apabulló a Churchill, que aceptó un nivel de cuidados y preparativos que no habría tolerado en los predecesores de Montgomery, que precisamente al pedir todo esto habían provocado su destitución. Montgomery disponía también de una superioridad enorme en hombres y material, pero se tomó su tiempo, esperando que las líneas de abastecimiento funcionaran de manera adecuada, y se pudiera establecer una superioridad aérea. Aun así, estaba a punto de llegar una victoria británica de dimensiones considerables.

Sin embargo, la posición de El Alamein favorecía la defensiva de Rommel, a pesar de tener muchos menos tanques y aviones que Montgomery. Extendió campos de minas con medio millón de artefactos, algunos de ellos retirados desde Tobruk. Los italianos también dispusieron campos de minas falsos. No había posibilidades de una maniobra de flanqueo para atacar los lados del enemigo para rodearlo, de manera que habría que pasar de frente. Aun así, con 220.000 hombres y 1.100 tanques, Montgomery disponía de una superioridad enorme frente a Rommel, con sus 115.000 hombres y 559 tanques. Se desplegó un gran ingenio en crear tanques falsos (*jeeps* disimulados con cajas de madera pintadas) y otros elementos, pero lo esencial era el dominio absoluto del aire y la interrupción continua de las líneas de abastecimiento germano-italianas. También ayudó que Rommel, agotado por el estrés, estaba enfermo. Montgomery pretendía abrir pasos a través de los campos de minas en el norte, enviando a los zapadores para limpiar estos corredores con detectores de minas de acción rápida de diseño polaco. Cada pasillo tendría la anchura suficiente para un tanque y un gran bombardeo, como en 1916, batiría todo lo que tuviera delante. Esta acción, con al menos 1.000 cañones, tuvo lugar el 23 de octubre, y duró seis horas, disparando cada cañón 600 proyectiles. Después avanzó la infantería con los zapadores, que descubrieron que la tarea les superaba: los campos de minas tenían una extensión de ocho kilómetros. Si se averiaba un solo tanque, o su motor se veía afectado por la arena y el polvo, toda la columna tenía que detenerse y se convertía en un blanco estático para los cañones antitanque alemanes, entre los cuales el de 88 mm era muy temido por su alcance y penetración. Al atacar a los italianos más débiles (pero no desesperados), los británicos realizaron algunos progresos, pero por lo general los primeros esfuerzos fueron un fracaso. Rommel, enfermo, estaba convaleciente y ahora la ventaja fue que su sustituto sufrió un ataque al corazón y

murió, dejando vacante el mando alemán. Rommel, que aún no se encontraba bien, regresó. Ahora los cañones y los aviones –un millar de salidas (es decir, de despegue de un avión) de la RAF– hicieron su trabajo y golpearon a alemanes e italianos con el lanzamiento de 135 toneladas de explosivos, pero no se produjo ninguna rotura del frente. Montgomery cambió su ataque principal en el lado septentrional para cortar el frente germano-italiano en el punto que avanzaba hacia El Alamein. Los australianos y los highlanders escoceses se abrieron paso y Rommel no tenía ni las reservas ni el combustible para lanzar un contraataque efectivo.

Montgomery quedó atascado el 26 de octubre y Churchill se mesaba los cabellos: «¿Era realmente imposible encontrar un general que pudiera ganar una batalla?». Pero la RAF llegó al rescate. El último petrolero alemán fue hundido en el puerto de Tobruk, y Montgomery, reduciendo su línea de frente, creó una reserva con la que podía lanzar otro ataque. El campo de batalla se había convertido en un infierno –un calor tórrido en el que las moscas se reunían en grandes nubes negras encima de los cadáveres, los heridos y los excrementos, con cañones destrozados y camiones o tanques ardiendo– y los británicos tuvieron mayor capacidad para encajar las pérdidas que los alemanes. El 29 de octubre disponían de 800 tanques frente a los 148 alemanes y los 187 italianos, que tenían una movilidad muy reducida. Frente a las costas de Grecia fue torpedeado otro petrolero y dos más fueron hundidos frente a Tobruk el 1 de noviembre. Rommel sabía que ni siquiera iba a ser fácil la retirada: tenía que quedarse y luchar sobre el terreno que ocupaba. Montgomery cambió y volvió a aumentar la presión sobre el lado septentrional con un bombardeo aéreo durante siete horas, seguido durante cuatro horas más por el bombardeo de 360 cañones. Ahora los ingenieros, totalmente protegidos, pudieron abrir cinco pasillos a través de los campos de minas, y aunque un ataque contra una batería de cañones antitanque más allá de la estación de El Alamein provocó la pérdida completa de una brigada blindada, las pérdidas alemanas eran proporcionalmente mayores. Como mucho tenían treinta y cinco tanques disponibles y la artillería había quedado reducida a un tercio de su potencia. Rommel le dijo a Hitler que se tenía que retirar, pero se le ordenó que no lo hiciera y resistiera, momento en que tuvo que soportar 400 toneladas de bombas, lanzadas por 1.208 salidas de aviones el 3 de noviembre. Rommel se retiró y más tarde explicó: «No había reservas porque todo hombre y cañón disponibles se encontraban en el frente. Así que ahora llegó lo que habíamos intentado evitar con todas nuestras fuerzas: nuestro frente se rompió y el enemigo totalmente motorizado se lanzó contra nuestra retaguardia. Las órdenes superiores ya no se podían tener en cuenta. Teníamos que salvar lo que era salvable». Su segundo al mando fue capturado. El 4 de noviembre Montgomery consiguió romper el frente, pero se seguía comportando con prudencia, y sin duda en este momento recordaba cómo los británicos habían avanzado por este terreno en el pasado y habían recibido una sorpresa sangrienta ante la resistencia de Rommel. Pero ahora los alemanes estaban destrozados y disponían de menos de 5.000 hombres, veinte tanques y

cincuenta cañones. Se retiraron en orden más de mil seiscientos kilómetros hasta Túnez.

En Inglaterra el 15 de noviembre repicaron las campanas de las iglesias. Llevaban en silencio desde 1940 porque estaban destinadas a anunciar una invasión alemana. Ahora eso quedaba descartado y al final la opinión pública británica recibió la noticia de una victoria. Churchill se dirigió a la nación: «El ejército de Rommel ha sido derrotado. Ha sido aplastado. Ha quedado destruido en su mayor parte como fuerza de combate». Con la perspicacia del historiador en ejercicio que era, situó la victoria en su contexto: «Éste no es el final. Ni siquiera es el principio del fin. Pero, quizá, sea el final del principio». Más tarde, después de la guerra, Churchill escribió: «Antes de El Alamein nunca obtuvimos una victoria. Después de El Alamein, nunca sufrimos una derrota».

Para los británicos a finales de 1942, los acontecimientos más importantes tenían lugar en el mar y en el aire. Si el Atlántico hubiera quedado semicerrado, habrían quedado impotentes, y si los alemanes hubieran podido mantener su superioridad en el aire, entonces los rusos también habrían sido impotentes, incapaces de detener a los alemanes. La clave de ambas situaciones era británica. Era cierto que en el norte de África sólo estaban implicadas tres divisiones alemanas y que una de ellas estaba clasificada como «ligera», mientras que el resto eran italianas. Pero lo que estaba en juego en el norte de África era de vital importancia: Oriente Próximo, su petróleo y sus conexiones estratégicas.

El problema era que, a medida que avanzaba la guerra, no sólo los británicos, sino también los americanos, se habían dispersado enormemente. Quizá la dificultad central radicó en la primera victoria del general O'Connor sobre los italianos en 1940. Eso animó a los británicos y cuando la campaña del norte de África empezó a ir mal, en el paso de 1941 a 1942, seguía habiendo tropas en Egipto y la decisión más lógica era reforzarlas. Esto tuvo de nuevo un efecto indeseado y el principal esfuerzo terrestre de los británicos se situó en una parte del mundo que los americanos consideraban poco defendible —una cuestión imperialista— o irrelevante. Pero entonces los británicos empezaron a perder y fue necesario reconducir la situación. Uno de los movimientos obvios era que una fuerza anglo-americana conquistase el norte de África francés, y acabar con Rommel desde el oeste, ya que no se había podido acabar con él desde el este. Para los americanos la alternativa era concentrarse contra Japón en el Pacífico. Resulta un hito destacable de la visión de Roosevelt como hombre de estado que se mantuviera fiel a la fórmula de «el Atlántico primero», cuando habría sido mucho más popular en el país si se hubiera concentrado en el Pacífico.

A medidas que crecían sus fuerzas, para los americanos tenía sentido una intervención en el norte de África y no en otro sitio, y Churchill les había vendido la idea. Por eso se planificó la Operación Torch: el transporte de una fuerza anglo-americana enorme hasta el norte de África francés (en francés *torch* significa

«limpiar los bajos»). Resulta curioso que en Casablanca existía una red de inteligencia polaca bastante importante, como en la película, aunque el principal agente era vienés y en octubre se realizaron contactos secretos con las autoridades locales de Vichy. Un general francés, Henri Giraud, un hombre muy valiente pero no brillante, fue sacado a escondidas de la Francia de Vichy para convertirse en el hombre de los Aliados (quería ser comandante en jefe y se retiró cuando se lo negaron). Los Aliados planearon tres fuerzas de ataque para desembarcos anfibios que ocuparan los puertos y aeropuertos principales y que después se desplazarían hacia Túnez y la retaguardia de Rommel. Dadas las circunstancias fue un éxito extraordinario. El general George Patton con 35.000 hombres ocupó Casablanca, en Marruecos, después de llegar directamente desde Estados Unidos en un centenar de barcos, otras tropas anglo-americanas procedían principalmente de Glasgow y desembarcaron en Argelia después de atravesar el estrecho de Gibraltar. Los submarinos en la zona fueron atraídos para que atacasen un convoy mercante y Patton pudo desembarcar el 8 de noviembre. Se produjo algo de resistencia porque algunos de los hombres de Vichy eran violentamente hostiles en especial a los británicos. Al final fueron derrotados porque una de las mayores figuras de Vichy, el almirante François Darlan, se encontraba casualmente allí y les ordenó que se rindieran. Darlan era una figura muy comprometida, que incluso había autorizado que Rommel utilizase las rutas de abastecimiento francesas, y no parecía adecuado que los Aliados recurriesen a él. El líder de los Franceses Libres, Charles de Gaulle, no tenía tiempo para él o para Giraud; la gran ventaja de De Gaulle era que podía trabajar con la resistencia mayoritariamente comunista dentro de Francia y le resultó muy conveniente cuando Darlan fue asesinado (en circunstancias misteriosas a manos de un hombre muy joven que, a su vez, fue judicialmente asesinado antes de que pudiera hablar).

Aunque con bastante torpeza y dificultades, los británicos y los americanos se encontraban ahora en la retaguardia de Rommel. Además contaban con la ventaja de que ahora las tropas francesas (en realidad marroquíes o argelinas) se encontraban de nuevo en guerra. Churchill y Roosevelt se reunieron entonces triunfalmente en Casablanca y sus fuerzas invadieron Túnez en enero, justo cuando llegaba Rommel. Se produjo un revés inicial a causa de las inexpertas tropas americanas en la batalla del paso de Kasserine, en febrero, donde el Zorro del Desierto demostró su antigua brillantez, pero los Aliados tenían fuerzas muy superiores y disponían de un control completo del mar y del aire. A esto siguió un episodio absurdo cuando Hitler inyectó tropas alemanas en esta posición desesperada, y en mayo unos 250.000 soldados, casi la mitad de ellos alemanes, se convirtieron en prisioneros de guerra. El movimiento de Hitler parecía que no tenía sentido, pero tuvo el efecto secundario extraño y quizá previsor de que ahora el año estaba demasiado avanzado para una invasión y no se produciría ninguna acción contra Francia en 1943. De todas formas existían más imponderables relacionados con Torch. Esta operación se había diseñado para ayudar

a los británicos en Egipto, y quizá lo mejor habría sido que Montgomery no atacase en El Alamein, porque las comunicaciones de Rommel con el oeste estaban amenazadas y en cualquier caso se habría tenido que retirar. Visto desde Moscú (e incluso desde Washington) toda esta campaña era un espectáculo secundario imperialista, y Stalin incluso pudo pensar que los británicos permitían que los rusos murieran por millones para proteger sus posiciones en Oriente Próximo. Pero Torch había surgido de Tobruk y Tobruk había sido el resultado de los planes de Mussolini en junio de 1940. Cientos de miles de hombres, con cientos de barcos, se encontraban ahora en el norte de África a causa de una guerra que había empezado en Polonia. ¿Qué era lo siguiente que iban a hacer? La respuesta, que no le gustaba demasiado a los americanos, era Italia. Ya era demasiado tarde para Francia. En otras palabras, se iba a abrir otro período en que, por tierra, los rusos se iban a quedar solos.

Capítulo 5

El giro ruso

El último momento de inspiración militar de Adolf Hitler fue su insistencia en mantener el frente en Rusia. El Ejército Rojo había agotado sus recursos con ataques directos en la nieve, y aunque los alemanes habían tenido que retirarse, resistían en embolsamientos que se abastecían desde el aire. En la primavera de 1941, el deshielo inmovilizó a todo el mundo en el lodo, el barro y las inundaciones, de manera que la línea del frente zigzagueaba con dientes profundos desde Leningrado hasta un gran dedo, el saliente de Rzhev, que apuntaba hacia Moscú, y otro en el sudeste, más allá de Járkov, la segunda ciudad de Ucrania, que seguía más o menos el Donets hasta Crimea. Allí, en diciembre de 1941, los rusos habían recuperado la península de Kerch en la orilla nororiental, en la entrada del mar de Azov. Ambos bandos se tenían que lamer las heridas y los alemanes se enfrentaban a problemas interminables. Habían perdido más de cien oficiales al día, sus bajas subían hasta 1.100.000 hombres y las enfermedades les habían costado 600.000 desde noviembre de 1941. Setenta y cuatro mil vehículos estaban fuera de servicio y sólo un tercio de la red de ferrocarriles, que ya era totalmente inadecuada, había sido adaptada al material rodante alemán. Con esta capacidad limitada, once trenes diarios transportaban petróleo, pero el ejército dependía de los caballos y éstos también presentaban problemas: 180.000 habían muerto durante el invierno.

Por supuesto, los alemanes se habían extendido demasiado y su economía de guerra no estaba preparada para un esfuerzo demasiado prolongado. Dónde se tenían que situar las prioridades: ¿la marina? ¿Bombarderos pesados de largo alcance? ¿Cazas? ¿Tanques muy pesados? ¿Y cómo se tenía que explotar la Europa ocupada? En 1941 ninguna de estas preguntas tenía una respuesta clara y Alemania siguió produciendo bienes de consumo ordinarios al nivel anterior a la guerra (que según el estándar británico –y más aún americano– no era el alto). En la factoría Messerschmitt en el sur de Baviera, por ejemplo, el aluminio se desperdiciaba en la fabricación de escaleras para uso civil, mientras que los británicos ya lo estaban usando para aligerar sus cazas y permitirles un mayor alcance. Pero el problema más importante era el petróleo. Alemania se apoyaba en el petróleo que conseguía en Rumanía y además en el muy caro petróleo sintético derivado del lignito (carbón marrón) en las instalaciones de Leuna, cerca de Leipzig, y otras refinerías. Al final este problema entorpeció el esfuerzo de guerra alemán, que en 1945 estaba inmovilizado. Los rusos, por el contrario, obtenían cantidades enormes del sur del Cáucaso, donde la producción de los pozos petrolíferos de Bakú se transportaba, a través de Astracán en el Caspio, remontando el Volga. Los británicos también tenían muy buenos suministros, en especial desde Irán para las campañas en África y en el

Lejano Oriente. Ahora, en 1942, Hitler decidió que necesitaba petróleo porque, como reconocía, sin él la guerra estaba perdida. De hecho, según se vio más tarde, 1942 fue el último momento en que podía actuar: en 1943 los bombardeos británicos, que hasta ese momento habían sido muy poco efectivos, se convirtieron en una amenaza letal, y obligaron a la Luftwaffe a alejarse del frente oriental para concentrarse en la defensa de las ciudades de Alemania. La Luftwaffe, que en sí misma era una flor delicada cultivada en la década de 1930, se vio obligada a asumir más de lo que podía soportar su estructura, y no disponía de suficientes cazas ni de bombarderos adecuados. Ahora, a principios de junio de 1942, se estaba orquestando una operación prodigiosa llamada *Fall Blau* (Azul), por el color de Prusia. Era una apuesta, pero como ocurría a menudo, los enemigos de Hitler le prestaron una gran ayuda.

La victoria en el último minuto ante Moscú se le había subido a la cabeza a Stalin. Había tenido un gran momento, cuando se negó a abandonar Moscú y celebró el desfile del aniversario de la Revolución en la Plaza Roja, con los alemanes muy cerca; supuso que ahora les llegaría el colapso. Estaba claro que habían tenido que ceder terreno, perdiendo Rostov en el sur y al este de Leningrado un pueblo importante, Tijvin, que permitía el funcionamiento de la línea férrea con la ciudad. Los esfuerzos para aliviar la situación de Leningrado dominaban todas las operaciones en esta zona, porque era la única forma de llegar a la ciudad mártir al otro lado del hielo del lago Ladoga, un mar interior en el que desemboca el río Vóljov, cerca de Tijvin. Ese invierno fue una experiencia terrible para la ciudad y cientos de miles de personas murieron de hambre y frío. La débil línea de abastecimiento que atravesaba el hielo, que ya era insuficiente para suministrar a la ciudad, también se tenía que usar para evacuar la maquinaria industrial de Leningrado, que era vital para la economía de guerra.

De enero a junio de 1942, los Grupos de Ejército en Leningrado y Vóljov entraron una y otra vez en acción. Los alemanes no tenían nada para igualar a los tanques soviéticos T-34, que podían maniobrar en el suelo pantanoso helado, y se tuvieron que retirar, pero cuando mejoró el tiempo, los alemanes atacaron en el punto inicial de la ruptura soviética y rodearon a los atacantes en un embolsamiento, que ahora se había convertido en un pantano y estaba infestado de mosquitos. Su comandante, Andrei Vlášov, un hombre muy ambicioso que había sido destinado en el último minuto, recibió instrucciones imposibles de cumplir, aterrizó en medio del barro y el 25 de junio había perdido a 60.000 hombres. Vlášov fue capturado por los alemanes, cambió de bando, intentó reclutar un Movimiento de Liberación de Rusia para sus captores y fue ejecutado por los soviéticos después de la guerra.

En Crimea se produjo un desastre aún mayor. La fortaleza naval de Sebastopol, en la orilla occidental, estaba asediada y el Ejército Rojo, en la orilla oriental, intentó atacar para liberarla. Entre febrero y abril se realizaron esfuerzos muy torpes, con grandes pérdidas, y los alemanes, que controlaban el aire, provocaron grandes daños en los barcos de suministro soviéticos. Entonces, el 8 de mayo, Erich von Manstein,

el comandante del XI Ejército en Crimea, lanzó una operación bien preparada para ocupar la península de Kerch. Se trataba de un ataque frontal, pero se dispuso con tal destreza que la mayor parte de las fuerzas rusas se colocaron en el flanco equivocado y después fueron rodeadas. Los alemanes capturaron 170.000 hombres, con 258 tanques y 1.100 piezas de artillería, y en junio de 1942, en una batalla épica y sangrienta que duró un mes, tomaron Sebastopol, que había quedado en ruinas, junto con 95.000 prisioneros. La toma de Sebastopol coincidió con la caída de Tobruk. Pero lo peor estaba por llegar.

El frente oriental estaba marcado por ríos largos y anchos. El curso del Dniéper superaba Kiev para dirigirse al lejano sudeste antes de desembocar en el mar Negro; el Donets del norte atraviesa Járkov y desemboca en el Donets, que se dirige hacia el este; el Don, después de una curva hacia el sudeste, se vuelve a dirigir al mar de Azov a través de Rostov. Más allá se encuentra el río más grande de todos, el Volga, que fluye hacia el Caspio rico en petróleo. El Ejército Rojo con sus ataques en enero en dirección a Járkov había establecido una cabeza de puente sobre el río Donets, alrededor de Izyum. Járkov y el enlace de ferrocarriles se encontraban a algo más de sesenta kilómetros detrás del frente, y se tenía que limpiar el saliente de Izyum si se quería seguir adelante con *Blau*. La situación se complicó aún más porque en marzo el Ejército Rojo había establecido otra cabeza de puente, aunque menos profunda, sobre el Donets, al norte de Izyum. Stalin animaba a su comandante de primera línea, Semyon Timoshenko, con planes grandiosos y se produjo otro ataque más desde la punta del saliente con 540.000 hombres, 1.200 tanques, 10.000 piezas de artillería y 900 aviones. El objetivo declarado era tomar «puntos de cruce importantes en el Dniéper», a casi doscientos kilómetros al sudoeste de Járkov. La acción se inició el 12 de mayo y el Ejército Rojo se acercó a Járkov. Los alemanes respondieron con fuerza, dejando que Timoshenko avanzase, antes de que atacase el Grupo Panzer de Kleist, con una sorpresa total, en su retaguardia, con el apoyo de todo un cuerpo aéreo (500 aviones). Timoshenko debilitó su ataque contra Járkov, quedó atrapado el 22-23 de mayo y sus reservas de combustible se agotaron el día 26, de manera que sus fuerzas se colapsaron en el embolsamiento, perdiendo 22 divisiones, 15 brigadas blindadas, 7 divisiones de caballería, con 540 aviones, más de 1.200 tanques y 2.000 cañones. Doscientos cuarenta mil soldados cayeron prisioneros. El 15 de junio se produjo otro ataque alemán contra la cabeza de puente septentrional (Volchansk), que tomó 21.000 prisioneros. Ahora había llegado el turno alemán para avanzar por la estepa, esta vez con una superioridad de seis a uno en tanques, donde antes los rusos se encontraban con una ventaja de tres a uno. El 28 de junio, se puso en marcha *Blau* a lo largo del Don. Existía una cabeza de puente rusa en Voronezh, que preocupaba a Bock, porque el Ejército Rojo quedaría en su flanco descubierto si no acababa con ella. Hitler quería que siguiera adelante lo más rápido posible y se produjo una discusión. De hecho, los rusos estaban aprendiendo a retirarse mientras reconstruían sus fuerzas en la retaguardia, y el 7 de julio quedó claro que los rusos se estaban

alejando del ataque de Bock. El problema real era que no disponía de suficientes fuerzas móviles y en cualquier caso no eran demasiado móviles a causa de los problemas con el combustible. Las discusiones en el cuartel general de verano de Hitler en la ciudad ucraniana de Vinnitsa se volvieron venenosas. Los generales discutían con Hitler sobre quién había dicho qué y cuándo. Para documentarlo todo para el futuro, cada palabra que se pronunciaba en las cabañas del cuartel general, con el traqueteo del aire acondicionado y el zumbido de los mosquitos, era recogida por taquígrafos, lo que no animaba demasiado a la confianza que necesitaban las operaciones militares. Pero por el momento no se presentaba demasiada resistencia soviética y los alemanes dividieron sus fuerzas: el Grupo de Ejércitos A debía invadir el Cáucaso y conseguir el petróleo, mientras el Grupo de Ejércitos B debía proteger el flanco septentrional, a lo largo del bajo Volga. El Sexto Ejército, la punta de lanza, alcanzó el extremo oriental de la curva del río Don y lo cruzó a mediados de agosto. Una estrecha lengua de tierra lo separaba del Volga.

La ciudad principal en el bajo Volga era Stalingrado, una ciudad antigua revitalizada por la implantación de industria moderna con el Plan Quinquenal y, como otras, rebautizada con el nombre de figuras revolucionarias. El Ejército Rojo se preparó para presentar batalla y formó un nuevo grupo de ejército, que recibió el nombre de la ciudad, y agrupó 200.000 hombres, 400 tanques, más de 2.000 piezas de artillería y 454 aviones. La ciudad estaba preparada, el ganado y la maquinaria se había trasladado a la orilla oriental del Volga, y Stalin, que se había engañado pensando que el peligro real se encontraba en Moscú, vio ahora lo que estaba ocurriendo cuando el 23 de julio los alemanes tomaron Rostov del Don. Las tropas motorizadas se tenían que dirigir hacia el Caspio en Astracán, pero el suministro de combustible seguía siendo un problema: 1.500 toneladas se dirigieron hacia el frente del Don cargadas en camiones agregados al Grupo de Ejércitos B, cuyo Sexto Ejército se vio detenido a causa de la falta de combustible durante una semana crucial. Además, continuaba la dispersión de las fuerzas: algunas buenas unidades fueron trasladadas al oeste, donde se temía la abertura de un segundo frente; el mando de Manstein se transfirió a Leningrado, donde había planes, que nunca se realizaron, de enlazar con los finlandeses para estrechar el cerco de la ciudad. En los meses siguientes, no se pudo proseguir de manera adecuada el ataque contra Leningrado por distracciones que llegaban desde el sur, donde el Ejército Rojo desencadenó ataques poderosos, más poderosos de lo que se dijo posteriormente porque fueron derrotados: un historiador americano muy perspicaz, David Glantz, desenterró la situación real y mostró la inventiva extraordinaria de uno de los generales alemanes, Walter Model, para sostener la línea del frente en Rzhev y Gzhatsk, no muy lejos de Moscú, cómo había quedado estabilizada en la primavera de 1942. Los partisanos se habían convertido ahora en un problema y las patatas se tenían que recoger bajo supervisión militar y se producían cinco o seis ataques cada día en la zona del Grupo de Ejércitos Centro.

Ésta fue la crisis de la URSS en 1942. Había perdido un tercio de su industria y las dos quintas partes de la población se encontraban en territorios ocupados por los alemanes; la cuenca del Donets suministraba el cincuenta y siete por ciento del carbón y también se había producido una pérdida enorme de minerales necesarios como hierro, cobre, mercurio, estaño o plomo, y fosfatos, grafito y yodo; también había signos de desmoralización en el ejército, como por ejemplo en el colapso de las defensas improvisadas en el Don meridional cuando cayó Rostov. A partir de allí los alemanes avanzaron con rapidez a finales de julio después de cruzar el Manich, el río que marca la frontera entre Europa y Asia en esa región. El Grupo de Ejércitos A se desplazó a lo largo de la costa del mar Negro en dirección a Batum, y bloqueó las bases navales soviéticas, pero también pretendía tomar la población petrolífera de Maikop, la capital de la República de Adigea, y los pozos de petróleo (asumiendo que la población local estuviera dispuesta a colaborar y que el Ejército Rojo se estaba desmoronando, teniendo en cuenta que sólo este grupo de ejércitos había tomado 309.000 prisioneros del 1 de julio al 10 de agosto). Un ataque germanorumano, con planeadores, ocupó la península de Tamán en el lado oriental de la boca del mar de Azov y los alemanes entraron en el puerto de Novorosiisk (que resultó ser la última presa importante que pudieron capturar, aunque la consiguieron retener, junto con la cabeza de puente de Kubán durante un año más). Maikop cayó el 9 de agosto, pero desde allí sólo partían cuatro caminos de carros que atravesaban el Cáucaso, adecuados sólo para las mulas e incluso las cocinas de campaña se tuvieron que quedar atrás: el único vehículo de alguna utilidad fue el Kettenkrad, una especie de motocicleta-tanque. El 22 de agosto tropas de montaña muy bien entrenadas plantaron una bandera alemana en el Monte Elbrus, que domina la parte septentrional del Cáucaso, como el Ararat lo hace en la parte meridional. Los alemanes llegaron a cuarenta kilómetros de la ciudad de Sujumi en la costa del mar Negro, pero se encontraban tan lejos de sus bases que la comida tardaba una semana en llegar, y les faltaban 2.000 mulas más. Ahora se produjeron más discusiones muy amargas en el cuartel general, que fueron el clímax de semanas de tensión por la cautela del ejército. Mientras tanto a Maikop, el último de los campos petrolíferos, llegaron 6.500 expertos con la esperanza de extraer 3.500.000 toneladas de petróleo, pero fueron atacados por partisanos y los campos de petróleo estaban en ruinas (pudieron recuperar un total de cincuenta barriles y los alojamientos de los ingenieros fueron volados por los partisanos más atrevidos). Los alemanes estaban atascados y Hitler se puso furioso y rechazó todo contacto social cuando se dio cuenta de que no se iban a conseguir los objetivos de la campaña de 1942. Su rabia se convirtió en una fuerza huracanada cuando denunció a todo el ejército y juró que no podía esperar a arrancarse el uniforme militar. El ejército había perdido 200.000 hombres en agosto y sólo pudo sustituir a la mitad de ellos.

Hasta el 24 de julio el ataque hacia el interior de la curva del Don en dirección a Kalach se había desarrollado bastante bien. El 30 de julio el IV Ejército Panzer de

Hoth con un cuerpo rumano se puso a disposición del Grupo de Ejércitos B, porque el Sexto Ejército (bajo Friedrich Paulus, el hijo de un maestro de escuela y cuya esposa era una aristócrata rumana, una Rosetti-Solescu) carecía de infantería suficiente para un ataque contra Stalingrado. Hacía mucho calor y no quedaba mucha agua en las estepas cuando los alemanes emprendieron el avance. Se produjo una victoria inesperada el 7 de agosto en su acercamiento a Kalach, al oeste de Stalingrado: 57.000 prisioneros, 1.000 tanques, 750 cañones y 650 aviones, pero le ganó tiempo a los rusos; el 24 de agosto el Ejército Panzer de Hoth llegó desde el sur, enfrentándose a una resistencia muy débil, y a principios de septiembre los alemanes se encontraban en los suburbios de Stalingrado. Estaba claro que iban a defender la ciudad con firmeza.

Zhukov fue trasladado a Stalingrado el 26 de agosto. Convenció a Stalin para lanzar únicamente contraataques locales y empezó a planear una contraofensiva mucho más grande contra los débiles flancos germano-rumanos, tomándose dos meses para realizar los preparativos. Esto era lo correcto: los ochocientos kilómetros del flanco del Don estaban débilmente cubiertos por aliados de fidelidad cuestionable: un ejército húngaro que disponía de pocos cañones antitanque, un ejército italiano que había recorrido casi mil kilómetros, y los rumanos, que se consideraban los mejores de estos soldados aliados. El día en que Zhukov voló a Moscú para exponer sus planes, Paulus vio a Hitler en Vinnitsa para que le diera su inyección de optimismo (aunque era difícil incluso beber agua) y el 10 de septiembre los cuerpos Panzer llegaron al Volga al sur de Stalingrado. La estación de ferrocarriles en el lado septentrional fue tomada el día 13. Entonces la lucha cambió de carácter. Se combatió casa por casa y calle a calle: las batallas en el Túmulo de Mamáyev, el Silo, la Fábrica de Tractores, han entrado en la historia y en las películas. Paulus se quejó del cansancio de sus tropas, pero el 6 de octubre Hitler proclamó que la captura de Stalingrado era la tarea principal del grupo de ejércitos. Se podía argumentar que la ciudad, aunque estaba en ruinas, ofrecía más protección para el invierno que se acercaba, que la estepa abierta, y Goering prometió con grandilocuencia el apoyo aéreo, pero el abastecimiento de alimentos no era seguro y las líneas de suministro eran débiles: tres líneas de una sola vía convertidas para abastecer a tres ejércitos y que recorrían los 2.400 kilómetros hasta Alemania, donde ya se estaba produciendo un enorme atasco de cientos de trenes. La media de llegadas para el Sexto Ejército era de cuatro trenes en lugar de los ocho a diez que necesitaban. Las carreteras, embarradas, también eran un problema y los suministros quedaban inmovilizados en depósitos, mientras que los caballos morían de cansancio. Pero Hitler quedó atrapado en su propia propaganda y el 30 de septiembre incluso llegó a decir que lo peor ya había pasado, que la ciudad caería muy pronto y las órdenes se multiplicaron. A mediados de octubre los alemanes habían llegado al Volga, cortando en dos las defensas, pero los combates casa a casa dejaban exhaustas a las tropas y la enorme aportación aérea y artillera no fue tan efectiva como se había

supuesto. Más ataques del Sexto Ejército contra la factoría de cañones y los talleres metalúrgicos fracasaron el día 17.

El 19 de octubre llegó el contragolpe de Zhukov, a través de las cabezas de puente sobre el Don en Kletskaya y Bolshoi. Estaba muy bien preparado e incluso tenía la intención de ocupar Rostov y atrapar en el Cáucaso al Grupo de Ejércitos A alemán. Se actuó con un gran sigilo y las tropas se movieron por la noche: por la cabeza de puente sobre el Volga pasaron en veinte días 160.000 hombres, 10.000 caballos, 430 tanques y 6.000 piezas de artillería. Con gran inteligencia se crearon reservas a medida que se retiraban tropas del frente para su descanso y formación. Los rumanos en el frente del Don sólo disponían de una miscelánea de artillería capturada (en especial checa) y su única reserva era una división de caballería que casi no tenía caballos, mientras que cada división tenía que defender unos veinte kilómetros con una disposición táctica poco favorable. Incluso tenían la esperanza de ocupar una parte del frente italiano. Por el lado meridional, la posición rumana era incluso peor: 100.000 hombres para 240 kilómetros y algunas partes del frente sólo estaban cubiertas con observadores. Sólo tenían treinta y cuatro cañones antitanque de 7,5 cm (y sesenta en el Don) y sólo les habían entregado la sexta parte de las minas necesarias. Pero aunque Hitler estaba preocupado por el flanco del Don, él y su jefe del estado mayor general del ejército Franz Halder parecía que creían que los rusos estaban muy debilitados. La Inteligencia era pobre y Hitler regresó de Vinnitsa el 7 de noviembre a través de Munich y el Berghof, su residencia en los Alpes bávaros, a la Guarida del Lobo, su cuartel general militar del frente oriental en el pueblo de Rastenburg, en Prusia Oriental, en el preciso momento en que se empezaron a desarrollar los grandes acontecimientos del año. El 8 de noviembre, mientras Rommel se estaba rompiendo en El Alamein, Hitler habló en Munich durante el aniversario del Partido Nazi, prácticamente el último discurso público que iba a pronunciar, y se puede escuchar cómo esa voz realizaba un esfuerzo por recuperar su poder anterior mientras anunciaba que Stalingrado prácticamente había caído. El castigo iba a llegar sólo diez días más tarde.

Los alemanes no tenían ni idea de lo que se les venía encima. Hasta el inicio de la ofensiva, la gran masa de los tanques soviéticos había quedado oculta. El 19 de noviembre treinta divisiones atacaron al Tercer Ejército rumano, que había enterrado sus tanques para protegerlos, porque estaban inmóviles a causa de la falta de combustible; pero los ratones se habían comido el cableado eléctrico y ni siquiera podían disparar. Los rusos rompieron el frente al sur, sudeste y sudoeste, y penetraron treinta kilómetros en la retaguardia del Sexto Ejército. Al día siguiente llegó un segundo ataque desde la cabeza de puente del Volga al sur de la ciudad y golpeó a otro ejército rumano; las dos pinzas se cerraron sobre los alemanes en Kalach a orillas del Don. Los cuerpos Panzer alemanes que se les oponían no sólo carecían de combustible sino que en tanques tenían la potencia de un regimiento Panzer, con unos ochenta tanques, mientras que el tiempo evitaba que la IV Flota Aérea pudiera volar.

El día 21 el ataque septentrional alcanzó el cuartel general del Sexto Ejército, que tuvo que huir, abandonándolo todo. Dos divisiones alemanas al oeste del Don no se pudieron mover por falta de combustible. Paulus sabía que existían problemas para el suministro aéreo a una posición fortificada, y preparó planes para romper el cerco. Pero Hitler se lo prohibió, aunque el mando del grupo de ejércitos le advirtió que no podía organizar ningún ataque de ayuda (desde Kotelnikovo, a ciento diez kilómetros al sudoeste de Stalingrado) hasta el 10 de diciembre, y Wolfram von Richthofen en nombre de la Luftwaffe advirtió que se tenía que olvidar cualquier idea de abastecimiento desde el aire.

El Alto Mando alemán estaba totalmente confuso. Hitler estaba de viaje, otros se encontraban en Salzburgo; el nuevo jefe del estado mayor del ejército, Kurt Zeitzler, se encontraba en Rastenburg (y para demostrar a Hitler lo que tenían que sufrir los hombres en Stalingrado, comió las mismas raciones que ellos y perdió nueve kilos en dos semanas). La esperanza era que con los nuevos tanques Tiger y el ejemplo de los embolsamientos que habían resistido durante el invierno anterior, todo iría bien. Manstein fue nombrado ahora jefe de un nuevo Grupo de Ejércitos Don. Le garantizaron doce divisiones, que eran demasiado pocas para la tarea, y los 179 aviones estaban demasiados dispersos y dedicados a misiones rutinarias. Con un avance de treinta kilómetros en tres días, el ataque se agotó el 19 de diciembre. Entonces empezó realmente la agonía de Stalingrado y aunque Goering había prometido el suministro por aire, su contribución nunca fue suficiente y declinó: no existían las infraestructuras en la base –como protección invernal, estaciones meteorológicas, talleres de reparaciones– para los aviones, y los rusos derribaban con frecuencia aviones que se habían destinado de otros servicios, entre ellos aparatos de entrenamiento, con tripulaciones sometidas a mucha presión. El ejército estaba utilizando 132 toneladas de munición cada día, pero los aviones sólo les pudieron aportar poco más de sesenta toneladas diarias hasta el 2 de diciembre y cincuenta y tres a partir de entonces; sólo consiguió llegar la décima parte del combustible y los caballos murieron por falta de forraje. Los hombres recibían únicamente trescientos gramos de pan al día, cien gramos de carne (incluida carne de caballo) y menos de treinta gramos de grasa. El día 16, con el termómetro a -30° centígrados, los hombres comieron sopa de caballo y dos rebanadas de pan. El propio Paulus reconoció que sólo quedaba comida hasta el 18 de diciembre, aunque se trajeron por aire casi 500 toneladas del 18 al 21 de diciembre, a expensas de espacio de carga para las municiones. El día 21 Paulus informó de las primeras muertes por hambre. Con combustible sólo para recorrer unos pocos kilómetros, no había esperanza de romper con éxito el cerco. Mientras tanto los rusos reforzaban sus fuerzas y destruían un ejército italiano (19 de diciembre) a orillas del Don, provocando que el IV Cuerpo Aéreo alemán tuviera que dispersar sus fuerzas para repeler el ataque en el Don; cayó un aeródromo y se perdieron setenta aviones y todos los suministros. Hasta el 12 de enero sólo pudieron llegar por aire 110 toneladas, algunas de ellas bastante

superfluas, mientras que sólo se recibió el dos por ciento de la tan necesaria munición. El 14 de enero el embolsamiento se había reducido a un tercio de su tamaño original y se perdió el aeropuerto principal (Pitomnik), provocando el pánico cuando despegaron todos los aviones. Aun así, el 25 de enero los alemanes izaron desafiantes una bandera con la esvástica en el edificio más alto que quedaba en pie e incluso Paulus parloteó sobre la «voluntad fanática». El 28 de enero los heridos y los que carecían de armas dejaron de recibir raciones y cuando los aviones lanzaban los suministros con frecuencia caían en manos rusas. Al final un comandante de división, que tenía su base en los grandes almacenes Univermag, donde también se encontraba lo que quedaba del estado mayor de Paulus, mostró una bandera blanca y lo mismo ocurrió en la factoría de tractores en el lado septentrional, donde se rindieron comandantes de menor rango.

El objetivo de Zhukov había sido atrapar al Grupo de Ejércitos A antes de que se pudiera retirar del Cáucaso. Dicha retirada habría sido extraordinariamente difícil bajo cualquier circunstancia. Hitler quería conservar al menos Maikop, pero lo realmente imperativo era retener Rostov y reformar el Grupo de Ejércitos Don de Manstein, al que estaba ahora subordinado el Grupo de Kleist en el Cáucaso. Ahora se tenían que retirar dos ejércitos, intentando, no siempre con éxito, llevarse el equipamiento, mientras que arrasaban la tierra. El grupo de ejércitos de veinte divisiones (400.000 hombres) se tenía que retirar hacia una posición en el promontorio oriental de Crimea, llamada Gotenkopf, y la maniobra finalizó en su mayor parte a mediados de febrero, después de recorrer una distancia de 480 a 560 kilómetros en condiciones invernales y sin protección aérea. A través de Crimea, las tropas que habían escapado fueron asignadas a Manstein y enviadas al Don medio, donde el Grupo de Ejércitos Sur (bajo el mando de Maximilian von Weichs) había recorrido más de 300 kilómetros con muy pocas tropas para proteger el flanco septentrional de Manstein, porque Stalingrado se había rendido. Se abandonó la cabeza de puente de Voronezh, pero quedaba descartada la entrega de la cuenca del Don, porque sin sus recursos, como afirmó Paul Pleiger, el oficial a su cargo, el programa de tanques nuevos no iba a funcionar. Sin embargo, la amenaza contra el flanco occidental de Manstein era muy seria a finales de enero y con gran habilidad extrajo tropas del ala oriental (dirigidas por Maximilian Fretter-Pico y Karl-Adolf Hollidt) para cubrir Járkov. Ahora, a principios de febrero, los rusos consiguieron tomar Kursk en el oeste y unos ciento cincuenta kilómetros al sur empezaron a amenazar Járkov. Hitler había aportado los SS Panzerkorps, pero el 9 de febrero la emergencia era general con la caída de Belgorod e Izyum, y el comandante de las SS desobedeció las órdenes de Hitler para escapar de las pinzas rusas. Se retiró de Járkov el 16 de febrero.

Por lo general Hitler ordenaba a sus generales que no se retirasen, pero se trataba de una situación desesperada y Manstein tenía que ser flexible. Se había abierto un hueco entre los dos grupos de ejército principales en el río Dniéper, y los rusos se

dirigían hacia él, adelantándose a sus líneas de suministros en una demostración de autoconfianza jubilosa cuando reconquistaron Járkov. Manstein reunió tropas procedentes de la abarrotada posición Gotenkopf y llegaron los refuerzos de las SS; y los rusos malinterpretaron estos movimientos de tropas como una retirada. Un ataque bien organizado en dirección norte del I Ejército Panzer (que se había sacado de Crimea) golpeó el flanco y la retaguardia rusas, de manera que recuperaron Járkov y a principios de marzo regresaron a la línea de frente en el Donets. La IV Flota Aérea con cerca de mil aviones había sido muy efectiva con un millar de salidas diarias. La posición general era similar a la de mayo de 1942, y Járkov había demostrado que con una buena dirección los soldados alemanes todavía estaban muy preparados para la lucha. Entonces se volvió a ocupar la posición del Donets, que incluía Belgorod.

Había más problemas en el norte y en el centro. Justo al sur del lago Ladoga, en Schlüsselburg, los alemanes habían sido capaces de amenazar el único enlace ruso con Leningrado. Se desarrollaron Stalingrados en miniatura, terribles pruebas de resistencia, pero lo más importante con gran diferencia fue la ruptura del bloqueo alemán de Leningrado en enero de 1943. El lago Ladoga disponía de oleoductos y el hielo hacía que el suelo fuera mucho más transitable que en el verano (cuando el frente de Vóljov, al este de la ciudad, se convertía en un pantano). El Ejército Rojo lanzó un ataque sobre la estrecha franja de tierra en Schlüsselburg, que estaba en poder de los alemanes en la orilla meridional del lago Ladoga, entre los defensores de Leningrado y sus potenciales liberadores en el este. Sus tropas quedaron aisladas y Hitler no permitió la retirada. El Grupo de Ejércitos Norte no tenía reservas, porque también se estaban librando batallas en el lado meridional, donde el largo saliente de Demyansk, que había sobrevivido desde los días del avance inicial sobre Moscú, amenazaba Rybinsk, la gran reserva que abastecía de agua a Moscú. La posición expuesta de Demyansk fue abandonada, pero la mucho más grande alrededor de Rzhev aguantó dos meses más. Al final, a un coste enorme, después de 506 días, se abrió una conexión terrestre con Leningrado, aunque sólo tenía doce kilómetros de ancho y los trenes que pasaban por ella estaban al alcance de la artillería alemana. El frente oriental se encontraba de nuevo en equilibrio: ¿se habría podido asegurar una victoria el año anterior, si los aliados occidentales hubieran orquestado un desembarco en Francia, en lugar de esperar hasta 1944?

Capítulo 6

Fanatismo y odio, desorden y retrasos

Estaba claro que se acercaba el final del Tercer Reich. Las dos terceras partes de los hombres atrapados en Stalingrado habían muerto y los 90.000 restantes marcharon como prisioneros a través de la nieve hasta la muerte por hambre en los campos de internamiento. Los propios alemanes –los más evidentes los oficiales del estado mayor del Grupo de Ejércitos Centro– pensaron en asesinar a Hitler (y se realizaron uno o dos esfuerzos que estuvieron muy cerca de tener éxito). Pero ahora la guerra había creado su propia dinámica y la masa de los alemanes estaba en manos de un paroxismo surrealista. Hitler rechazó cualquier mención a firmar la paz y muchos alemanes fueron ejecutados por derrotismo si ponían en duda el *Endsieg*, «la victoria final». ¿Qué iban a hacer los aliados occidentales ante esta situación? Churchill y Roosevelt se reunieron en Casablanca en enero de 1943, más o menos al mismo tiempo que Paulus se rendía en Stalingrado, y ahora tenían planes para colaborar con un Ejército Rojo victorioso. Stalin quería un segundo frente lo antes posible, una invasión anfibia de Francia, y estaba molesto con las dilaciones de Churchill. Al final, en Moscú en agosto de 1942, el anciano tuvo que explotar ante Stalin, preguntándole por qué creía que Hitler no había invadido las islas Británicas después de Dunquerque, cuando no había ningún ejército que le pudiera poner resistencia. La realidad era que una operación anfibia a través del Canal era muy difícil. En la historia británica, después de la batalla de Hastings en 1066, sólo se recogía otra invasión con éxito, la de Guillermo de Orange en 1688, que sólo triunfó porque la mayor parte de Inglaterra estaba de su parte. Tampoco hay demasiados ejemplos de invasiones inglesas de Europa occidental, y algunas de ellas habían acabado en algo parecido a una farsa, como el episodio de Walcheren contra Napoleón en 1809.

Aun así, Stalin tenía razón: la invasión habría sido posible en 1943 y los americanos –en especial George C. Marshall, con su honestidad de granito y su habilidad para captar las cosas esenciales– lo sabían. Pero en Casablanca no estaban preparados. El estilo británico tenía la principal baza militar, ahora habían ganado experiencia y con hechos y cifras pudieron presentar la situación, dada también su superioridad retórica, de manera que convencieron a los americanos. Si Túnez se hubiera tomado con rapidez suficiente, quizá habría quedado tiempo para un ataque a través del Canal durante la temporada de campañas. Sin embargo, se produjeron retrasos importantes y Túnez no quedó libre hasta mediados de mayo. Un gran ejército, con todo lo necesario para una invasión, quedó acampado a lo largo de la costa del norte de África justo al sur de Italia. Los británicos (o la mayoría de ellos) estaban a favor de una invasión de Sicilia, y los americanos (o la mayoría de ellos) estaban a favor de alguna otra acción. Pero fueron los británicos lo que ganaron la

discusión. Esto marcó el resto de la guerra.

La realidad era que la mayoría de los británicos pensaban que no se debían repetir nunca más las batallas del frente occidental, ya fueran las de 1916 o las de 1940. El ejército alemán les había derrotado una y otra vez, y sabían que su fuerza se encontraba en otros escenarios: el aire y el mar. Lo habían hecho bien, mucho mejor que los alemanes, en la producción de aviones y tenían una gran fe en la eficacia del bombardeo aéreo y de hecho habían establecido en el mundo el primer instrumento estratégico para ello: el Mando de Bombardeo. Esta fe condujo ahora, de una manera bastante extraña, al equivalente de las campañas del frente occidental en 1916, en las que el fracaso de un esfuerzo inicial significaba que los refuerzos se empleaban en el esfuerzo siguiente, y tras su fracaso, llegaban más refuerzos. La guerra aérea consumía gran parte de la economía de guerra. Un bombardero contenía medio millón de piezas individuales, haciendo necesaria una construcción precisa y un mantenimiento complejo; un tercio del esfuerzo de guerra británico se dedicaba a trabajos aeronáuticos de uno u otro tipo. Se introdujeron inventos ingeniosos y adaptaciones para que el bombardeo fuera más efectivo que en 1916. Sorprendentemente, se levantaron pocas voces contra la ofensiva de bombardeos y en cualquier caso, durante mucho tiempo fue la única manera en que los británicos pudieron responder a los alemanes, a los que acusaban de haber empezado con ellos.

En 1945, los habitantes de la Europa central que levantaban la vista al cielo estaban acostumbrados a los, a veces, centenares de bombarderos plateados que llevaban su carga de bombas incendiarias y explosivas para machacar los pueblos y las ciudades, pero el proceso se inició en 1942 y 1943. La Luftwaffe se había formado para ayudar a las fuerzas terrestres y había entrado en acción de manera devastadora en Polonia y después en Holanda, bombardeando ciudades, en especial Rotterdam, y se suponía que se defendía a sí misma. Resultaba inevitable que cuando se atacaban objetivos militares se cometieran errores y se ocasionaran «daños colaterales». Eso fue básicamente lo que ocurrió con los bombardeos alemanes, y la RAF devolvió el golpe; Hitler hizo lo mismo, y los alemanes lanzaron notas de prensa surrealistas anunciando que habían lanzado casi un millón de kilos de bombas sobre Londres en veinticuatro horas. Estos ataques siguieron hasta la primavera de 1941. A cambio los británicos golpearon Mannheim el 16 de diciembre de 1940, con la pretensión de que fuera un ejercicio de terror. Se anunció que era la venganza por la destrucción de Southampton en septiembre de 1940 y de Coventry en noviembre del mismo año, y fue ineficaz: los bombarderos perdieron el rumbo y en cualquier caso lanzaron las bombas sin ninguna precisión. En abril de 1942 encontraron objetivos mucho más fáciles. Atacaron con gran virulencia la ciudad antigua, boscosa y pintoresca de Lübeck, y después de eso esta política se centró oficialmente «en la moral de la población civil enemiga y en especial en la de los obreros industriales». Un «ataque de los mil bombarderos» se lanzó contra Colonia, la ciudad más importante de Renania, y se aplicaron tácticas nuevas: 12.000 edificios quedaron

dañados o destruidos, aunque sólo murieron unas 400 personas.

Al mando de la campaña contra las ciudades se encontraba el mariscal del Aire Arthur Harris, que fue nombrado comandante en jefe del Mando de Bombardeo en 1943. «Bombardeo» Harris, como era conocido, era especialmente obcecado y despiadado. Estaba convencido de que si arrasarse las ciudades no les hacía ganar la guerra era porque no las habían arrasado lo suficiente. Afirmaba obstinadamente que ganaría la guerra a medida que se desarrollaba la campaña, con mejoras en la precisión, mejor formación de las tripulaciones, aparatos electrónicos para confundir los radares enemigos y tácticas nuevas, incluida una en que una fuerza exploradora inicial lanzaba bombas incendiarias para marcar los objetivos para los explosivos de alta potencia de la fuerza principal. Para los ataques en marzo de 1943, la RAF tenía a su disposición 669 bombarderos pesados y los americanos 300. La US Army Air Forces (USAAF, que era el nombre que recibía entonces la US Air Force) afirmaba que durante la mayor parte de la guerra se limitaron a bombardeos de «precisión» de objetivos militares. Pero en diciembre de 1943, con la introducción de los equipos de radar H2X (que permitían la navegación con mal tiempo), los americanos también empezaron a bombardear ciudades. Los británicos probaron con objetivos industriales y en la primavera de 1943, en la batalla del Ruhr, lanzaron 34.000 toneladas de bombas; tras un ataque muy ingenioso que destruyó las presas, la producción de acero cayó en 200.000 toneladas. Sin embargo, Harris no siguió con este tipo de ataques, que el ministro de Armamento alemán, Albert Speer, consideraba que eran muy serios. En su lugar, la RAF siguió con el bombardeo de ciudades. En julio, Hamburgo quedó en ruinas, porque se desarrolló una tormenta de fuego al incendiarse el oxígeno del aire y los cuerpos carbonizados llenaban los canales. Las dos terceras partes de los habitantes supervivientes se tuvieron que cambiar de casa. Por supuesto, la producción aeronáutica y la entrega de tanques nuevos también se vio afectada. Entonces Harris cambió el objetivo hacia Berlín, con la intención de destruirla y acabar la guerra en la primavera de 1944. En octubre de 1943 le indicó al gobierno que fuera honesto con el público sobre estos ataques contra objetivos civiles: nadie excepto algunas almas cándidas iban a presentar objeciones reales a la muerte de los alemanes: «El objetivo de la Ofensiva Combinada de Bombardeos... se debe fijar sin ambigüedades [en] la destrucción de las ciudades alemanas, la muerte de los obreros alemanes y la interrupción de la vida civilizada por toda Alemania». Y añadió: «Se debe recalcar que la destrucción de casas, instalaciones públicas, transportes y vidas, la creación de un problema de refugiados a una escala sin precedentes y el hundimiento de la moral tanto en casa como en los frentes de combate por el miedo a una extensión e intensificación de los bombardeos son objetivos aceptados y buscados de nuestra política de bombardeos. No se trata de consecuencias indeseadas de un intento por destruir las fábricas». George Orwell satirizó esta actitud con el titular ficticio: «Berlín bombardeado: bebés quemados».

Sin embargo, los efectos limitados o incluso contraproducentes de la ofensiva de

bombardeos se pudieron reconocer con bastante rapidez. En primer lugar, le imprimió un carácter decisivo a la economía de guerra británica, porque una parte muy grande de la producción industrial del Reino Unido se dedicó a los bombarderos pesados, lo que afectó, por ejemplo, a la entrega de buques de desembarco. Hasta 1944, los efectos sobre la producción alemana fueron muy pequeños porque se encontraba muy dispersa. Pero ese año, en coordinación con la RAF, los americanos iniciaron los ataques de la Operación Pointblank, diseñada para golpear partes esenciales de la economía alemana, como las factorías de rodamientos en Schweinfurt y con ello atraer a la Luftwaffe a combates que iba a perder. Sin embargo, las formaciones de bombarderos sin escoltas eran muy vulnerables y Estados Unidos detuvo las operaciones hasta que pudo producir un caza de largo alcance. El mejor de ellos resultó ser el P-51 Mustang, que era muy ligero (de madera y aluminio) y por eso tenía una capacidad de combustible que le proporcionaba un largo alcance, para llegar hasta Berlín y regresar a las bases en Inglaterra. La campaña de bombardeos se detuvo como tal en abril de 1944, cuando los Aliados necesitaron bombardear el norte de Francia en preparación para la invasión que llegó en junio, para gran disgusto de Harris. Se ha afirmado que los bombardeos tienen un efecto muy limitado sobre la moral. En la posguerra la Unidad de Supervisión de Bombardeos británica reconoció que la ofensiva no había funcionado según el plan: «La premisa esencial detrás de la política de amenazar a las ciudades como objetivos unitarios de ataques de zona, a saber, que el sistema económico alemán estaba completamente extendido, era falsa». Las pérdidas aéreas fueron enormes: la RAF realizó cerca de 300.000 salidas nocturnas y perdió 7.500 aviones; en 67.000 salidas diurnas, 876. Se lanzaron unos 2.800.000 toneladas de bombas, casi la mitad de ellas británicas, siendo 1944-1945 el peor año. Los bombardeos mataron en conjunto a 500.000 alemanes y 60.595 británicos (mucho menor que la cifra de 67.078 franceses). Más de 160.000 aviadores aliados se perdieron en el teatro de operaciones europeo.

Las pretensiones fijadas en los bombardeos nunca han sido aceptadas universalmente ni demostradas, y al final sólo existían dos argumentos para defenderlos. El primero era que dificultaba la economía alemana; para la defensa de las ciudades se tenían que utilizar un número incalculable de aviones y cañones que se debían desplegar por toda Alemania y no podían destinarse a los frentes de combate, en especial en Rusia. Sin embargo, lo mismo se podría haber conseguido con una política de bombardeos de precisión sobre industrias de municiones y sistemas de transportes que permitían que siguieran adelante las operaciones militares. El otro argumento tenía que ver con la moralidad alemana y no con su moral. Lionel Bloch, que se convertiría más tarde en una autoridad legal muy respetada en Londres, era un hombre joven que temía por su vida, como judío rumano, en Bucarest durante la guerra. Veía a los alemanes de la Misión Militar paseando por ahí, orgullosos, mientras se sucedían las victorias en 1941, y señaló que la única forma en que aprenderían a comportarse con sentido común y humanidad era

si les caían directamente encima toneladas de explosivos de alta potencia. Esto resulta poco probable, pero el odio a los alemanes estaba tan extendido en aquella época, que semejante argumento se aceptaba con facilidad y apoyaba a Harris en todo lo que se proponía hasta casi el final, en abril de 1945, cuando unos bombarderos se dirigieron casi por casualidad hacia las poblaciones históricas de la *Romantische Strasse*, la Carretera Romántica al sur de Wurzburg, convirtiéndolas en una hoguera, y a veces ametrallaron a los refugiados en las carreteras. Ésta fue la contribución principal de los británicos, pero en 1943 seguían teniendo la voz dominante en la estrategia global y eso significaba concentrarse en el Mediterráneo.

En estas circunstancias, Franklin D. Roosevelt se encontraba bajo presión de sus jefes del estado mayor para que diera prioridad al Pacífico. Se debe a él que prevaleciera la política de Alemania primero, porque se había despertado una enorme oleada antijaponesa en la opinión pública y familias inocentes americano-niponas eran detenidas y deportadas a campos muy alejados de la costa de California. Con gran rapidez se difundieron historias del trato extraordinariamente cruel que recibían los americanos y filipinos capturados, y las peticiones de venganza eran muy populares. Además, existía un gran temor al desastre a medida que la poderosa flota y fuerza aérea japonesas dominaban una gran parte del Pacífico, amenazando la India y Australia. Aunque tenía prioridad la guerra contra Alemania, la guerra del Pacífico absorbía recursos enormes, sobre todo de carácter naval. Eran especialmente necesarios los buques de desembarco, de los que se producían muy pocos: los británicos se habían concentrado en la construcción de bombarderos y los americanos en la construcción de barcos para hacer frente a todas las bajas que pudieran provocar los submarinos. También dedicaron un gran esfuerzo a los portaaviones y en cuanto tuvo lugar el ataque contra Pearl Harbor, encargaron trece –lo que al final les proporcionó una superioridad aplastante–, además de submarinos. El peso dedicado a este campo dio prioridad a la marina en la contención de los japoneses y después en obligarles a retroceder. El ejército había sufrido un gran golpe con la caída de las Filipinas, pero los americanos podían leer la mayoría de los códigos japoneses y cuando la flota japonesa llegó al mar del Coral, a 800 kilómetros al nordeste, estaban preparados. Librada a principios de mayo de 1942, la batalla del mar del Coral fue la primera gran batalla naval entre barcos que ni siquiera llegaron a verse, y la primera en que los portaaviones se enfrentaron entre ellos. Cada bando perdió un portaaviones y los japoneses se retiraron.

Entonces se produjo la batalla decisiva, Midway, en junio. El almirante de la flota japonesa, Isoroku Yamamoto, conocía Estados Unidos y comprendía muy bien que un gigante se estaba movilizand o en su contra. Quería descargar un golpe e intentar destruir los portaaviones que le quedaban. Por eso se envió un gran fuerza para atraer a los americanos a una batalla en el centro del océano Pacífico. Los japoneses desencadenaron un ataque de diversión contra las islas Aleutianas, pero su asalto principal se dirigía contra la isla de Wake y en especial contra el atolón de Midway.

Pero como los americanos podían leer los códigos japoneses, trasladaron la flota fuera del alcance japonés sin que fueran detectados. Los japoneses reunieron una fuerza enorme y el 4 de junio bombardearon con violencia la base aérea americana en Midway, donde infligieron daños irreparables. Los americanos lanzaron diversas respuestas, que fracasaron, y por eso los japoneses tuvieron la impresión de que estaban seguros: los bombarderos con base en tierra erraron sus objetivos y los aviones con torpedos lanzados desde los portaaviones, que necesitaban una aproximación larga y recta hacia sus objetivos, fueron destrozados por los cazas Zero japoneses. Entonces el almirante japonés dudó entre atacar de nuevo Midway o buscar y hundir los barcos americanos. Al principio se decidió por lo primero, y después cambió de opinión, de manera que estaban armando sus aviones en cubierta, con combustible y munición a mano, cuando llegó otra fuerza americana, esta vez compuesta por bombarderos en picado. Hundieron cuatro portaaviones japoneses. Se trató de la batalla decisiva más rápida de la historia: en cinco minutos los japoneses habían perdido su gran superioridad y estaban empatados en portaaviones. Yamamoto tenía otra gran fuerza en reserva y esperaba que los americanos explotaran su victoria, pero no lo hicieron. Ahora esta guerra se iba a librar en dos sectores muy diferentes: MacArthur con el ejército en el lado australiano –Nueva Guinea era más grande que Francia y se tardó casi todo un año en conquistarla– y el almirante Chester Nimitz con la marina en el Pacífico central, donde tenía que conquistar muchas islas duras de roer.

La siguiente batalla importante se iba a librar en la isla de Guadalcanal, en las islas Salomón, al este de Nueva Guinea, donde los japoneses estaban construyendo una gran base aérea. En agosto de 1942, desembarcaron unos 16.000 marines, pero a lo largo de los seis meses siguientes los japoneses destinaron tropas y aviones, mientras que los convoyes de suministros tenían que librar batallas en el mar: las pérdidas fueron inmensas por ambos bandos, pero los japoneses no se las podían permitir, mientras que los americanos sí. En febrero de 1943, vencieron y en junio iniciaron el avance saltando de isla en isla con el objetivo de aislar la base japonesa en Rabaul. Esto se realizó con gran valentía, pero la resistencia japonesa fue espectacular, y el camino hasta Tokio iba a ser muy, muy largo. Algo similar le iba a ocurrir al ejército británico en la India. Se había retirado de Birmania cuando los japoneses atacaron en 1942: una marcha terrible y devastadora atravesando selvas tropicales hasta la frontera con la India. El ejército británico en la India no estaba realmente preparado para una guerra mundial: su misión principal era la seguridad interna y los nacionalistas indios, que intentaban explotar los reveses británicos, estaban ansiosos de que los británicos «Abandonasen la India», que era su lema principal. En realidad los británicos consiguieron restablecer el orden con bastante facilidad y el ejército indio siguió siendo leal a medida que aumentaba sus efectivos y servía en diversos teatros de operaciones, entre ellos Oriente Próximo. Sin embargo, el desastre inicial en Birmania tuvo un efecto devastador en Bengala, que sufrió

muchos problemas con el transporte marítimo y las importaciones de arroz; y Churchill dio prioridad al esfuerzo de guerra, sin tener en cuenta las necesidades de los civiles. El resultado fue una hambruna severa, durante la que murieron tres millones de personas. El teatro birmano tenía su importancia porque proporcionaba una ruta terrestre hacia China, donde las fuerzas americanas colaboraban con los nacionalistas de Chiang Kaishek, mientras los japoneses intentaban extender su control sobre un país tan enorme. En 1943 los británicos cruzaron la frontera birmana, sin conseguir gran cosa, y a continuación los japoneses intentaron invadir la India durante la primavera de 1944. Éste fue su turno para enfrentarse a las dificultades de abastecimiento, y de los 85.000 hombres, 55.000 fueron bajas, de los cuales 30.000 muertos, con frecuencia a causa del hambre. Con la ayuda china, los británicos fueron capaces de abrirse camino hasta la capital de Chiang en Chungking (Chongqing), aunque los japoneses lanzaron una ofensiva en 1944 que infligió graves daños al ejército nacionalista. Los acontecimientos decisivos en la guerra asiática iban a venir de la mano de la campaña americana de saltar de isla en isla.

Todos estos frentes eran tremendamente difíciles. Los japoneses se resistían desesperadamente por todas partes aunque no tenían una verdadera idea de cómo podrían ganar la guerra de una manera plausible. Había muchas islas del Pacífico que se debían tomar y bases que atacar desde el aire para aislarlas. Para llegar a las Filipinas, había que ocupar las islas Marianas; para llegar a ellas, las Marshall; para llegar a ellas, los pequeños atolones al nordeste de Guadalcanal, más allá del mar del Coral. Pero las islas eran objetivos muy complicados. Una de ellas, Tarawa, fue asaltada en noviembre de 1943, y de los 4.500 defensores casi ninguno sobrevivió. En junio de 1944, Saipán, al este de las Filipinas, fue defendida por 30.000 hombres, atrincherados en cuevas, de los cuales no sobrevivió casi ninguno, y sus mujeres e hijos saltaron desde los acantilados para evitar que los capturasen. Los japoneses tenían ahora enormes dificultades para abastecer su imperio marítimo, porque los submarinos hundieron 1.300 mercantes (de los cuales 124 llevaban tanques y 320 tropas), que, por una falta de criterio sorprendente, casi nunca iban agrupados en convoyes. Esto no tuvo demasiada importancia para el fanatismo de la resistencia japonesa. En junio de 1944 los americanos iniciaron el primer acercamiento a Japón en sentido estricto, las Marianas, con quince portaaviones, casi mil aviones y una flota de barcos de guerra. Los aviones japoneses habían quedado obsoletos y los derribaron en lo que se conoció como el Gran Tiro al Blanco de las Marianas, víctimas de los nuevos radares y proyectiles antiaéreos americanos. La mayoría de los submarinos japoneses fueron destruidos; por unas pérdidas en combate de unos treinta aviones americanos (aunque 100 más fueron víctimas de aterrizajes forzosos y falta de combustible), los japoneses perdieron 450, casi todos ellos con sus tripulaciones, y tres portaaviones irremplazables. Fue el final de la fuerza de portaaviones japonesa, y hacia finales de 1944, MacArthur regresó, como había prometido, a las Filipinas y los dos brazos de los americanos se cerraban sobre las

islas patrias de Japón.

A partir de 1943 la resistencia alemana fue similar al fanatismo de la japonesa. Ahora estaba claro que la guerra iba a acabar con una derrota catastrófica, pero la creencia de Hitler era que al final lo salvaría un golpe de suerte, que fundamentaba con la cita de precedentes históricos dudosos, como la afortunada muerte de la emperatriz rusa Isabel en 1762, que salvó a Prusia del colapso durante la guerra de los Siete Años, porque su sucesor era un admirador fanático del ejército prusiano. Estaba dispuesto a seguir hasta el amargo final, confiando en armamento nuevo como el motor a reacción o el submarino Schnorkel; también seguían adelante los trabajos en la fisión nuclear, aunque no eran prioritarios, y había rumores sobre un Rayo de la Muerte. Si hubiera sido una guerra a la vieja usanza, se habría puesto en contacto con los rusos para un cambio de alianzas, pero aunque hubo hombres en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán que se acercaron en secreto al representante soviético en Estocolmo, no contaban con ningún respaldo. Cuando se aproximaron a los británicos, tampoco consiguieron nada, y cuando algunos intentaron atentar contra Hitler en julio de 1944, los nombres de los alemanes que habían pretendido hablar con los británicos fueron revelados en la BBC, una decisión que tuvo su origen en el miedo a que Stalin pudiera pensar que los británicos intentaban tratar con Hitler a sus espaldas. Los alemanes fueron ejecutados y sus familias internadas en campos. A partir de entonces aumentó el paroxismo alemán, acentuándose su lado más surrealista. Cuando algunos altos mandos sensatos que habían sido capturados en Stalingrado realizaron un llamamiento para una liga militar alemana que formase un ejército contra Hitler, tampoco obtuvieron una gran respuesta; y al final, cuando los americanos liberaron a los aldeanos de Baden, algunos de ellos subieron a las colinas donde se escondía la Gestapo y solemnemente denunciaron a sus vecinos por derrotismo. Tanto en el caso de Alemania como de Japón, ésta iba a ser una guerra que iba a durar hasta su amargo final. A pesar de eso, aún no se estaba librando donde al final se tendría que librar: en Francia. La principal de las estrategias de diversión y de los teatros secundarios era que el esfuerzo más importante anglo-americano se estaba realizando ahora en el Mediterráneo, contra la más débil de las potencias del Eje: Italia.

Ahora estaba claro que se podía sacar a Italia de la guerra. Su estructura militar estaba en ruinas. Los Aliados invadieron Sicilia el 9 de julio de 1943, pero no fue una operación ejemplar: jugaron sobre seguro, rodeando el perímetro de la isla y empujando a los alemanes hacia el estrecho que los separaba de la punta de Italia. A finales de julio un golpe de estado depuso a Mussolini y el rey, Víctor Manuel III, hizo que lo arrestaran tropas leales a la Corona. Mussolini fue exiliado a un hotel de montaña en los Apeninos, donde Hitler lo rescató por aire y lo instaló como gobernante de una República Fascista instalada en el norte, bajo protección alemana, con sede en la pequeña ciudad de Saló a orillas del lago Garda, pero se trataba de un siniestro estado de opereta. Italia cambió de bando el 8 de septiembre, pero se

produjo bastante confusión sobre los términos de la rendición y más problemas aún en cuanto a la invasión de la península. Al final el desembarco en la punta de la bota (el 3 de septiembre, mientras se firmaba el armisticio) fue inútil porque el Octavo Ejército británico avanzó casi 500 kilómetros hacia el norte, en dirección a la zona de Salerno, sin encontrar oposición. Los planes para un desembarco aerotransportado también quedaron en nada; el único éxito de verdad tuvo lugar cuando cayó Tarento, en el tacón de la bota, pero de nuevo se produjeron retrasos y confusión en la explotación del éxito. Parecía lógico que los alemanes estuvieran considerando en este momento un golpe contra Hitler similar al que se había desencadenado contra Mussolini, pero no tuvo lugar: el nazismo había sido mucho más despiadado en la eliminación de la oposición que el fascismo en Italia, donde la monarquía, la Iglesia y el ejército fueron centros potenciales de resistencia. A mediados de agosto, los alemanes habían activado un grupo de ejército bajo el mando de Rommel, con un ejército nuevo en el sur de Italia, bajo el formidable Albert Kesselring. Los alemanes tuvieron la suerte de que la naturaleza del terreno en la punta de Italia hacía muy difícil que los Aliados pudieran rodear los obstáculos y los alemanes destruyeron eficientemente los puentes de la región. Por eso se concentraron en otras zonas. Los americanos habían esperado que la rendición de Italia convertiría el desembarco de Salerno en una formalidad, pero cuando llegaron a tierra se tropezaron con improvisados grupos de combate alemanes. Llegaron los refuerzos alemanes, contraatacaron y sólo los pudo detener un bombardeo colosal desde el aire y el mar, con más de un millar de toneladas de bombas lanzadas diariamente. Finalmente los Aliados ocuparon Salerno el 18 de septiembre y el aeropuerto de Foggia, importante para el ataque contra el sur de Alemania y los Balcanes, nueve días más tarde. A principios de octubre, todo el sur de Italia se encontraba en manos aliadas, pero se enfrentaban a un conjunto de líneas defensivas formidables en las que Kesselring podía desplegar una resistencia agotadora. Los alemanes habían anegado los pantanos Pontinos y también desviaron ríos para anegar los valles. El Quinto Ejército americano tardó seis semanas en recorrer los once kilómetros hasta la Línea Gustavo, la principal defensa alemana, donde la gran abadía-fortaleza de Monte Cassino dominaba el paisaje con los muros gruesos y antiguos de estos monasterios. Los alemanes, reconociendo su valor histórico, prometieron que no la utilizarían con fines militares, pero los americanos sospechaban que servía de base para la observación de sus líneas y la atacaron cuatro veces. Al fracasar en su conquista, la arrasaron, pero no sirvió de nada, porque los alemanes estaban ahora mejor cubiertos entre los escombros, y el tiempo fue suficientemente malo para malograr todos los esfuerzos del 17 de enero al 18 de mayo. Finalmente, veinte divisiones aliadas desplegadas en un frente de treinta y dos kilómetros desalojaron a los alemanes, principalmente porque los argelinos y marroquíes franceses habían rodeado las montañas hasta situarse detrás del frente.

Churchill quería acelerar las operaciones en Italia. Tenía la esperanza de utilizar

la superioridad naval y aérea para otra operación anfibia, esta vez en Anzio, al sur de Roma. Ésta fue su última iniciativa estratégica independiente. Todo el plan sólo tenía sentido en cuanto a energía y sorpresa. Pero los jefes del estado mayor querían que los buques de desembarco estuvieran desplegados en otra zona en febrero, de manera que el desembarco de Anzio se realizó en un momento poco adecuado, a finales de enero, cuando las tropas aún estaban cansadas. Empezó bien y un *jeep* de patrulla incluso llegó hasta Roma, pero el general americano, John Lucas, era prudente hasta la desesperación, ansioso por consolidar su base, y las tropas alemanas respondieron con energía (y recibieron la ayuda de una plaga de mosquitos procedentes de los Pontinos anegados). Bombardearon sin descanso las playas de desembarco y los Aliados no pudieron romper sus líneas hasta finales de mayo, momento en que ya se había roto la línea de Monte Cassino. Por encima de todo, la vanidad se interpuso en el camino de la victoria. En lugar de avanzar hacia el interior para cortar la retirada alemana desde Monte Cassino, el americano Mark Clark, que ya estaba a la sombra de Dwight Eisenhower y George Patton, decidió que su nombre quedaría unido a la conquista de Roma, e incluso llegó a arrestar a oficiales británicos que incumplieron su orden de no entrar en la ciudad. Los alemanes consiguieron alejarse hacia el este, sin que les molestasen, con siete divisiones, y la captura de Roma por parte de los Aliados llegó absurdamente tarde y quedó ensombrecida por Normandía. En cuanto a Anzio, hay que decir que después del desembarco el Alto Mando alemán diseñó planes para transferir cinco de las mejores divisiones de Kesselring al noroeste de Europa, que iban a ser de gran ayuda durante la invasión de Francia. Pero el coste para los Aliados fue muy alto: hasta la caída de Roma se produjeron 43.000 bajas, mientras que el ejército alemán en el sur y el centro de Italia sobrevivió intacto durante un año más. En definitiva, teniendo en cuenta los reveses tremendos que había sufrido Alemania a finales de 1942, se trató de un giro inesperado de los acontecimientos. Pero en 1944, el destino de Sodoma y Gomorra iba a caer sobre Europa central. El final se habría podido producir un año antes si la estrategia de diversión de las fuerzas en Italia y las ilusiones del Mando de Bombardeo hubieran sido menos importantes.

Capítulo 7

Nazismo y comunismo

Al irse acercando los «anglo-americanos» y las «hordas asiáticas», Alemania quedó asediada. Cada vez más los nazis pretendían que estaban luchando por «La Nueva Europa». Éste era el nombre de una revista publicada por Josef Goebbels, el ministro de propaganda, y su título, al igual que sus artículos, tenían una musiquilla familiar: «Europa está luchando por su unidad», «La juventud asegura el futuro de Europa» y «La unidad económica de Europa»; sin embargo, otro título resulta menos anodino: «La Nueva Europa: una victoria contra la hostilidad anglosajona». En especial después de 1942, mientras las bombas devastaban las ciudades de Alemania y los ejércitos se retiraban en el este, estos discursos continuaron y a veces se unieron a ellos franceses situados en altos puestos (cuyas almas, y a veces sus cuerpos, siguieron adelante en la Europa que iba a surgir en la década de 1950).

Bajo el impacto de la derrota, el gobierno francés que había ocupado el poder, con su pequeña capital en Vichy, estableció un programa de regeneración nacional. Algunos de sus ministros eran técnicos industriales, ansiosos porque Francia recuperase su grandeza en colaboración con una Alemania que admiraban por su crueldad y eficiencia. Tuvieron que huir ante la invasión aliada y terminaron en el castillo de Sigmaringen en el sudoeste de Alemania: figuras rechonchas y trajeadas que se peleaban sobre quién debía ocupar la habitación con vistas (un episodio recreado memorablemente por el novelista Louis-Ferdinand Céline, un virtuoso del humor negro que fue médico del mariscal Pétain). En 1943, discutían, junto con sus amos alemanes, cómo unir las economías francesa y alemana. Resulta sorprendente el caos que consiguieron. Los recursos de la Europa ocupada y satélite deberían haber dado a Hitler una economía de guerra que se pudiera igualar a la de americanos y británicos. En realidad, Francia, de 1940 a 1944, produjo sólo 2.500 aviones, en su mayoría de entrenamiento. Los únicos lugares que produjeron más en época de guerra que antes fueron Bélgica y las tierras checas, que fueron relativamente mimadas (y para ser justos también se libraron de los bombardeos).

Las autoridades de ocupación alemanas explotaron cualquier economía que pudieran controlar, con unas tasas de intercambio absurdas a su favor. Compraban barato todo lo que podían: en el caso de Goering, pinturas de los marchantes de arte judíos de París a los que chantajeaba. En París, la gente se desplazaba con bicicletas de fabricación artesanal y perdió un tercio de su peso, aunque esto se debió en parte a la relación de odio entre el campo y la ciudad. En Holanda, durante el invierno de 1944-1945, se produjo una hambruna de verdad y la gente se tuvo que conformar con comer bulbos de tulipán, mientras que las reservas de alimentos se guardaron en Viena hasta el mismo final de la guerra, incluso cuando los rusos se encontraban en

los suburbios en Mödling, y Eslovaquia, con su economía agrícola y ausencia de grandes ciudades, seguía llena de comida. Pero la utilización de la potencia económica de Europa occidental de cualquier manera lógica se encontraba más allá de las autoridades alemanas, algunas de las cuales eran en cualquier caso personas brutales y estúpidas. La industria francesa necesitaba el carbón y la maquinaria alemanas si se quería que funcionase, y el principal planificador por el lado alemán, Albert Speer, incluso simpatizaba con la idea y se reunió en términos amistosos con su homólogo francés Jean Bichelonne. Pero mientras la maquinaria se dirigía al oeste, Fritz Sauckel, responsable de la fuerza laboral durante la guerra, estaba obligando a cientos de miles de obreros franceses a que se desplazaran al este, y todo ello se vio entorpecido por los salarios y condiciones miserables que eran los habituales entre los trabajadores extranjeros en Alemania (algunos de los industriales implicados fueron acusados más tarde de crímenes de guerra). Es cierto que, como los bombardeos agudizan el ingenio, la producción de armamento fue racionalizada en el sentido de que se emplearon mujeres ucranianas sin formación en una cadena de montaje para repetir el mismo movimiento una y otra vez, hasta que al final surge un avión o un cañón. Con anterioridad, equipos de obreros especializados competían entre ellos para completar un avión y con un nivel de acabados muy alto; los obreros alemanes eran conocidos por su devoción al trabajo y hasta el final de la guerra el aprendizaje se desarrollaba formalmente a lo largo de cuatro años porque cada aprendiz debía dominar cuatro conjuntos de habilidades diferentes. Pero esta exactitud fijaba un límite muy severo a la producción. Se realizaron grandes inversiones fallidas: en 1938 se iniciaron tres factorías enormes en Austria para producir motores aeronáuticos, pero las dirigieron de una manera tan ineficaz que no empezaron a producir hasta 1943, cuando fueron arrasadas por los bombardeos. Alemania casi no llegaba a igualar la producción de bienes de guerra de Gran Bretaña sola, y durante un período produjo menos aviones. Speer fue capaz de aumentar la producción, pero fue a costa de la fiabilidad. En 1944, por ejemplo, los astilleros navales crearon finalmente un prototipo de submarino que podía permanecer sumergido durante períodos muy prolongados, cargando sus baterías sumergido, pero su primera demostración pública, en Danzig, acabó en el ridículo: las soldaduras eran chapuceras y se empezó a hundir; por la noche lo tuvieron que remolcar de regreso al muelle. En 1944 se producían aviones, pero la falta de pilotos experimentados era tan acuciante que los derribaban con rapidez: en el último año de la guerra, casi todos los pilotos que salieron muy verdes de los centros de formación fueron derribados al cabo de un mes. En vista de estas circunstancias, 1943 fue el último año en que las fuerzas de Alemania estuvieron a la altura de las necesidades del momento: aparecieron los tanques pesados, pero no en un número suficiente.

Pero si los nazis no pudieron hacer con la Europa ocupada lo que podrían haber hecho, hay otro tema en el que desplegaron una eficacia siniestra. A mediados de septiembre de 1941, tras la toma de Kiev, con más de medio millón de prisioneros de

guerra soviéticos, Hitler creyó que había ganado la guerra. En Rastenburg, el ambiente era de júbilo, y recibió la visita de Heinrich Himmler. Himmler era el jefe de las SS, las tropas de élite del Partido Nazi, y también el jefe de la policía, director de los servicios de seguridad en las zonas ocupadas y amo del imperio de campos de concentración. Un departamento de la Gestapo, encabezado por Adolf Eichmann, se ocupaba de los asuntos judíos, y aunque se suponía que las discusiones sobre el tema eran secretas, podemos deducir que, durante ese septiembre, Himmler y Hitler llegaron a esbozar un plan para la eliminación total de los judíos de Europa. Al fin y al cabo Hitler había dicho en un discurso en enero de 1939 que los eliminaría si lo provocaban, aunque en aquel momento la idea predominante era expulsarlos de Alemania, o en cualquier caso de la vida pública (algo más de la mitad de los judíos alemanes consiguió abandonar el país). Pero en la Europa oriental ocupada, los nazis fueron mucho más directos. Decidieron que judíos y comunistas eran lo mismo, y Hitler ordenó antes de atacar a la Unión Soviética que se debía ejecutar inmediatamente a ambos. En Polonia tres millones de judíos ya habían sido recluidos en guetos: unas pocas calles insalubres y hacinadas en las que proliferaban las enfermedades. Organizaciones especiales en la retaguardia del ejército –*Einsatzkommandos*– iban de un lado a otro masacrando judíos, a los que alineaban a lo largo de grandes zanjas y los fusilaban para que cayeran en fosas comunes. A veces les ayudaban los habitantes locales porque odiaban a los comunistas y en ocasiones los identificaban con los judíos. Podemos suponer que Himmler llegó a decir que todo esto era demasiado caótico y era necesario racionalizarlo. A partir de ese momento los judíos de Alemania y de toda la Europa ocupada se encontraron bajo una amenaza mortal. Existían obstáculos burocráticos y algunas personas con conciencia los utilizaron para retrasar lo inevitable: qué hacer con las propiedades judías, cómo definir al judío, qué hacer con los judíos con pasaporte extranjero y otras cuestiones por el estilo. Para dilucidar todos estos inconvenientes se celebró una conferencia en una villa en el suburbio berlinés de Wannsee en enero de 1942, que acabaría entrando en la historia, aunque no sea estrictamente cierto, como el momento en que se tomó la decisión de exterminar a los judíos. Eliminó los obstáculos legales y la catástrofe siguió adelante. En cualquier caso, ya estaban asesinando a los judíos de Rusia y Polonia con otros métodos: mediante el hambre y las enfermedades. El programa se extendió ahora a Europa occidental y los judíos de esta zona serían trasladados a los campos en Polonia. Hasta el estallido de la guerra, el énfasis estaba en expulsar a los judíos, con la excusa de que eran una mala influencia: prensa amarilla, arte moderno, comunismo, etc. Los que se quedaron se enfrentaron a humillaciones sin fin, grandes y pequeñas, como la prohibición de comprar alpiste para pájaros o recibir paquetes del extranjero, pero no estaba claro que se les pudiera asesinar. Goebbels, como *Gauleiter*, o jefe del Partido Nazi, en Berlín, acosó cruelmente a los judíos que permanecieron en la ciudad. Ahora, después de Wannsee, quedaba libre el camino para exterminar a los judíos de Europa.

Y así empezó el Holocausto. Los judíos eran registrados y deportados en trenes hacia el este: Riga, Minsk y diversos lugares en Polonia. Allí, los que eran físicamente capaces de trabajar, trabajaban, y los que eran incapaces serían sometidos a una *Sonderbehandlung*, un «tratamiento especial», que era el nombre que recibía. Al final se utilizaron las cámaras de gas y las más famosas estuvieron en el enorme campo de Auschwitz, en la antigua frontera germano-polaca. Los primeros deportados llegaron de Alemania en diciembre de 1941 y fueron fusilados. A partir de la primavera de 1942, se vaciaron los guetos polacos y casi todos estuvieron completamente vacíos en el verano de 1943, cuando se produjo por fin la revuelta de los que quedaban (habían adquirido algunas pistolas de la resistencia polaca). Unos pocos supervivientes consiguieron ocultarse detrás de los muros del gueto. La película *El pianista* de Roman Polanski es una evocación brillante de esa época. Los judíos de Francia e Italia, aunque sometidos a leyes malvadas, sobrevivieron en su mayoría porque instituciones religiosas, personas particulares y algunas autoridades se pusieron de acuerdo para evitar su deportación (en Francia los alcaldes hugonotes emitieron documentación falsa), los judíos belgas fueron tácitamente protegidos por el gobernador militar alemán, Alexander von Falkenhausen, que fue juzgado después de la guerra y perdonado. Pero los judíos belgas, como los franceses, disfrutaban de una libertad de maniobra suficiente para ser astutos, o quizá sólo fue que en Bélgica o Francia la población estaba acostumbrada a sortear un estado opresivo e inquisitivo. Cuando se les ordenó que formaran consejos judíos, encontraron medios para no hacerlo. En Holanda, donde el estado, según el modelo del norte de Europa, se consideraba honesto y decente, formaron dichos consejos y cuando quedó establecida la burocracia se les embaucó para que entregaran los nombres y las direcciones que formaban las listas de caridad. Estos judíos fueron detenidos y gradualmente enviados a los campos de la muerte por la policía holandesa: cerca del noventa por ciento de los judíos holandeses, en un país en que el antisemitismo estaba tan restringido que incluso se produjo una huelga general en protesta por el trato que recibían. En enero de 1945 el consejo judío celebró una pequeña fiesta para congratularse porque habían conseguido mantener unida a la comunidad (ellos también fueron deportados, pero a Theresienstadt, cerca de Praga, el campo supuestamente privilegiado que se utilizaba para engañar a los inspectores de la Cruz Roja y otros organismos: cuando regresaron a Holanda se les juzgó por colaboracionismo). El Vaticano actuó con mucho cuidado y recibió grandes críticas por no hacer lo suficiente para proteger a los judíos, pero Hitler dijo al menos una vez que cuando acabase la guerra su siguiente enemigo sería la Iglesia católica, y podría haber barrido la neutralidad del Papa con un simple gesto. En las católicas Eslovaquia y Croacia, el Vaticano protestó enérgicamente y consiguió detener las deportaciones; el Papa y neutrales influyentes también interfirieron en los horrores en Hungría cuando se intensificaron en 1944.

La cifra habitual de judíos asesinados es de seis millones, aunque resulta

imposible determinar cuántos fueron gaseados y cuántos murieron de hambre o de agotamiento a causa de los trabajos forzados. Auschwitz no era únicamente un campo de exterminio: también albergaba un subcampo, Monowitz, con una planta química (que sigue en uso en Polonia) donde se realizaron esfuerzos, bajo el conglomerado IG Farben, para producir caucho sintético (que fracasaron). Allí podían sobrevivir los obreros especializados judíos, que se consideraban un activo, aunque en general morían de desmoralización o a causa de la brutalidad. En casos muy famosos, médicos ambiciosos utilizaron a los internos de los campos para la experimentación: por ejemplo, cuánto frío o hambre puede soportar un cuerpo o cómo responden los gemelos a este o aquel tratamiento. El más famoso de ellos, el doctor Josef Mengele, era el ambicioso retoño de una familia católica de una ciudad pequeña en Baden (dedicada a la fabricación de maquinaria agrícola) y había estudiado medicina, cuyo campo más avanzado era en aquel momento la genética. A través de su supervisor en Frankfurt, consiguió un destino en Auschwitz, después de un paso fugaz por el frente oriental, y se enorgullecía de haber detenido una epidemia de tifus (utilizó gas para matar a los enfermos y después ordenó que los restos se quemaran en las famosas instalaciones). Después se ocupó en experimentos genéticos, y tenía dispuesta su lúgubre caja de descubrimientos preparada para su profesor cuando el campo fue evacuado. Se sintió herido cuando no se reconocieron sus méritos y se resistió a la petición de su familia para que huyera inmediatamente (al final escapó a Buenos Aires, donde durante un tiempo tuvo una juguetería que llevaba el nombre de «Mengele»). En todo esto estuvieron envueltos médicos de prestigio y el profesor de Mengele, el barón Otmar von Verschuer, ocupó altos puestos después de la guerra en Alemania occidental. Churchill tenía toda la razón cuando advirtió al mundo que si ganaban los nazis se extendería una gran oscuridad de ciencia pervertida. Orwell se refería a lo mismo cuando afirmó que la visión hitleriana del futuro era sólo de 250.000.000 de personas rubias reproduciéndose entre ellas.

La pregunta que se planteó con frecuencia después de la guerra era hasta qué punto los alemanes de a pie conocían lo que estaba ocurriendo. Cuando prosiguieron los bombardeos británicos, los alemanes de a pie dijeron que era en venganza por lo que se le había hecho a los judíos. Se extendían rumores sobre atrocidades terribles en el este, rumores que fueron repetidos por los generales alemanes capturados por los británicos (a veces, pero no siempre, se sentían indignados). Los detalles de la Solución Final no eran conocidos, sino que se mantenían en secreto todo lo posible con conceptos equívocos como *Sonderbehandlung*. Gran parte del programa dependía de la colaboración, en algunos casos incluso de los consejos judíos. Por ejemplo, en Holanda estaban destinados a esta tarea seis oficiales de las SS, y en Auschwitz, donde se envió a un millón de personas, los guardias del campo no superaban los 3.000, y la mayoría no eran alemanes. Si las SS tropezaban con obstáculos o resistencias, quedaban seriamente entorpecidas, como fue el caso en Francia o Italia, donde incluso los antisemitas se sintieron conmovidos para proteger

a los judíos de los peores horrores; en el asedio de Budapest a principios de 1945, los oficiales ignoraron deliberadamente la existencia de un refugio judío dirigido por un pastor luterano bajo uno de los baluartes del distrito del castillo. Pero la misma idea del exterminio de los judíos europeos era inimaginable y muchas personas, incluidos los judíos, simplemente no pudieron creer la historia cuando fue revelada a través de un industrial alemán completamente aturdido al Comité Judío en la neutral Suiza el 1 de agosto de 1942. Las noticias iban llegando a trompicones, pero hasta 1944 no fueron evidentes los hechos, cuando los rusos descubrieron las pruebas de los campos que los alemanes habían intentado destruir, y Auschwitz no fue liberado hasta enero de 1945, momento en que columnas de internos en los huesos eran obligados a trasladarse por las carreteras nevadas hacia los diferentes campos en Alemania.

La creencia central de Hitler radicaba en la superioridad de los arios, una creencia que tenía sus orígenes en la adoración del Romanticismo alemán por la antigua Grecia. Esta superioridad se podía transformar en el «Triunfo de la Voluntad», que representaba la inteligencia y el empuje arios que, junto con su voluntad de poder, podían triunfar en cualquier campo. Leni Riefenstahl (que tenía un abuelo judío) realizó una película dedicada a este tema, *El Triunfo de la Voluntad*, que documentaba el congreso del Partido Nazi en Nuremberg en 1934. Otra película, *Olympia*, con un prelude de cuerpos desnudos y asexuados, documentaba los Juegos Olímpicos más famosos de todos los tiempos en 1936 en Berlín (durante los cuales el atleta afro-americano Jesse Owens encarnó una crítica devastadora a las ideas nazis sobre la superioridad de la raza blanca). La carrera de Hitler era un ejemplo del triunfo de la voluntad, y estaba seguro de que la ciencia alemana iba a producir armas milagrosas que al final derrotarían al Occidente corrupto y a las hordas de Oriente. Hasta el final, cuando los rusos capturaron el ministerio de finanzas prusiano, los alemanes siguieron creyendo que, de alguna manera, iba a aparecer un monstruoso rayo de la muerte para aniquilar a sus enemigos, y en Praga, en abril de 1945, los funcionarios seguían recorriendo las escuelas midiendo los pies de los niños para decidir si se les podía clasificar como alemanes raciales. Lo más extraordinario de todo esto es que el propio Hitler dijo en febrero de 1945 que todo había sido un esfuerzo en vano porque era imposible dilucidar lo que implicaba realmente una raza. Pero él mismo había adoctrinado a la nación, en especial a los jóvenes, muchos de los cuales, enfundados en el uniforme, eran fanáticos en su odio y desprecio por todos los no alemanes, en especial los eslavos y los judíos. La rendición en Stalingrado había sido un golpe tremendo contra el prestigio de Hitler. Ahora lo amenazaban en todos los frentes –por aire, por mar, en el oeste, en el sur– mientras sus aliados se apartaban o, en el caso de Japón, estaban sometidos a una demolición controlada. La recuperación de Járkov le había dado al menos un pequeño respiro, e intentó aprovecharlo para recuperar la iniciativa en Rusia. Con armas nuevas en su arsenal, ordenó una ofensiva, llamada Ciudadela, centrada en Kursk y Oryol. Ciudadela se basaba en parte en unos informes de inteligencia erróneos: que los rusos no eran

capaces de mucho más. Pero aunque sus pérdidas totales habían sido enormes, con más de 12.000.000 de hombres hasta la fecha, demostraron que seguían teniendo 5.700.000 en el campo de batalla frente a los 2.700.000 alemanes. Se creía que habían perdido 21.000 tanques. Aunque los alemanes también habían perdido una gran cantidad, su producción, tanto en cantidad como en calidad, se estaba recuperando. En 1943 entregaron 6.000 tanques, siendo las dos quintas partes los pesados Tiger o los medios Panther, que, cuando aparecieron sobre el terreno, aterrorizaron tanto a algunas tripulaciones de tanques rusos que saltaron de los vehículos y salieron corriendo. Ahora el Alto Mando alemán podía ver que era posible que Stalin saltase el gran meandro del Dniéper, escasamente defendido, vulnerable desde el sur y el norte, y vital para la economía de guerra alemana: el carbón de Stalino (nombre que recibía Donetsk), la hidroelectricidad de Zaporozhe (reabierto en enero de 1943), y el manganeso de Nikopol. Paul Pleiger, responsable de los suministros de carbón nazis, incluso llegó a decir que sin los seis o siete millones de toneladas de carbón de la cuenca del Don no podían aumentar la producción de armamento. El plan original de Ciudadela tenía su lógica. Hitler iba y venía al cuartel general avanzado en Zaporozhe, discutiendo en contra del plan preferido de Manstein de una defensiva móvil, simplemente con el argumento de que ciertos terrenos no se podían abandonar. Aun así, el traslado de tropas llevó mucho más tiempo del esperado a causa de los ataques aéreos, los ataques de partisanos, la destrucción de puentes e incluso las grandes dificultades para conseguir que un tren girase en dirección contraria. El ataque habría tenido sentido en abril, pero se tuvo que posponer continuamente, y los rusos sabían muy bien por diversas fuentes lo que estaba ocurriendo. Los británicos, que leían los mensajes alemanes, lo sabían. También sabían que Stalin no confiaba en ellos. Por eso utilizaron de nuevo, como antes de Barbarroja, su red de espías falsos, «Lucy», en Suiza, que se suponía que conseguía la información de un oficial del estado mayor alemán, que hacían pasar como un topo del espionaje comunista para que Stalin recibiera directamente la información. Y Stalin conocía a su vez a través de su espía británico –John Cairncross, que ocupó altos cargos en los gobiernos de 1940-1941– el engaño tan elaborado que habían puesto en marcha. Pero el plan alemán era evidente. El frente se extendía hacia el oeste, con la ciudad de Kursk en la punta, pero los alemanes también ocupaban salientes en el norte –Oryol– y en el sur –Belgorod– desde donde podían lanzar sus famosas pinzas.

La batalla de Kursk se inició el 5 de junio y se la considera la batalla terrestre más grande de la historia: tres millones de soldados, 69.000 piezas de artillería, 13.000 tanques y 12.000 aviones. La ofensiva estuvo mal planificada: un ataque frontal sin sorpresa, que era todo lo contrario de las lecciones de 1940. En realidad Guderian había desarrollado el ataque de los Panzer a partir de las tropas de choque de principios de 1918, que atacaban el frente de menor resistencia. Pero ahora, tanto el lugar como el momento del ataque eran conocidos, y los preparativos defensivos se venían desarrollando desde hacía tiempo: sólo en el frente de Voronezh había más de

4.000 kilómetros de trincheras, con cerca de un millón de minas, en las partes esenciales del frente. A pesar de la leyenda, los alemanes estaban bastante débiles en tanques, con sólo 328 de los más modernos (sobre un total de 2.500). La batalla se inició el 5 de julio a las 3.30 de la madrugada. La Fuerza Aérea Roja empezó la acción, aunque la Luftwaffe fue capaz de derribar a la mayoría de los 400 bombarderos que habían lanzado. El general Walter Model, en la pinza septentrional, utilizó sólo unos pocos de sus tanques, porque probablemente intentaba conservarlos para la ofensiva soviética que sabía que iba a llegar. Algunos Ferdinand^[2], que pesaban setenta toneladas y supuestamente eran invulnerables, quedaron atascados en el sistema ruso de trincheras y la mitad de los Tiger fueron destruidos por las minas. El día 13 se tuvo que detener el ataque de Model para que pudiera rechazar uno de esos enormes ataques rusos que un miembro del estado mayor del ejército Panzer comparó con un deslizamiento de tierra. En el lado sur Manstein utilizó todos sus tanques, incluidos los 100 Tiger y los 200 Panther, que sobre el terreno resultaron ser muy superiores a los tanques rusos, pero las pruebas no se habían llegado a completar, y la cuarta parte quedaron fuera de servicio antes de entrar en acción, y algunos se incendiaron a causa de un defecto en el sistema hidráulico. Veinticinco fueron víctimas de un campo de minas que no se había limpiado porque los zapadores tenían que trabajar bajo el fuego de la artillería enemiga. El ataque por la derecha, en dirección a Prokhorovka, avanzó con mayor rapidez, porque los rusos fueron presa del pánico ante los Tiger y Panther, que eran frontalmente invulnerables y podían destruir un tanque T-34 desde casi dos kilómetros con un cañón de alta velocidad. El 6 de julio, Nikolai Fyodorovich Vatutin del Grupo de Ejércitos Voronezh recibió la reserva estratégica; se suponía que debía iniciar la contraofensiva y disponía de 2.924 tanques (el 20 de julio), pero ordenó que la mayoría de ellos fueran hundidos en tierra. Aun así, el 8 de julio, cuando tuvo lugar un ataque masivo de tanques soviéticos contra un centro logístico, un único Tiger, en reparación pero operativo, destruyó cincuenta tanques, entre ellos veintidós T-34, mientras los demás huían. Prokhorovka adquirió fama como el escenario de un inmenso enfrentamiento de tanques el 12 de julio, pero esto fue una invención muy inteligente forjada por un general soviético para ocultar su incompetencia: los alemanes sólo perdieron tres docenas de tanques, mientras que el Ejército Rojo implicó con torpeza a un millar y dejó que los atacasen por su lado débil en una emboscada alemana cuando cayeron en una zanja antitanques que habían olvidado que estaba allí. Los hechos no se hicieron públicos hasta 1990, casi cincuenta años después. De hecho, Hitler detuvo la ofensiva de Kursk en parte porque los aviones se tuvieron que destinar al sur y muy especialmente porque los Aliados habían desembarcado en Sicilia el 10 de julio. Manstein protestó que debía seguir adelante, que los rusos habían perdido 1.800 tanques, que no había utilizado sus reservas y de hecho preparó una operación de menor calibre, pero Hitler lo detuvo el día 16. Las pérdidas rusas en Kursk fueron enormes: 319.000 hombres (frente a 55.000), 2.000 tanques (frente a 250) y 2.000

aviones (frente a 159), pero como dijo Manstein, el Ejército Rojo era una hidra: le crecían dos cabezas por cada una que le cortaban. En Kursk siguieron contraofensivas muy duras. El ejército de Model en el lado de Oryol fue atacado desde el 12 de julio hasta el 18 de agosto y después Manstein en Belgorod, en el lado meridional, desde el 3 al 13 de agosto, y se desencadenaron ataques para aliviar Leningrado desde el este (el río Vóljov) y Tver (Kalinin), donde los alemanes seguían amenazando Moscú. Ahora los comandantes de Manstein disponían de 240 tanques y los 800 aviones del Cuarto Cuerpo Aéreo tenían que cubrir todo el frente meridional en su penetración hacia el este, y todo el frente oriental estaba en llamas. Járkov se perdió una vez más y ahora definitivamente el 23 de agosto, aunque estaba prácticamente en ruinas. Los rusos sufrieron de nuevo bajas enormes, ocho a uno, y el Ejército Rojo estaba decepcionado porque Stalin había tenido la esperanza de alcanzar Prusia Oriental a finales de 1943 y había fracasado.

Después de Kursk, los alemanes estaban simplemente en retirada. Fueron incapaces de tomar la iniciativa, excepto brevemente y en puntos aislados. Además, se arrastraban a caballo y con carros por la falta de combustible, mientras los rusos se movían ahora en vehículos americanos y con suministros enlatados americanos: conservaban la movilidad incluso en lo más duro del invierno. Hitler tuvo que trasladar fuerzas a los teatros de operaciones del Mediterráneo, y lo tuvo que hacer de nuevo hacia Francia, de manera que los ejércitos orientales quedaron vulnerables ante los ataques rusos. Además, el frente en su conjunto era extraordinariamente difícil. Después de Kursk, seguía más o menos el curso del río Dniéper hacia el este, y el cuartel general de Manstein se encontraba en Zaporozhye, en el extremo más oriental de la curva. El frente se extendía de nuevo hacia el este, hasta el río Mius, que conectaba con el Donets y con el mar de Azov, protegiendo Crimea, y el Grupo de Ejércitos A sólo consiguió escapar por los pelos a través de la península de Kerch y Rostov. Manstein hubiera preferido una retirada y después un contraataque, pero Hitler quería conservar los minerales de la cuenca del Don, así que aumentó la tensión. Los otros grupos de ejércitos estaban mejor concentrados, pero el problema era más o menos el mismo: debilidad de las fuerzas, dificultades de comunicaciones y vulnerabilidad del transporte.

Las fuerzas alemanas en el borde del Cáucaso eran demasiado débiles para rechazar un ataque soviético en agosto. Tuvieron que retirarse a lo largo de toda la cuenca del Don en dirección al Dniéper, de manera que al final acabaron perdiendo todos los recursos industriales y la mitad de las tierras de cultivo por cuya explotación Alemania había invadido la Unión Soviética. A principios de octubre, los alemanes descubrieron que era imposible mantener el frente del Dniéper al crecer las cabezas de puente soviéticas, y empezaron a caer ciudades importantes, siendo la primera de ellas Zaporozhye, seguida por Dnipropetrovsk. Finalmente, a principios de noviembre los soviéticos avanzaron a partir de sus cabezas de puente a ambos lados de Kiev y la capturaron. El avance soviético prosiguió a lo largo de la línea del

ferrocarril hasta que el 3 de enero de 1944 alcanzaron la frontera polaco-soviética de 1939. Los alemanes supusieron que el espesor de la nieve y después el barro detendrían al Ejército Rojo, pero esta vez los rusos siguieron adelante. Las divisiones alemanas evitaron otro desastre por un pequeño margen, y la campaña de 1943-1944 había resultado en un avance ruso de ochocientos kilómetros. En abril de 1944, el Ejército Rojo recuperó Odessa el 10 de abril y después Sebastopol un mes más tarde. La pérdida de Bryansk, y lo que era mucho más importante, de Smolensk, el 25 de septiembre, costó a los alemanes la pieza clave de todo su sistema defensivo. En enero del año siguiente, con gran sorpresa, los Grupos de Ejércitos Vóljov y Báltico atacaron en Leningrado y empujaron a los alemanes de vuelta a Novgorod y la frontera estonia. Ahora quedaba abierto el camino para el colapso alemán.

Capítulo 8

Occidente y oriente

Con los alemanes expulsados del Cáucaso y sin la amenaza de perder el petróleo, ya fuera allí o en Irán, Stalin se convirtió en un actor mucho más importante. En cierto sentido, Rusia había vuelto a la posición que había ocupado antes de la guerra de Crimea. De nuevo era una gran potencia con una ideología amenazante. Todo esto era obra de Hitler: la crisis enorme de 1941 y 1942 había actuado como un golpe tan fuerte contra el sistema, que la Unión Soviética se vio obligada finalmente a racionalizarse: detener la mala gestión de la economía y promocionar a los hombres adecuados de la manera adecuada para que dirigieran las fuerzas armadas. En cualquier caso, Moscú estaba de vuelta. Como una señal de la nueva situación, Stalin se dignó a salir de Moscú, aunque, por precaución, no fue más lejos de Teherán, en un Irán que estaba ocupado por británicos y rusos. Allí tuvo lugar la conferencia decisiva entre los Aliados, en noviembre de 1943, mientras el Ejército Rojo estaba recuperando Kiev y acercándose a las antiguas fronteras. En Teherán, se reconoció implícitamente el dominio ruso sobre Europa oriental, y se produjo un trueque que pasó por encima de la cabeza de Churchill. En ese punto, incluso abandonó intempestivamente una cena en protesta por un comentario de Stalin sobre las crueldades que pensaba cometer en Alemania. Según explicó Stalin, sólo era una broma.

La relación entre Churchill y Roosevelt se estaba debilitando. Para satisfacer a la opinión pública durante la guerra, los dos tenían la necesidad de aparentar que todo iba bien; los dos hombres eran buenos actores y por supuesto existía una cierta comprensión mutua entre dos aristócratas del mundo atlántico. La capacidad de actuación de Churchill era tremenda e incluso era capaz de desarmar a la gente que estaba muy molesta con él. En la primavera de 1944, al contemplar el declive del poder británico, se sintió deprimido. Su esposa, Clementine, le dijo: «Anímate, piensa en cómo debe sentirse ahora Mussolini». Churchill respondió: «Al menos ha fusilado a su yerno» (Mussolini había juzgado por traición a Galeazzo Ciano en Verona en enero). Roosevelt podía desplegar su encanto como unos fuegos de artificio, mientras que al mismo tiempo calculaba cuál iba a ser su siguiente movimiento. Ahora aparecieron las tensiones entre los dos hombres. Ahora que se estaba ganando la guerra, ¿los británicos (y los franceses) iban a recuperar sus imperios? Roosevelt y casi todos los americanos no aprobaban los imperios y desde luego no iban a pagar para mantenerlos: se produjeron conversaciones interminables sobre el Préstamo-Arriendo para evitar que los británicos lo usaran para promocionar sus propias exportaciones (Churchill protestó: los imperios no regatean; el otro lado contestó: las repúblicas, sí). En julio de 1944, en una reunión importante en Bretton Woods en

New Hampshire, para organizar las finanzas y el comercio del mundo de la posguerra, los británicos presentaron a su estrella: John Maynard Keynes. Ni siquiera él, con su potencia retórica que consiguió que toda la conferencia otorgara una ovación en pie cuando, exhausto, tuvo que abandonarla, pudo persuadir a los americanos de que fueran generosos con la llave de la caja. Hasta 1947 los británicos no aprendieron a enfrentarse a estos problemas: si los americanos los amenazaban con el colapso, eso era lo que les iba a ocurrir. En el paso de 1943 a 1944 el peso militar americano en Europa era casi tan grande como el británico, y muy pronto iba a ser mucho mayor; y se producían roces muy serios en cuanto a la estrategia. Los americanos querían acabar la guerra lo más rápidamente posible, y estaban preparados para una enorme invasión de Francia, mientras que los británicos temían el desastre, y este punto de vista no dejaba de tener su lógica. Hasta el momento sólo se habían desarrollado con éxito tres operaciones anfibas: la evacuación de Dunquerque, que se había realizado en la dirección contraria; Torch, que había triunfado ante una oposición muy débil; y Madagascar en mayo de 1942 para evitar que el gobierno colonial de Vichy ayudase a los japoneses. Justo en el momento de Teherán, el Ejército Rojo estaba teniendo una mala experiencia con los desembarcos anfibios en Crimea, donde los tanques se desembarcaron demasiado alejados de la costa, la artillería y la infantería no cooperaron, y la fuerza aérea fue ineficaz. Los británicos preferían continuar con la campaña de bombardeos y consideraban los asaltos anfibios en el Mediterráneo. Las conferencias anglo-americanas se volvieron tensas y no ayudaba en nada la actitud desdeñosa de Montgomery (que como dijo de él Churchill: «En la derrota, indomable; por adelantado, invencible; en la victoria, insufrible»).

Churchill seguía buscando una alternativa a la invasión anfibia y lo habían convencido para que se decantase por el Mediterráneo. Pero Italia es un país al que hay que invadir desde el norte; ahora, desde el sur, en un otoño húmedo y frío, los Aliados se encontraron con la Línea Gótica, un conjunto de fortificaciones de dieciséis kilómetros de profundidad a lo largo de los Apeninos, con los habituales puestos de tiro de hormigón, zanjas antitanques, campos de minas y centenares de kilómetros de alambres de espino. Churchill (y los comandantes americanos sobre el terreno) dijeron, con algún peso, que se debía seguir adelante con la campaña italiana, pero esto implicaba un avance muy lento con más de un millón de hombres y la dedicación de los bombarderos (a veces con efectos devastadores en los monumentos de Italia). Churchill pensó que quizá se podría aligerar la situación si se extendía a los Balcanes. Allí había un grupo de ejércitos alemán en Grecia y otro en Yugoslavia. Si los turcos entraban en la guerra, podían, junto con los británicos, aislar dichas fuerzas. Sobre el mapa esto parecía plausible, y Churchill se reunió con el líder turco, İsmet İnönü, después de abandonar Teherán. Resulta extraño que un líder turco posterior y mucho más imaginativo, Turgut Özal, dijera que el gran error de İnönü fue no aceptar: podría haber cerrado un gran acuerdo con los británicos y con los

griegos, le podría haber arrebatado las islas del Egeo a Italia. Pero el defecto de İnönü era su prudencia paralizante y quizá al final tenía razón: si la intervención de Turquía hubiera salido mal, la tendría que haber «salvado» la Unión Soviética, con lo que habría perdido tierras y soberanía, incluso sobre Estambul. Para demostrar lo que podía hacer, Churchill le animó a ocupar las islas más grandes y pintorescas ante las costas turcas, con Rodas como premio principal. Fue un fiasco, gestionaron mal la rendición italiana, no aseguraron la supremacía aérea, las operaciones anfibia fracasaron y nunca llegaron a Rodas. Los alemanes volvieron a ocupar Cos y Leros, dos de las islas más grandes, y capturaron miles de soldados británicos: su última victoria significativa que, terriblemente, sirvió para que detuvieran a los judíos de Rodas (algunos de los cuales fueron salvados por los turcos). Los americanos no sintieron demasiada tristeza al ver cómo se desarrollaba este fracaso, porque muchos de ellos estaban resentidos ante falta de voluntad de Churchill para considerar la invasión a través del Canal. Ahora plantearon un plan propio completamente equivocado. Retiraron siete divisiones de Italia para invadir el sur de Francia cuando llegase el momento. No tenía sentido y los británicos en Italia se pudieron quejar de que les habían debilitado para hacer lo que se suponía que tenían que hacer. La controversia siguió de manera interminable.

En Teherán quedó implícita la conversión comunista de Europa oriental. No estaba ocurriendo sólo por la intervención del Ejército Rojo, sino también a través de los movimientos de resistencia, que en la mayoría de los países –aunque no en Polonia– tenían una gran influencia de los comunistas. La resistencia en los países desarrollados y urbanos –siendo Francia y las regiones checas los casos más obvios– se llevaba a cabo principalmente a través de los sabotajes, porque el asesinato de este o aquel alemán era la excusa para represalias terribles. Los comunistas animaban a esto último porque provocaba que la población odiase aún más a los alemanes, y se unían en masa a las filas comunistas, pero realmente esto sólo era posible en países como Grecia o Yugoslavia, donde los partisanos, abastecidos por aire, podían resistir en montañas yermas. En 1943 habían crecido los movimientos de resistencia y los colaboracionistas desaparecieron lo mejor que pudieron: se produjeron deserciones prominentes en la Francia de Vichy. Los comunistas controlaban ahora amplias zonas y en el norte de Italia incluso podrían tomar el control cuando se fueran los alemanes. En Teherán se acordó que Polonia se movería hacia el oeste, perdiendo más o menos el mismo territorio que había otorgado a la URSS el Pacto Molotov-Ribbentrop, y recibiendo en compensación ricos territorios industriales alemanes en el oeste; en su momento, cinco millones de polacos serían deportados del este al oeste. La extensión de la influencia soviética sobre otros países se volvió mucho más probable, con la connivencia de Churchill, que viajó a Moscú en octubre de 1944 y cerró el acuerdo.

En realidad, los británicos querían Grecia por su posición clave en el Mediterráneo oriental, con el canal de Suez y el petróleo de Oriente Próximo en el punto de mira. Stalin acordó contener a los comunistas griegos, que fueron

masacrados cuando intentaron tomar el poder al final de la guerra. Stalin no hizo nada para ayudarles. La contrapartida era que Churchill abandonó el resto de la región, excepto Yugoslavia, donde acordó repartirse las zonas de influencia. A partir de entonces los partisanos yugoslavos comunistas de Tito recibieron una ayuda prodigiosa de los británicos, cuyos oficiales del Special Operations Executive (SOE) vivieron la aventura de su vida en el karst de Dalmacia (el novelista Evelyn Waugh, un católico que se encontraba allí para reunir Inteligencia militar, se sintió asqueado por la duplicidad y la crueldad que encontró, como refleja en *La espada del honor*, su gran trilogía sobre esta época). No se hacía grandes ilusiones sobre la colaboración de una parte del *establishment* británico con los comunistas yugoslavos, que dio frutos dos veces: la primera cuando Stalin rompió con Tito en 1948 y de nuevo cuando Yugoslavia se acabó desintegrando en 1991 (el Foreign Office dio su apoyo solapado a los serbios). Pero se ofrecieron otras ventajas para los angloamericanos porque Stalin indicó a los comunistas en la resistencia francesa e italiana que no ocuparan el poder, ya fuera en París o en Milán, cuando se produjera la liberación, aunque lo podrían haber hecho con facilidad. En su lugar, Stalin cerró un trato con el líder francés, el general Charles de Gaulle, al que apoyó ante los americanos (que lo detestaban). Al final, el presidente De Gaulle iba a debilitar el sistema financiero y militar anglo-americano. En 1968 se produjo una revuelta en París en contra de su gobierno y los comunistas lo podrían haber depuesto, pero Moscú les dijo de nuevo que no lo hicieran, porque les resultaba más útil de lo que podría haber sido un régimen comunista. Todo esto se encontraba en los posos del té en Teherán. En ese momento se produjo una concesión más por parte de los británicos, una que, en aquel momento, no fue causa de reflexión. Cientos de miles de ciudadanos soviéticos y yugoslavos se habían presentado voluntarios en el ejército alemán, en algunos casos para escapar del hambre. Al final de la guerra, los británicos los entregaron a Stalin y Tito para que se enfrentasen a años de cautividad o su ejecución. Treinta años más tarde, Alexander Solzhenitsyn le explicó al mundo lo que había ocurrido. En este asunto los americanos se comportaron con humanidad: acordaron que entregarían a los prisioneros, pero en la práctica los dejaban escapar.

Y ahora la guerra se dirigía principalmente desde Washington. En el trasfondo se encontraba el cambio profundo en la economía de guerra americana. El enfoque del New Deal había funcionado, lo mismo que iba a ocurrir en la Europa de la posguerra durante los años del Plan Marshall: un gestor con poca paciencia que no iba a aceptar excusas. En 1943, las poderosas empresas automovilísticas se habían convertido a la industria aeronáutica y en 1944 producían tres veces más aviones que en 1939. En total, se produjeron 50.000 bombarderos y 60.000 cazas, frente a los 40.000 alemanes en ambas categorías, pero los americanos también aportaron unas mejoras espectaculares en la calidad: un caza con alcance para llegar a Berlín y regresar a Inglaterra, y un bombardero B-29 muy sofisticado en cuanto a navegación, velocidad y carga de bombas. Cerca de un centenar de astilleros habían sido adaptados a

métodos de producción en masa. Los astilleros americanos habían producido setenta barcos entre 1930 y 1936, pero después de 1942 entregaban 6.000: veinte veces más en 1944 que en 1940. Se trataba de barcos Liberty feos y de corta vida (y el prototipo era británico), pero eran útiles para lo que se les necesitaba. Los resultados se pudieron ver en los dos frentes mundiales en los que estaban activos los americanos: portaaviones, bombarderos sofisticados y al final también las bombas atómicas.

Un destino bíblico esperaba a Japón en cuanto los americanos pudieron establecer una base adecuada para descargar fuego y azufre. Se estaban acercando a ella. El 15 de junio de 1944, quinientos treinta y cinco barcos empezaron a desembarcar 128.000 hombres del ejército y los marines de Estados Unidos en la isla de Saipán, con la intención de establecer un aeródromo para los B-29 que podían llegar hasta Tokio. Lo acabaron en noventa días y los americanos disponían ahora de quince portaaviones, un millar de aviones, siete acorazados y setenta destructores, con muchos barcos más, contra casi todo lo que quedaba de la flota japonesa: nueve portaaviones y quinientos aviones. Esta fuerza había perdido casi todos sus submarinos, porque los destructores americanos se aprovechaban de una Inteligencia muy superior, y los aviones japoneses con base en tierra también fueron destruidos. El contingente principal del ejército japonés no se estaba enfrentando a los americanos, sino que se encontraba repartido por las inmensidades de China y estaba desarrollando una gran ofensiva victoriosa, pero que al final resultó inútil, que tenía el objetivo de sacar a China de la guerra. Mientras tanto, los británicos habían derrotado finalmente algunos de los ejércitos japoneses en la frontera de la India. Dentro de los avances americanos, aunque no estuvo bien coordinado, MacArthur había liberado Nueva Guinea y había desembarcado en Indonesia; pronto desembarcaría en Leite, regresando, como había prometido en su momento, a las Filipinas, donde descubrieron muchas pruebas del trato atroz que los japoneses habían dado a la población nativa y a los prisioneros de guerra. Se había abierto el camino hacia un final espectacular y amargo, cuando los bombarderos americanos pudieron devastar a voluntad tierras japonesas.

La misma quincena de la invasión de Saipán, una gran fuerza se dirigió también contra Francia. Los Aliados se habían tomado su tiempo, con unos preparativos meticulosos e interminables, que no tenían nada que ver con la vieja improvisación británica. Uno de las pocas docenas de pilotos de la Luftwaffe, que más tarde sería un industrial de éxito, describe cómo a primera hora del 6 de junio salió de patrulla con su avión y vio la flota invasora, con su nube de protección aérea: 7.000 barcos llevaban 160.000 hombres con miles de aviones por encima de ellos. Entonces supo que la guerra estaba perdida, pero mientras tanto, ocultándose en una nube, derribó seis aviones antes de que la falta de combustible le obligase a aterrizar. De la misma manera los en su momento formidables submarinos consiguieron hundir sólo un barco: un destructor noruego. Toda la operación estaba bajo el mando de un americano astuto y genial, Dwight D. Eisenhower (el apellido es de origen alemán y significa «herrero o trabajador del hierro»). A ambos lados de la alianza anglo-

americana existían profundas corrientes de resentimiento, pero Ike supo sortearlas con habilidad, y los británicos, como suelen hacer los aliados más débiles, se resistían a no luchar por símbolos de prestigio insignificantes. En su conjunto no creían en la invasión, pero siguieron adelante. Al final resultó que los americanos tenían razón porque la invasión resultó un éxito extraordinario.

En retrospectiva, podemos ver que la invasión de Normandía se debería haber realizado en 1943. Pero los planes iniciales se vieron obstaculizados por la falta de lanchas de desembarco y también por las exigencias de la ofensiva de bombardeos. En 1944, los planificadores decidieron que no atacarían un puerto marítimo obviamente defendido, y el corto alcance operativo de los cazas limitaba el número de las zonas potenciales de desembarco, que de hecho eran dos: Calais y la costa de Normandía, donde existía un puerto, Cherburgo, que se podía tomar desde tierra. Se optó por Normandía, que fue estudiada con gran atención, y el plan fue aceptado por Roosevelt, Churchill y el primer ministro canadiense Mackenzie King en la conferencia de Quebec en agosto de 1943. La reunión de las lanchas de desembarco representó un retraso hasta junio y la fuerza a desembarcar ascendía a un millón de hombres. Se concentraron en el sur de Inglaterra. Los preparativos fueron muy exhaustivos e incluso se analizó la naturaleza de la arena de las playas, de manera que en las zonas más blandas los tanques rodarían sobre esteras especiales. Se prepararon dos puertos artificiales para la descarga de suministros ante las playas de Normandía. Serían remolcados por piezas desde Inglaterra y ensamblados ante la costa de Normandía. Se instalaría un oleoducto por debajo del Canal. Los alemanes fueron totalmente engañados sobre la dirección del ataque, de manera que se identificó y utilizó a cada uno de los espías alemanes para cimentar el engaño. Durante una semana los alemanes creyeron que la invasión de Normandía era una distracción y que la verdadera se iba a producir en Calais. La tarea era formidable porque Rommel había organizado las defensas: había trampas de acero al nivel de la marea alta, búnkeres de gruesos muros, y contra los planeadores trampas de palos clavados en los campos; las zonas bajas habían sido inundadas. Había alambradas de espino por todas partes. En la zona se encontraban cuatro divisiones, y había por supuesto divisiones Panzer en la reserva, aunque sólo una se encontraba en la región de Normandía y fue capaz de intervenir desde el primer día. Resultaba vital evitar los movimientos de las reservas alemanas, porque podían trasladarse con más rapidez por tierra que los Aliados por mar (una sola división necesitaba cuarenta barcos comerciales de tamaño normal). Eso significaba que se debía controlar el flanco oriental de la invasión, a lo largo del río Orne, que atravesaba Calvados y la ciudad de Caen, y los británicos debían lanzar paracaidistas para asegurar los puentes y detener los blindados alemanes, mientras que las cinco playas señaladas se atacaban desde el mar.

La sorpresa fue total. Todo dependía de la luna, las mareas y el tiempo, y una invasión sólo podía tener lugar durante unos pocos días de cada mes. El tiempo fue muy malo el día señalado –5 de junio– y los alemanes respiraron tranquilos, o en el

caso de Rommel, asistieron a una fiesta de cumpleaños. Entonces un meteorólogo experto permitió que la gran fuerza partiera el 6 de junio, el Día D (la «D» significa «día», es decir, el día de un futuro indeterminado en que se iniciará la maniobra planificada). Los desembarcos aerotransportados que la precedieron tuvieron éxito, principalmente, porque habían estado muy bien preparados con reproducciones de los terrenos de aterrizaje. La colaboración de la resistencia francesa sobre el terreno fue de gran ayuda. Los desembarcos iniciales también tuvieron éxito, aunque los americanos lo pasaron mal en una de sus playas (Omaha) donde tuvieron muchas bajas porque les dispararon desde las alturas, pero al final pequeños grupos de infantería consiguieron atravesar las defensas. Los británicos tuvieron pocos problemas, aunque no pudieron tomar Caen, que era su principal objetivo. En cuanto se establecieron las cabezas de playa, se iniciaron los puertos artificiales, que movieron 9.000 toneladas al día, aunque uno de ellos fue destruido por una enorme tormenta el 19 de junio (demostrando lo que habría podido ocurrir si dicha tormenta llega a ocurrir el día 6). Las bajas eran menores de las esperadas (10.000, cuando Churchill había temido más del doble) y las cabezas de playa aguantaron, lo que no resulta sorprendente teniendo en cuenta la superioridad aérea de diez a uno y el sabotaje de los ferrocarriles por los *maquisards* (la resistencia francesa). La reserva alemana local se encontró con una gran resistencia y las otras divisiones de reservas estaban demasiado lejos porque seguían con la ilusión de que el ataque principal iba a tener lugar en Calais y se trasladaban sólo por las noches y en bicicletas.

Los Aliados se enfrentaron a una tarea considerable cuando penetraron tierra adentro. Los americanos se dirigieron hacia el noroeste y el 18 de junio tomaron la ciudad de Cherburgo, con un puerto de aguas profundas, pero que se encontraba en condiciones inservibles. Los británicos (junto con canadienses, polacos y otros) debían penetrar en el interior a través de un terreno muy difícil, el *bocage*, formado por setos altos y carreteras estrechas, que era ideal para la defensa. Montgomery, como comandante del 21 Grupo de Ejércitos, principalmente británico (junto con polacos y canadienses), estuvo al mando del conjunto de la invasión hasta que los americanos pudieron establecer su propio grupo de ejércitos, llamado el 12, bajo Bradley. Montgomery fue incapaz de explotar la debilidad inicial de los alemanes a causa de la gran tormenta entre el 17 y el 22 de junio, y al final los alemanes centraron la resistencia alrededor de Caen. La ciudad fue asaltada una y otra vez, y no cayó hasta finales de julio, cuando ya se encontraba en ruinas. El objetivo de la estrategia de Montgomery era retener a la mayor parte del ejército alemán en el lado oriental para que los americanos, que estaban limpiando el lado occidental mucho menos defendido, pudieran al final flanquear y rodear a los alemanes. Esto llevó su tiempo, pero al final Montgomery triunfó: se enfrentaba a siete divisiones Panzer, mientras que los americanos tenían delante a sólo dos. A finales de julio, los americanos rodearon el flanco occidental de los alemanes y liberaron Bretaña. Las fuerzas alemanas iban quedando rodeadas al sur de Caen y los generales se querían

retirar hacia el Sena. Eisenhower se había convertido ahora en el comandante supremo sobre el terreno y realizó sus deberes con gran habilidad, en especial ante el temperamental Montgomery.

Hitler estaba decidido a un gran contraataque. Casi no era capaz de un pensamiento racional. El 20 de julio uno de sus oficiales superiores había intentado asesinarlo en una cabaña del cuartel general en Rastenburg. Fracasó, pero Hitler quedó muy conmocionado y nunca se llegó a recuperar de un temblor de los brazos. Sus médicos le prescribieron pastillas que le provocaron flatulencias. Ahora, cuando los generales asistían a las reuniones tenían que pasar por un sistema de seguridad, dejar que les cachearan y las pistolas quedaban depositadas en una bandeja. Las órdenes de Hitler destinadas a Normandía fueron conocidas por los Aliados a través de los descifradores, su dominio del aire era ahora completo y el contraataque alemán fracasó. Los Aliados podían pensar ahora en atrapar a grandes cantidades de alemanes y esto quedó en manos del general George Patton que se desplazó casi sin oposición hacia el este y después hacia el norte en dirección a Alençon. Los alemanes quedaron en un embolsamiento. Lucharon y mantuvieron abierto un camino en el pueblo de Falaise (lugar de nacimiento de Guillermo el Conquistador, que en 1066 había lanzado una invasión en dirección contraria), pero el 21 de agosto cayeron prisioneros 50.000 hombres. Fue la batalla decisiva y tres días más tarde, el 24 de agosto, se liberó París. Ahora tuvo lugar –innecesariamente– una invasión aliada del sur de Francia, que no encontró ninguna resistencia, y en septiembre, siete ejércitos sobre el terreno, incluidos los franceses, se encontraban más o menos en la frontera alemana. Estaban bien abastecidos y desde la ofensiva de julio disponían de una gran superioridad en soldados y tanques en una relación de cuatro a uno. En la aviación la superioridad era apabullante. ¿Ahora qué? Los Aliados habían sufrido 240.000 bajas, con 36.000 muertos y 4.000 tanques destruidos, pero los alemanes habían perdido en Francia 300.000 hombres, las dos terceras partes prisioneros, y de los 2.000 tanques, sólo 120 consiguieron cruzar el Sena. La Luftwaffe había dejado de ser un factor a considerar, porque Alemania había producido durante el año anterior la sexta parte de los aviones en comparación con los Aliados.

En Italia seguían desplegadas fuerzas aliadas bastante sustanciales y Churchill quería utilizarlas de manera más productiva. Quizá podrían evitar el avance ruso en Europa central y contener la amenaza comunista en el Mediterráneo. La campaña fue lenta, con generales *prima donna* y un comandante supremo, *sir* Harold Alexander, que sufría de un exceso de cortesía; también entraron en juego algunos elementos raros (los alemanes emplearon divisiones cosacas y turcomanas). Los Aliados asaltaron la Línea Gótica a finales de agosto y a mediados de septiembre tenían a la vista las llanuras de Lombardía, pero entonces empezó a llover, provocando desprendimientos de tierras y ríos desbordados. El movimiento era desesperadamente lento, los alemanes se reorganizaron tercamente, las fuerzas italianas colaboracionistas seguían activas bajo el régimen fascista que los alemanes

mantenían para Mussolini en el lago Garda, y los partisanos amenazaban con adelantarse a un gobierno aliado. La situación se estancó hasta abril de 1945, cuando los comandantes alemanes negociaron una rendición por separado diez días antes del final, y el cadáver de Mussolini fue colgado cabeza abajo ante un garaje en Milán. Los partisanos italianos que lo mataron eran comunistas y no hay la menor duda que habrían tomado el poder en ese mismo instante, pero Stalin fue firme en sus instrucciones a su líder, el gruñón Palmiro Togliatti: colaborar con las potencias occidentales y sus representantes. Los británicos y los rusos se movían ahora en sus dos lados separados de los Balcanes y el Grupo de Ejércitos E alemán se retiró hacia Croacia y Trieste.

El colapso de Alemania en occidente había tenido su equivalente en oriente. El Ejército Rojo podía desplegar ahora un peso enorme. En coordinación con los aliados occidentales, iniciaron una gran ofensiva que debía coincidir con la invasión de Normandía, y la llamaron Bagration, por un general ruso de la época napoleónica. El 23 de junio el Ejército Rojo atacó al Grupo de Ejércitos Centro que se encontraba en una posición expuesta, intentando retener el puente de tierra entre los ríos, al oeste de Smolensk, para mantener abierto un enlace con el Grupo de Ejércitos Norte, que se encontraba bajo presión en el Báltico. Había tenido que desprenderse de tanques y aviones hacia el oeste y de aviones para defender las ciudades alemanas. Los rusos se habían aficionado ahora a lo que llamaban *maskirovka*: engañar a los alemanes con diversos trucos sobre el peso y la dirección de sus ataques; y en cualquier caso existía una amenaza muy seria contra el frente alemán en el sur, cuando los alemanes se vieron obligados a abandonar Odessa, y la propia Rumanía quedó amenazada, A finales de agosto, la presión era tan fuerte que el rey se comportó como su colega italiano un año antes, y arrestó al equivalente de Mussolini, el mariscal Ion Antonescu; en ese momento Rumanía se convirtió en un aliado soviético. Hitler subestimó el peligro que suponían las tropas soviéticas que se enfrentaban al Grupo de Ejércitos Centro, que había enviado un tercio de su artillería y casi todos sus tanques hacia el sur, que era donde se esperaba el ataque. Los grupos Panzer lo habían hecho bien, bajo el mando de Manstein, en las fronteras de Rumanía, pero con ello se habían desviado del centro. Cuatro grupos de ejércitos soviéticos se dedicaron a la operación y también se produjo una gran concentración contra el Grupo de Ejército alemán del norte de Ucrania, al sur, donde el objetivo principal era Lwów, la ciudad más importante del sudeste de Polonia. Los partisanos rusos estaban volando las vías que atravesaban los bosques y atacaban a las unidades alemanas que habían quedado aisladas. Entonces entraron en acción 1.700.000 hombres, 24.000 cañones, 4.000 tanques y 6.000 aviones contra 800.000 hombres, 9.500 cañones, 500 tanques y 800 aviones. La única ventaja alemana se encontraba en las fuertes líneas defensivas, construidas a lo largo del tiempo. La ofensiva principal se inició el 23 de junio con un bombardeo demoledor y las defensas quedaron casi destruidas. En el lado septentrional, el Primer Grupo de Ejército Báltico cruzó el Dvina y atrapó un cuerpo

de 30.000 hombres el 25 de junio en Vitebsk, que cayó dos días más tarde. El Tercer Grupo de Ejércitos Bielorruso pasó por encima de un ejército en Orsha, en la autopista Moscú-Minsk y alcanzó el río Berezina, donde el ejército de Napoleón había sufrido su desastre más espectacular en 1812. Esto también se convirtió en una trampa para dos cuerpos alemanes porque, desde el sur, importantes fuerzas rusas cruzaron el Dniéper cerca de Mogilev. El 27 de junio los dos cuerpos alemanes quedaban rodeados en un embolsamiento al este de Bobruysk, sufriendo bombardeos constantes, y aunque una parte del Noveno Ejército consiguió escapar, 70.000 hombres fueron muertos o capturados. Después de eso los rusos avanzaron sobre Minsk, que había sido el escenario de su gran desastre tres años antes. A partir del 28 de junio el Tercer Grupo de Ejércitos Bielorruso cruzó el Berezina y desde el sur el Primer Grupo de Ejércitos Bielorruso inició la otra pinza. Estas fuerzas enlazaron el 4 de julio en un embolsamiento al oeste de Minsk, atrapando al Cuarto Ejército alemán al completo. El Grupo de Ejércitos Centro estaba diezmado, en lo que posiblemente era la mayor derrota del ejército alemán, que había perdido veinticinco divisiones y unos 300.000 hombres. En las pocas semanas siguientes, los alemanes perdieron otros 100.000 hombres. Unos 90.000 hombres, con veintidós generales capturados, entre ellos cuatro comandantes de cuerpos de ejército (uno de los cuales había desertado de su cuartel general), desfilaron ahora a través del centro de Moscú como símbolo del triunfo de Stalin. Muchos estaban tan aterrorizados que perdieron el control de los intestinos y las calles se tuvieron que limpiar de manera especial. Pero en ese momento se produjo una recuperación alemana.

El lado alemán disponía de un comandante destacable, Walter Model, que tomó el mando del Grupo de Ejércitos Centro después de la derrota, sustituyendo a Ernst Busch, un hombre dócil para Hitler. Model consiguió el milagro de reunir tropas de todas partes y recuperar el enlace con el Grupo de Ejércitos Norte, que se enfrentaba a sus propios problemas en el Báltico. A finales de julio, Riga en Letonia seguía resistiendo y en agosto los alemanes incluso fueron capaces de contraatacar cerca de Vilna, que había caído el 8 de julio. Se produjo un epílogo triste a los veinte años de gobierno polaco en esa gran ciudad histórica que era el centro espiritual de los judíos orientales y también del barroco católico. Jóvenes polacos se rebelaron para ocuparla antes de que llegasen los rusos, pero fueron masacrados por los alemanes, y después por los soviéticos, y fueron enterrados fuera del gran cementerio con cruces fabricadas con barras de hierro oxidado. Mientras tanto, se lanzó un ataque en el sur, y Białystok, que también había sido escenario de catástrofes anteriores, cayó el 27 de julio, después de dos días de combates; entre el 18 de julio y el 2 de agosto, Konstantin Rokossovsky avanzó hacia Varsovia, alcanzando el Bug el 21 de julio y ocupando cabezas de puente en el Vístula el 2 de agosto.

Ahora se produjo un levantamiento en Varsovia. La resistencia polaca había tenido tiempo para organizarse y la ocupación nazi, que al principio había sido feroz, se había vuelto perezosa y descuidada, y en algunos barrios incluso simpatizaba con

los polacos católicos. Parecía que el levantamiento tenía sentido porque el ejército alemán estaba haciendo las maletas y los rusos se encontraban en Praga, el suburbio de Varsovia en la orilla oriental del río Vístula. Que consiguiesen tomar la capital antes de la llegada de los rusos tendría un gran valor simbólico, como había ocurrido con De Gaulle ocupando París antes que los comunistas. Pero los alemanes devolvieron el golpe utilizando tropas ucranianas y bálticas que odiaban a los polacos, y mediante la destrucción por el fuego de casi un tercio de la ciudad, aplastaron la rebelión y resistieron en Varsovia hasta enero de 1945. Los rusos, con la excusa de que se habían avanzado demasiado a sus líneas de suministros, no hicieron nada, y no sólo eso, sino que se negaron a ayudar a los aviones británicos que querían aprovisionar a los polacos. La realidad era que Stalin estaba bastante satisfecho de que los nazis aplastasen a los polacos (porque como había demostrado en 1940 con la masacre de 15.000 oficiales polacos en Katyn y otras poblaciones, incluso estaba dispuesto a ayudar). El gobierno polaco exiliado en Londres también se encontraba en falso porque había sobrestimado el poder británico y se había negado a conceder ningún cambio de fronteras, mientras que los checos llegaron a un acuerdo con Moscú, entregando una provincia en el este y ganando con ello la retirada del Ejército Rojo en cuanto Checoslovaquia quedó restaurada. Que el país se volviera comunista en 1948 no estaba tan claro como el proceso en Polonia, donde se produjo una ocupación y se estableció un gobierno títere. En cualquier caso, el levantamiento de Varsovia fue aplastado y cuando la ciudad fue liberada estaba formada sólo por kilómetros de ruinas y escombros calcinados, donde sólo quedaban intactas las embajadas extranjeras en la Aleje Ujazdowskie y el Hotel Bristol ocupado por la Gestapo. Algunos intelectuales polacos, al contemplar este desastre, buscaron su inspiración en la nueva potencia bárbara del este. ¿Por qué los rusos bárbaros tenían más éxito que los polacos civilizados?

Ahora los aliados de Alemania empezaron a desertar. El joven rey de Rumanía se había deshecho de sus fascistas, a lo que siguió un armisticio, que culminó con la declaración de guerra rumana contra Alemania. Bulgaria, que vivía una situación muy similar, se encontró en cierto momento simultáneamente en guerra con todo el mundo, pero se unió a los Aliados. Un caso interesante (al igual que Checoslovaquia) fue Finlandia. Los finlandeses habían conservado sus relaciones con Moscú durante toda la guerra, habían limitado cuidadosamente su colaboración con Alemania y sobrevivieron como neutrales. Los húngaros intentaron lo mismo en vano, pero su élite era anglófila y no había mantenido ningún tipo de vínculo con Moscú. Cuando su gobierno intentó salir de la guerra, fue derrocado por un golpe de las SS y en su lugar se instalaron sádicos y locos (las Flechas Cruzadas). Ahora los rusos iniciaron su camino hacia el Reich. El Tercer Grupo de Ejércitos Bielorruso (bajo el mando de Ivan Chernyakhovsky) consiguió invadir Prusia Oriental en noviembre, cobrándose venganza en una aldea alemana (que se convirtió en el centro de la propaganda alemana para mostrar las atrocidades soviéticas e inspirar una resistencia que fue

mucho más dura en la parte oriental de Alemania que en la occidental). Descansaron y después se dirigieron hacia Königsberg y Memel en la esquina sudeste del Báltico. El objetivo de Rokossovsky era aislar toda Prusia Oriental en su avance desde Varsovia hacia Danzig. Ahora el este de Alemania fue presa del pánico.

Capítulo 9

El final

Alemania y Japón estaban sometidas ahora a una presión tremenda: por un lado, los ataques aéreos demoledores, que en diciembre de 1944 habían destruido sus fuentes de energía y los transportes, y por el otro, la reunión de ejércitos y barcos con una potencia devastadora. Obviamente lo que habría tenido más sentido para sus gobernantes hubiera sido tirar la toalla, pero ambos países estaban sumergidos en una ilusión fanática, que en Japón, que nunca había sido derrotada, se centraba en la salvación mediante un milagro. Los alemanes seguían luchando porque estaban enloquecidos por los bombardeos incesantes y sabían muy bien la suerte que iban a correr en cuanto la marea rusa llegase al río Elba. Justo hasta el final imperó una lealtad fanática, y Hitler mandó fusilar a su cuñado por derrotismo; cuando Japón se rindió finalmente, no se pudieron encontrar palabras dentro del lenguaje imperial formal para decir «derrota» y «rendición». El emperador tuvo que decir que la guerra no se había decantado necesariamente a favor de Japón.

Alemania seguía siendo capaz de acciones desesperadas y obtuvo un respiro en los tres últimos meses de 1944. Una refinería de gasolina sintética seguía funcionando en Pomerania. Los aliados occidentales habían establecido un frente más o menos a lo largo del Rin en octubre de 1944, y estaban abriéndose camino hacia Alemania por Aquisgrán y Estrasburgo. Una Holanda hambrienta seguía bajo control alemán, al igual que Dinamarca y Noruega. Europa central seguía bajo gobiernos fascistas y en Zagreb, capital de Croacia –un lugar en el que uno se puede imaginar *El ocaso de los dioses* de Richard Wagner como una opereta de Franz Léhar–, un escritor, Josip Horvat, publicó su diario de este período. Describe la gestión insustancial del Estado Independiente de Croacia, mientras los partisanos impiden la entrega de leche al plenipotenciario alemán (que en su momento había sido el representante austro-húngaro en Brest-Litovsk en 1918), hay escasez de cuchillas de afeitar y el cielo está lleno de cilindros plateados que van de camino para bombardear Budapest, Viena o Munich. Mirando las ruinas de un Munich que había conocido en su gran época antes de 1914, un anciano Richard Strauss, cuyos nietos medio judíos habían sobrevivido a la guerra en su semiexilio en GarmischPartenkirchen, compuso *Metamorfosis*, un poema sinfónico que se puede considerar la marcha fúnebre de Alemania. Aparecieron otras notas musicales de otro Richard y otros nietos. La familia Wagner había mantenido buenas y estrechas relaciones con Hitler durante todo este tiempo. De jóvenes y adolescentes, los nietos de Richard Wagner, Wieland y Wolfgang, llamaban a Hitler «tío Wolf». (Los dos iban a revitalizar el Festival de Bayreuth dedicado a las óperas de Wagner después de la guerra). Para su cincuenta cumpleaños en 1939, cuando las cosas iban viento en popa, los Wagner le habían

regalado la partitura original del último drama musical de Wagner, *Parsifal*, que era la obra de Wagner favorita de Hitler. Ahora, seis años después, querían que se lo devolvieran antes de que cayese en manos de los rusos, y Wieland viajó hasta Berlín y persuadió a Hitler para que le entregase la partitura. Ya sea o no un mito que las grandes orquestas alemanas y austríacas interpretaron a Wagner en sus conciertos finales, no era necesario: ya se estaba poniendo en práctica, aunque de una manera grotesca. Hitler no era un Sigfrido demasiado bueno y Evan Braun no era Brunilda. Él le había pedido que se quedase en el sur de Alemania para su seguridad, pero ella consiguió volar hasta Berlín justo antes de la llegada de los rusos, anunciando que sería una vergüenza si Adolf no se casaba con ella después de tanto tiempo: ¿qué iba a pensar la historia si sólo figuraba como su amante? De esta manera el Tercer Reich terminó con una boda a tiros y una cremación incompetente.

La campaña occidental se desarrolló con una lentitud sorprendente, quizá porque todos los implicados, excepto Montgomery, comprendían instintivamente que no tenía sentido el heroísmo con el final a la vista. Un momento extraño tuvo lugar en Arnhem en los Países Bajos en septiembre. El 17 de septiembre, una división paracaidista británica se lanzó sobre la ciudad en un intento por capturar los puentes sobre el sistema de ríos que había derrotado a los españoles tres siglos antes. Tuvieron muy mala suerte y se tropezaron con un cuerpo Panzer que se estaba reorganizando después de Normandía. Walter Model, «el bombero de Hitler», como lo llama John Keegan, fue trasladado desde el frente oriental y retuvo el puente de Arnhem, lo que condenó a los británicos a un invierno inmovilizado, o al menos a un avance doloroso a paso de tortuga. De septiembre a octubre otro empuje aliado avanzó lentamente en Aquisgrán y penetró en el bosque de Hürtgen, de nuevo contra Model, un comandante enormemente efectivo y también el hombre más rudo del ejército alemán. Esto costó a los Aliados 33.000 muertos y heridos. Aquisgrán cayó y fue la primera ciudad alemana en hacerlo, pero todo iba muy lento y Hitler empezó a tener la esperanza de que se podía conseguir algo contra unos oponentes tan torpes como parecían ser los anglo-americanos. ¿Podría contraatacar y ocupar Amberes, su puerto, y expulsarlos de Bélgica? Si lo conseguían, ¿les podría pedir que se unieran a él en la lucha contra la URSS, que era la propuesta fantasma que siempre había estado ahí? En estas circunstancias, el contraataque era una actuación muy valiente. Con las últimas reservas estratégicas del ejército, y cuando los rusos se estaban acercando a Budapest, Model lanzó un ataque en la misma zona del sudeste de Bélgica donde los alemanes lo habían hecho tan espectacularmente bien casi cinco años antes. Utilizando vehículos y gasolina capturada, como había hecho antes Rommel después de la caída de Tobruk en 1942, los alemanes consiguieron avanzar un poco. En esto se pusieron demasiadas esperanzas, porque si los Aliados no eran demasiado buenos en las ofensivas, consiguieron disponer rápidamente las defensas y en cuanto mejoró el tiempo, el dominio del aire fue suficiente contra las tropas alemanas que quedaban retenidas en atascos de tráfico. Para las Navidades de 1944 el

ataque se había quedado sin combustible y fue cancelado el 8 de enero. Entonces se volvió a los avances milimétricos y a mediados de marzo Model se vio forzado a retirarse cuando los americanos capturaron el puente ferroviario de Ludendorff sobre el Rin al sur de Colonia, mientras los británicos y los canadienses se dirigían hacia Hamburgo. Lo que quedaba del grupo de ejércitos de Model quedó rodeado en el Ruhr, y la cuestión era si se destruirían las grandes industrias, como quería Hitler. Alemanes con visión de futuro sabotearon las órdenes, y lo mismo hizo Model, que no se iba a rendir. Licenció a los hombres y se descerrajó un tiro.

Los aliados occidentales avanzaron sin oposición hasta que el 24 de abril se encontraron con los rusos en un pueblo pequeño de Sajonia. Al día siguiente, el acontecimiento se reprodujo de nuevo para las cámaras en Torgau, donde existía un puente sobre el Elba (irónicamente, la «Torgauer Marsch» había sido la melodía de Hitler). Más tarde se produjeron algunas discusiones sobre si las potencias occidentales deberían haber llegado primero a Berlín. ¿Por qué permitieron que Stalin llegase primero? La explicación se encuentra realmente en lo que ocurrió en 1943, cuando Churchill quedó atascado en el norte de África e Italia; y en cualquier caso los rusos también discutieron por qué no habían sido los primeros en llegar al Ruhr para asegurar el futuro económico de la Unión Soviética, antes de que las potencias occidentales consiguieran ocupar la joya de la corona industrial, que relanzó a Alemania occidental como una economía de nivel mundial en alianza con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Los generales soviéticos, aplastados por la carga de medallas publicitarias después de la guerra, argumentaron que la fijación de Stalin con los embolsamientos que había dejado atrás Hitler en el Báltico, encontrándose el mayor de ellos en Letonia, había sido el responsable. Sin embargo, los alemanes estaban resistiendo en el este con una locura que sólo se puede explicar porque sabían lo que estaba por llegar.

Hitler había decretado que no habría retirada. Al contrario, las tropas se debían quedar donde estaban (*eingeingelt* o «atrincheradas») como en el paso de 1941 a 1942. Gran parte del Ejército Rojo estuvo al asalto del Báltico y de Prusia Oriental durante mucho tiempo y después aparecieron problemas en el sur. Budapest era una de las grandes ciudades de Europa central y el Danubio era el gran obstáculo para la penetración soviética. Se produjo un asedio de seis semanas y gran parte de Buda quedó en ruinas al ser el escenario de la resistencia final de los alemanes, que se colapsó en febrero. La noticia de la muerte de Mussolini (murió el 28 de abril) le llegó a Hitler cuando los rusos alcanzaban las afueras de Berlín. Los rusos se habían concentrado en el invierno de 1944-1945 en el frente balcánico y habían liberado Belgrado en octubre. Los habían retenido las fuerzas que Hitler había dejado en el norte y ahora se tenían que concentrar de nuevo para seguir el avance en Polonia. Otro gran ataque soviético seguía adelante por el Vístula, donde de nuevo la sorpresa fue total. Hitler había nombrado a Himmler para que tomase el mando del grupo de ejércitos de esta zona, que había cambiado de nombre, y el brazo armado del Partido

Nazi, las Waffen-SS, tenía ahora casi un millón de hombres (muchos de los cuales eran voluntarios extranjeros), pero nada podía detener al Ejército Rojo que, avanzando más de treinta kilómetros cada día, penetró en Prusia Oriental e incluso entraron en Elbing y Heiligenbeil cuando aún seguían funcionando los tranvías.

El 24 de febrero habían fracasado todos los contraataques alemanes. Los rusos se encontraban en el río Oder, a sólo ochenta kilómetros al este de Berlín. Delante de ellos habían empujado a cientos de miles de refugiados, familias con carros que se abrían camino por la nieve, desesperadas por alcanzar la otra orilla del Oder o el mar, atravesando las lagunas heladas. Algunos clásicos de la literatura alemana recogen estos acontecimientos. En *Erinnerungen eines alten Ostpreussen* [Recuerdos de un viejo prusiano oriental], Alexander Fürst zu Dohna-Schlobitten relata cómo se le permitió salir en avión de Stalingrado porque tenía seis hijos. Cuando llegó a casa, condujo a sus trabajadores desde su histórica casa señorial de Schlobitten hacia el oeste, cuando incluso el chirrido de una rueda provocaba una alarma salvaje mientras atravesaban a pie los bosques hacia la seguridad. *Schicksalsbuch des Sächsisch-Thüringischen Adels* [Libro del destino de la nobleza turingia y sajona] de Adam von Watzdorf y otros autores, describe otra marcha, esta vez de prisioneros de guerra británicos, que procedían de un campo en Silesia, y a los que alimentaron con patatas calientes los propietarios rurales cuando atravesaban sus fincas. Miles de civiles alemanes, militares y funcionarios nazis, que huían de los rusos, consiguieron subir a un buque de pasajeros en el Báltico, el *Wilhelm Guttlof*, que fue hundido por un submarino ruso: 9.000 personas murieron ahogadas en lo que se considera el peor desastre marítimo de todos los tiempos. A mediados de marzo los rusos se encontraban en Silesia y Pomerania, habían tomado Zagreb y estaban a punto de conquistar Viena (13 de abril). Mientras tanto los ataques aéreos contra Berlín seguían adelante; el último, un ataque de la RAF contra Potsdam el 14 de abril, destruyó la vieja iglesia de la Guarnición y muchos monumentos más. El gran esfuerzo para ayudar a los rusos tuvo lugar a mediados de febrero, cuando la RAF destruyó Dresde a causa de su enlace ferroviario (que se recuperó con rapidez). Este episodio fue muy controvertido y el propio Churchill protestó por la ruina de la «Florenxia del Elba», aunque no dejaba de ser un poco hipócrita porque el propio Churchill había apoyado con fervor los bombardeos aéreos. En cuanto a Berlín, los Mosquito de la RAF –cazabombarderos– siguieron bombardeando hasta el cumpleaños de Hitler el 20 de abril.

Existen fotografías del Führer, que ahora tenía cincuenta y seis años, pero que parecía mucho mayor, acariciando la mejilla de un adolescente (un huérfano de Dresde) enfundado en un abrigo que le iba grande, en el momento de unirse a la milicia nacional territorial del Volkssturm. El 9 de abril se rindió Königsberg, muy dañada, y Zhukov se pudo concentrar en el último obstáculo antes de Berlín, las colinas de Seelov, mientras que los grupos de ejércitos de Rokossovsky y Konev, al norte y al sur, también se concentraban contra Berlín: en conjunto 2.500.000

hombres, 6.250 tanques, 7.500 aviones y más de 40.000 piezas de artillería (con Katiushas montadas en camiones, cada una de las cuales disparaba docenas de cohetes). En las colinas se desarrolló una última resistencia feroz, pero el 19 de abril los defensores fueron superados y aunque el coste había sido alto –30.000 muertos y cerca de 3.000 tanques perdidos–, Berlín quedó rodeado. El 22 de abril Hitler se dio cuenta de que sus ideas de un rescate desde algún sitio, Silesia o cualquier otro lugar, no se iban a hacer realidad y fue presa de la famosa rabieta contra sus generales, que no pudo olvidar ninguno de los presentes. Afirmó que se quedaría en Berlín y se suicidaría. Cincuenta mil soldados, 40.000 ancianos miembros de la milicia territorial, chicos adolescentes y algunos extranjeros de las SS (entre ellos dos docenas de británicos, con una pequeña Union Jack cosida en la solapa del bolsillo de la chaqueta) siguieron luchando, mientras que los habitantes escondían todo lo que podían en una ciudad sometida a un bombardeo constante. Los combates se extendían desde los puentes del Havel a lo largo de las arterias principales de Berlín, en dirección hacia las estaciones de ferrocarriles y los monumentos, entre ellos el Reichstag. Extrañamente, la Columna de la Victoria, que conmemoraba las guerras de Bismarck, no fue derribada, ni tampoco los bustos triunfantes de los dignos gobernantes del viejo Brandeburgo, pero a finales de abril los rusos ya se encontraban en el barrio ministerial.

Hitler dispuso su escena final: la boda en las primeras horas del 30 de abril, que se completó con sirvientes con uniformes blancos que repartieron bocadillos con *Sekt*, vino espumoso; el oficiante que habían traído a rastras porque tenía autoridad para celebrar la ceremonia matrimonial porque era funcionario, en este caso adjunto a la jefatura de la recogida de basura de Pankow; su pregunta solemne a la pareja: «¿Sois de origen ario?»; el desayuno de bodas vegetariano; el suicidio; la torpeza con la que se dispuso de los cadáveres, que acabaron en cajas con otros trozos de cadáveres del búnker, incluido un perro y sus cachorros, con los que se habían probado las píldoras del suicidio porque nadie confiaba en que los médicos de las SS fueran capaces de proporcionar cianuro efectivo (más tarde el cuidador de los perros se volvió loco). Cuando se supo que Hitler había muerto, las secretarías y los ayudantes de la Cancillería pusieron *jazz* y encendieron cigarrillos, prohibidos en presencia de Hitler. Cientos de miles de prisioneros alemanes marcharon hacia la URSS para no regresar jamás (y los prisioneros del búnker no lo hicieron hasta 1955, tras ser torturados, ya que el jefe de seguridad soviético Lavrenti Beria no estaba seguro de que Hitler no hubiera escapado). La rendición final, una para todos los Aliados, una para todas las fuerzas, incluida la URSS, tuvo lugar el 8 y el 9 de mayo. Un Churchill muy cansado se presentó muy pronto para contemplar la escena del búnker, pero el final del Tercer Reich no fue un momento de júbilo, como había ocurrido con el armisticio de 1918. Habían muerto más de 70 millones de personas y Europa (y gran parte de Asia) estaba en ruinas. Lo extraño fue que, a pesar del fanatismo que se había extendido hasta la última defensa, a partir de entonces no

hubo casi ninguna resistencia. Los alemanes estaban profundamente intimidados y cuando se les mostraron (forzosamente) los noticiarios de los campos de concentración, se produjeron pocos intentos de justificación, y los únicos intentos pseudoserios de historia revisionista han venido de los países aliados. En los años de la inmediata posguerra, doce millones de alemanes huyeron hacia el oeste, y quizá un cuarto de millón murieron exhaustos, de hambre, de enfermedad o violentamente, mientras que familias inofensivas, que ni siquiera habían votado a los nazis, fueron expulsadas de sus granjas en tierras checas o en Silesia, después de colgar carteles en lugares públicos que proclamaban, utilizando las mismas palabras que los nazis habían usado para los judíos: «Todos los alemanes, sin importar la edad o el sexo, se reunirán en la plaza del pueblo a las...», cada uno con un máximo de una maleta, para su deportación a algún pueblo alemán en ruinas. Como se señaló con pesar en aquella época, se trataba de un *Heims ins Reich*, «Regresar a casa en Alemania», y de una Alemania mucho más pequeña. Alemania occidental jugó una partida muy larga de reconciliación y eso fue lo que al final tuvo un éxito triunfal.

A los Aliados les produjo una intensa irritación que los japoneses, viendo el final de Hitler, no tuvieran presente lo que iba a ocurrir y se rindieran. Saipán había costado un esfuerzo enorme a los americanos, pero sus aviones se encontraban ahora al alcance del territorio japonés. Al sur, MacArthur estaba recuperando de nuevo las Filipinas. A finales de 1944 los americanos estaban llegando a lugares desde donde podían bombardear las ciudades japonesas. En la batalla del golfo de Leite, frente a una de las islas Filipinas en octubre, habían luchado acorazados de grandes dimensiones y los japoneses habían hecho un uso devastador de un arma nueva: los aviones suicidas kamikazes, que se estrellaban contra las cubiertas. Roosevelt había autorizado a MacArthur a que se concentrase en las Filipinas, para cortar las líneas de suministro japonesas, pero el almirante Chester Nimitz tenía ideas propias y controlaba la marina, que enviaba portaaviones contra Formosa (la actual Taiwán). Esta maniobra tuvo el efecto muy útil de atraer los aviones japoneses, de los cuales derribaron 600 en tres días, y por eso quedaba mucha menos cobertura aérea japonesa en el golfo de Leite. Se produjo una destrucción enorme de acorazados y portaaviones japoneses, y el 20 de octubre los americanos desembarcaron en Leite, que más o menos limpiaron, y avanzaron contra Luzón, la isla más grande de las Filipinas, y hacia Manila en enero. Aquí se empleó una fuerza americana más grande que en el norte de África o Italia, y la lucha fue especialmente dura, de manera que del cuarto de millón de defensores japoneses en Luzón murieron casi todos, aunque los que sobrevivieron siguieron luchando sin sentido aún después de terminada la guerra. Una de las islas principales de las Filipinas, Mindanao, presenció una resistencia similar hasta el 15 de agosto. A principios de año, fuerzas anglo-indias habían liberado Birmania, en la Operación Drácula, un desembarco anfibia nocturno desarrollado con oficio, pero en realidad los japoneses acaban de retirarse. Unos 150.000 japoneses murieron en combate en Birmania y sólo 2.000 cayeron

prisioneros, de los cuales sólo 400 estaban sanos. Si los soldados japoneses se iban a comportar de esta forma, entonces no había ninguna esperanza de alcanzar un final razonable de la guerra.

Ahora tenían al alcance las islas meridionales de Japón. Iwo Jima se ocupó en febrero y después Okinawa en mayo-junio, donde los pilotos suicidas kamikaze provocaron las mayores pérdidas sufridas nunca por la US Navy en una sola batalla, con 5.000 hombres muertos y el hundimiento o daño grave de docenas de barcos. De los 117.000 soldados japoneses que defendieron con tenacidad una Okinawa muy bien preparada, casi todos murieron. Se trató de un ejercicio de locura colectiva y sólo aumentó la determinación americana de acabar con la campaña. Mientras tanto, la economía de guerra japonesa estaba llegando al colapso. Los submarinos americanos estaban hundiendo la flota mercante y la habrían aniquilado pero fueron retirados para hundir buques de guerra. En octubre a los japoneses les quedaba poco petróleo y su acorazado más grande, el *Yamato*, cuando partió hacia Okinawa, sólo recibió 400 toneladas, lo que representaba la décima parte de sus tanques de combustible. Se podría haber seguido con este bloqueo, destruyendo el país sin necesidad de una invasión terrestre. Pero también intervenía la US Army Air Forces, que prometía resultados decisivos de los bombardeos. El bombardero americano, el B-29, había tenido sus problemas iniciales. Era extremadamente sofisticado y disponía de un blindaje que no podían traspasar las balas de ametralladora. Pero había sido necesario alrededor de un año de accidentes y de tácticas erróneas antes de que se pudiera utilizar adecuadamente el avión, bajo el mando de Curtis LeMay, en cuanto estuviera dispuesto el aeropuerto de Guam.

Ahora estaba claro cómo habían combatido los japoneses en esta guerra, a medida que se liberaba a los demacrados prisioneros de guerra, de los cuales un tercio había muerto (frente a un cinco por ciento de americanos y británicos que habían caído en manos alemanas). Al liberarse las Filipinas se produjeron masacres de nativos despreciados, y en Singapur e Indonesia se había tratado brutalmente a los habitantes, en especial a los chinos. Las atrocidades en China estaban bien documentadas y dadas las circunstancias nunca se ha podido realizar un recuento aproximado a la realidad de los muertos chinos: las estimaciones van de los dieciséis a más de veinte millones, casi tantos como los muertos rusos, y aun así no se incluyen las pérdidas de la década de 1930, en la que China estuvo la mayor parte del tiempo en guerra. Mientras tanto, no parecía que se vislumbraran gestos de que los japoneses iban a reconocer la realidad y se rendirían. Los tres vencedores se habían reunido en Potsdam del 17 de julio al 2 de agosto y habían exigido la rendición japonesa. Con el final de la guerra en Alemania, había llegado el momento de concentrarse en el Pacífico. Cuando los tres líderes se encontraron en Yalta, en febrero de 1945, se había cerrado un acuerdo para que cuando terminase la guerra en Europa la URSS rompiera el tratado de no agresión con Japón y le declarase la guerra. A cambio Stalin recibía el control de Europa al este del Elba (y él asumió que también significaba avances en

Irán y a expensas de Turquía). Por supuesto los americanos no querían a la Unión Soviética en China, y mucho menos en Japón, pero no deseaban reducir Japón ellos solos.

Stalin prometió que actuaría tres meses después del final de la guerra en Europa y eso fue exactamente lo que hizo el 9 de agosto con la invasión de Manchuria. Un millón de soldados provocaron una derrota rápida de los japoneses en esa zona, y una señal de lo que se podía esperar si continuaba la guerra por ese camino era que, en medio del caos, se escaparon ratas infectadas de peste, que extendieron una epidemia. Pero durante ese mes se produjo un golpe aún más grande. Los bombardeos estratégicos, bajo LeMay, se habían vuelto devastadores. Las casas japonesas eran pequeñas y débiles, construidas de madera y papel, como era de conocimiento general, para resistir los terremotos. Como el odio a los japoneses estaba muy extendido, se convirtieron en los objetivos evidentes y en cuanto los B-29 dispusieron de aeropuertos en tierra, en Iwo Jima y Okinawa, que fueron lugares en los que repostar y reparar, las ciudades de Japón se convirtieron en blancos fáciles, más aún porque no disponían de los cazas ni de la protección antiaérea que habían desarrollado los alemanes. Muy pocos B-29 fueron derribados por el fuego japonés: las bajas se producían a causa de la mecánica o por el tiempo, y a veces por errores del piloto. La producción industrial japonesa, que ya se había visto golpeada por el bloqueo, cayó en picado, y sólo entre el 9 y el 10 de marzo de 1945, murieron 100.000 personas a causa de una tormenta de fuego provocada por un ataque contra Tokio. Además, los canales y los ríos de Japón fueron minados desde el aire, en la Operación Starvation, y las familias japonesas dejaron de conseguir comida. Lo mismo había ocurrido en Alemania.

Entonces se iniciaron los últimos días del Imperio japonés. Las bombas atómicas se lanzaron el 6 y el 9 de agosto. Su origen era bastante remoto y en buena parte centroeuropeo, y fue una venganza curiosa por la campaña antisemita nazi que físicos con talento, algunos de ellos judíos, acabasen diseñando una bomba atómica. También se trató de un triunfo del ingenio británico y de la capacidad emprendedora americana. Los japoneses seguían conservando lazos con Moscú y estaban intentando que los rusos mediaran para conseguir términos para una paz honorable, pero seguían pensando que se encontraban en una posición de fuerza, con lo que lograron enfurecer a su propio embajador en Moscú, que era un hombre con sentido común. Mientras tanto, los jefes del ejército en Tokio seguían hablando tranquilamente de una resistencia hasta el amargo final. A mediados de julio, se probó con éxito una bomba atómica en Los Álamos, en el desierto de Nuevo México. Harry Truman, que era ahora el presidente después de la muerte repentina de FDR en abril, era un hombre escrupuloso y reflexionó sobre la cuestión de si lanzar la bomba sería totalmente ético, pero siguió adelante y dio a la Fuerza Aérea del ejército una autorización general. Hiroshima no había sufrido daños, pero el 6 de agosto fue bombardeada y en su mayor parte arrasada, provocando 80.000 muertos. Los

japoneses siguieron discutiendo entre ellos y se lanzó otra bomba sobre Nagasaki, matando a 30.000 personas. Incluso ahora, los más intransigentes intentaron un golpe, pero fueron rechazados y se suicidaron. Entonces, el 15 de agosto, el emperador, normalmente una figura simbólica, se rindió con la condición de que se respetase su papel como garante de la permanencia de Japón. Los americanos estuvieron de acuerdo, porque ya se estaban preguntando cómo iban a tratar a Japón. Con toda la dignidad que pudieron reunir, el viejo orden de Japón se presentó en un acorazado americano anclado en la bahía de Tokio el 2 de septiembre, y firmó un documento de rendición, bajo la mirada triunfal del general MacArthur.

Capítulo 10

Consecuencias

La primera guerra mundial terminó formalmente con tratados de paz, los principales de los cuales se redactaron a los pocos meses del armisticio. Esto fue un error, porque los odios de la guerra seguían envenenando el ambiente y los tratados negociados en una capital francesa ansiosa de venganza no hicieron nada para suavizar los odios. Los alemanes fueron humillados y a pesar de eso su nueva república fue obligada a aceptar los términos, bajo la amenaza de morir de hambre a causa del bloqueo; la república quedó envenenada desde el principio. En realidad la guerra no terminó allí ni en aquel momento con los tratados de París. Siguió adelante: en Rusia, donde habían ganado los comunistas, y en Turquía, donde los nacionalistas, con la ayuda comunista, derrotaron a los aliados occidentales, en especial a los británicos, y a sus representantes. La guerra no terminó realmente hasta 1923 con el Tratado de Lausanne, en Suiza, y en 1924 se produjo finalmente un intento serio de integrar a Alemania y a sus asociados en el sistema mundial. El agravio más importante de los alemanes hacía referencia a las indemnizaciones que se suponía que debían pagar a franceses y belgas: las reparaciones. Todos los alemanes les echaban la culpa de sus problemas económicos, en especial la inflación desbocada. En 1924 entró en juego un tiovivo por el cual Estados Unidos prestaba a Alemania el dinero para pagar a Francia, que así podía pagar sus deudas con Gran Bretaña, que a su vez pagaría sus deudas a Estados Unidos. Esta situación absurda estalló con el crac de Wall Street en 1929 y la consiguiente desintegración de la economía internacional. Versalles y sus codicilos siguieron vigentes durante casi una década, y una de las señales de que los franceses habían perdido la fe en toda esta estructura fue que en 1930 empezaron a construir la Línea Maginot que tuvo un coste enorme (y por eso lastraron su esfuerzo defensivo con este gigantesco elefante blanco).

El final de la segunda guerra mundial fue aún menos claro que el de la primera guerra mundial. De hecho, durante cuarenta y seis años no existió un verdadero tratado de paz con Alemania, hasta 1991. Un primer intento de llegar a un acuerdo con Alemania tuvo lugar durante el verano de 1945, cuando los tres grandes se reunieron en Potsdam, en una residencia parecida a Sandringham que se había construido para un príncipe heredero alemán en 1917 (una fecha con hondos significados). La reunión finalizó sin acuerdo en los temas principales, ni siquiera sobre la nueva frontera de Alemania en el este. En cualquier caso, no existía ningún gobierno alemán con el que se hubiera podido negociar: las potencias ocupantes simplemente discutían entre ellas, con los franceses poniéndose de vez en cuando del lado de los soviéticos. Poco después se inició la Guerra Fría y quizá la mejor fecha simbólica para marcar su comienzo sea noviembre de 1945, cuando los soviéticos se

negaron a participar en los planes anglo-americanos para resucitar la economía mundial.

Una de las grandes diferencias entre las dos guerras mundiales es el pensamiento económico que se aplicó. Por muy grotesco que parezca ahora, en 1918 las capitales europeas estaban llenas de planes de los vecinos pedigüenos. En su libro de 1989 *L'or et le sang*, Georges-Henri Soutou presenta una relación de estas peticiones, que quedaron en gran parte recogidas en los acuerdos de posguerra: nuevas anexiones, en especial en Oriente Próximo; reparaciones para entregar a Francia el oro alemán; confiscación de la flota de guerra y la marina mercante alemanas a favor de los británicos; los belgas incluso llegaron a imaginar que podrían ocupar una parte del delta del Escalda, que pertenecía a los holandeses, para impulsar el comercio de Amberes. En este aspecto, los americanos no fueron avariciosos, pero fueron ciegos en otros campos: querían que algunas naciones les devolvieran sus dólares mientras impedían, a través de las tarifas, que los pudieran ganar. Este sinsentido culminó en una crisis mundial, que acosó a Estados Unidos con veinticinco millones de parados. Después de la segunda guerra mundial, algunos hombres sabios reflexionaron sobre todo esto y dijeron: nunca más. Cuando los británicos negociaron los préstamos americanos durante la guerra, una de las cláusulas inevitables se refería al uso que se iba a dar a dichos dólares, y se realizó un gran esfuerzo para evitar que los británicos utilizaran la ayuda americana para promover su comercio con los neutrales. Churchill se sintió humillado en este proceso. Pero de él surgieron acuerdos nuevos sobre la cooperación monetaria y el entendimiento atlántico, así como lo que habría que hacer después de la guerra. No se volvería a permitir nunca más el colapso del comercio, como había ocurrido en los años treinta, dejando sin trabajo a millones de personas. Tendría que existir algún tipo de acuerdo internacional para mantener el flujo de dinero para el pago del comercio, y esto se acordó en Bretton Woods en el verano de 1944. Éste fue el inicio del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que iban a rescatar a los países que podrían haber derrumbado el mundo si se hubiera permitido que colapsasen. El sistema no funcionó durante algunos años después de la guerra a causa del estallido de la Guerra Fría. Una de las razones de que no funcionase fue que si los países querían beneficiarse de Bretton Woods, tenían que permitir la inspección de sus finanzas, y la Unión Soviética se negó.

Alemania se convirtió ahora en el punto de confrontación entre los rusos y Occidente. Los primeros querían reparaciones y desmantelaron gran cantidad de industrias en la parte de Alemania que controlaban. También capturaron a científicos especializados en cohetes, que entregaron sus secretos al programa espacial soviético (lo mismo que ocurrió con los americanos, aunque en este caso los internados cooperaron voluntariamente y fueron recompensados con generosidad). Alemania más allá del Elba siguió en condiciones lamentables, con una economía esclavizada, y los campos de concentración siguieron en funcionamiento para los recalitrantes. Moscú quería en especial la colaboración de los británicos, porque controlaban el

Ruhr, la zona industrial más importante (la zona de ocupación americana, centrada en Frankfurt, era mucho menos industrial). Para empezar, las simpatías británicas habían estado con los rusos; los británicos eran responsables de todo el noroeste de Alemania, que se encontraba en condiciones lamentables: miles de casas, canales, ferrocarriles y fábricas en ruinas. Millones de alemanes habían huido del este, y competían por lugares donde vivir, con frecuencia pequeñas chabolas construidas de escombros, cuyos inquilinos vendían sus cuerpos por cigarrillos. Aunque los británicos estaban obligados por sus acuerdos con los rusos a enviar maquinaria al este hasta al menos 1950, sabían que si a causa de dichas reparaciones los alemanes morían de hambre, británicos y americanos tendrían que enviar alimentos, que no sobraban en Gran Bretaña. Al principio sólo los americanos y británicos de más altos principios se opusieron al trato terrible infligido a los alemanes, pero esta percepción cambió cuando pasaron los primeros meses de la ocupación. La autoridad de las Naciones Unidas envió paquetes de ayuda y también apareció una gran preocupación privada americana (existía un contenido especial para la intelectualidad de Budapest, que la mantuvo en marcha). También existía la necesidad de un gobierno local y los alemanes podían realizar mejor el trabajo que militares aliados ignorantes y sin formación; se podía usar para ello a los alemanes de tradición democrática que habían sido perseguidos por los nazis. El más destacado entre ellos era Konrad Adenauer, que iba a ejercer las funciones de canciller de Alemania occidental desde 1949 a 1963, de sus setenta y tres hasta los ochenta y siete años. A través del caos de 1946, estaba empezando a surgir una Alemania nueva, y en septiembre el secretario de Estado americano, James Byrnes, pronunció su famoso discurso en Stuttgart, donde les dijo a los responsables de diversos estados alemanes: «La opinión del gobierno americano es que el pueblo alemán por toda Alemania, bajo las salvaguardias adecuadas, debe recibir ahora la responsabilidad primaria para llevar sus propios asuntos». Las zonas británica y americana se unieron formalmente como la Bizona el 1 de enero de 1947, permitiendo políticas adecuadas en cuanto al transporte y el comercio. Hasta ese momento, los críticos alemanes afirmaban exageradamente que la autoridad británica de ocupación, con sus actitudes socialistas (el laborista Clement Attlee había sucedido a Churchill), le estaba haciendo más daño a la economía del Ruhr de lo que habían conseguido los bombardeos.

Una parte de esta historia sólo eran mejoras administrativas, necesidades que empujaban a las autoridades anglo-americanas a colaborar con los alemanes. Pero también estaba la amenaza del este. Los soviéticos establecieron mucho antes que todos los demás una autoridad democrática en Berlín: su núcleo estaba formado por el grupo de comunistas alemanes que habían sobrevivido a la guerra en Moscú, dirigidos por Walter Ulbricht. Stalin esperaba sorprendentemente que los alemanes votarían a los comunistas, admirados por lo que habían conseguido en la Unión Soviética, derrotando a Hitler donde los alemanes habían derrotado al zar. No lo hicieron, ni mucho menos. La respuesta habitual a este acertijo era obligar a que los

socialistas se unieran a los comunistas y durante la Pascua de 1946, los soviéticos lo consiguieron mediante el miedo y el chantaje. Así surgió el Partido Socialista Unificado, dirigido por Ulbricht con su irritante *Fistelstimme* con su falseto sajón, que gobernaría Alemania oriental con las habituales elecciones fraudulentas y partidos títeres. Por otro lado, en ese momento por fin se entregó a la población un mínimo de alimentos. En el oeste, por el contrario, los meses de enero a abril de 1947, con uno de los peores inviernos de la historia, estuvieron marcados por el hambre y el frío. El sucesor de Byrnes como secretario de Estado, el general George C. Marshall, viajó en tren a través de una Francia a punto de ser tomada por los comunistas y atravesando una Alemania en ruinas y llena de espectros, hasta un Moscú que era lúgubrememente hostil. Stalin le explicó a Marshall que confiaba en que los comunistas tomaran el control de toda la Europa continental y como dijo Lucius Clay, gobernador militar americano: «No existe alternativa entre ser comunista con 1.500 calorías al día y ser un creyente en la democracia con 1.000». Stalin ya había ocupado Polonia mediante unas elecciones fraudulentas y muy pronto iba a hacer lo mismo en Hungría y Checoslovaquia. En respuesta, en junio de 1947 en Harvard, Marshall anunció que Estados Unidos saldría al rescate de Europa occidental. En aquel momento se destinó la suma enorme de 5.000 millones de dólares para satisfacer las necesidades inmediatas de Europa occidental, que el invierno excepcionalmente duro había convertido en un asunto de vida o muerte. Se crearon diversas instituciones para gestionar el Plan Marshall, porque incluso el gobierno francés carecía de algunas de las estadísticas vitales necesarias (y el representante griego en la organización del Plan Marshall para la colaboración económica europea fue descubierto en su oficina de París inventándose las). Ahora estuvieron representados los alemanes occidentales, su primera aparición a nivel internacional, aunque indirectamente, a través de la autoridad de ocupación americana. En primera instancia, Europa occidental fue rescatada y desapareció el peligro de una toma del poder por parte de los comunistas, que era perfectamente real en Francia, Italia y Grecia. Después de esto, los diversos estados dedicaron el dinero de Marshall a sus propias necesidades, los alemanes reconstruyendo sus infraestructuras y los británicos, que en 1946-1947 habían gastado el noventa por ciento de sus ingresos en dólares en la compra de cigarrillos, principalmente se dedicaron a reconstruir sus inversiones en el extranjero (que se recuperaron con bastante rapidez, mientras que los transportes británicos se convirtieron en los peores de Europa).

Los americanos insistieron en una cosa: los europeos no debían retener el dinero a través del control de cambio de divisas; lo tenían que repartir por todas partes a través del comercio. Esto significaba que Francia y Bélgica –que en aquel momento era una potencia industrial a tener en cuenta y que contaba además con los recursos del Congo belga– no debían discriminar a otros países, en especial a Alemania. La mitad de la economía holandesa había dependido del comercio con Alemania, cuya recuperación, desde el punto de vista americano, era una necesidad primaria. Por ello

se estableció una Unión Europea de Pagos que debía ejercer en el comercio europeo el mismo papel que se suponía que ejercería el FMI en el comercio mundial. En 1950 se produjeron tensiones sobre la nueva divisa alemana, el Deutsche Mark, cuando los industriales del Ruhr acumularon materias primas para hacer frente al *boom* de las exportaciones industriales que se esperaba en el futuro inmediato. La Unión de Pagos intervino y el marco se salvó. Resulta curioso que en su ansia por crear un gran mercado europeo en la línea del propio, los americanos fueron los primeros en proponer una divisa europea común. El subdirector del Plan Marshall sugirió que podría recibir el nombre de ECU, unidad de cuenta europea. El dinero del Plan Marshall fue redestinado al rearme durante la época de la guerra de Corea, pero en esos años nacieron las instituciones de posguerra en el mundo atlántico, una detrás de otra y cada una a partir de la anterior. Así aparecieron en 1947 el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT, en sus siglas en inglés) para el libre comercio, la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), la oficina del Plan Marshall que sigue con nosotros, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) en 1951 para unir en un cártel el carbón y el acero francés y alemán (en origen, si no de la Unión Europea, al menos de su bandera, con el azul del acero, el negro del carbón y las estrellas amarillas que correspondían al número de países integrantes, inicialmente seis). El conjunto culminó con la OTAN en 1949. En paralelo apareció una República Federal de Alemania, que quedó constituida formalmente en octubre de 1949.

La historia de Occidente después de la guerra ha sido un éxito considerable. Los alemanes habían aprendido de la experiencia de Weimar. Su Constitución extremadamente literal, que obligaba a elecciones interminables con representación proporcional, había acabado desembocando en un Hitler. La nueva Ley Básica (en realidad, la Constitución) era corta y precisa, con un buen equilibrio entre el centro y las provincias, y protegía los elementos esenciales, como la defensa de la familia contra impuestos excesivos. El Banco Federal tenía instrucciones para no volver a permitir una inflación monetaria como la que habían vivido los alemanes por dos veces; se puso en marcha un círculo virtuoso de ahorro e inversión; y en 1955 las exportaciones alemanas superaban ya a las de Gran Bretaña, donde el círculo no era tan virtuoso. Austria también se convirtió en un país modélico. También se presenció otra característica admirable en la Alemania de posguerra porque aunque millones de refugiados vivieron una experiencia terrible, con familias completamente inocentes que tuvieron que cruzar la frontera con solo una maleta, sorprendentemente se produjeron muy pocas quejas. Los alemanes de los Sudetes siguieron con su vida y consiguieron prosperar. El líder de la Alemania de posguerra, Konrad Adenauer, dijo que al final se iban a convertir en un imán para los comunistas del este, y realmente tuvo razón, aunque el efecto tardó más de lo esperado. Cuando llegó el momento, la reconciliación de polacos y checos con los alemanes fue relativamente poco dolorosa. Por supuesto, en todo esto se tuvo que pagar un precio cultural: una falta de confianza

nacional, que fue posiblemente el efecto a largo plazo de unos bombardeos tan terribles. Parafraseando a A. J. P. Taylor: la gente ya no cantaba *Deutschland erwache*^[3], pero se había despertado igualmente.

La historia del Japón de posguerra se parece mucho a la de Alemania. Para empezar, la ocupación americana había sido muy caótica y Japón, al igual que Alemania, sufrió dos años de penurias terribles. Entonces, al igual que en Alemania occidental, el sentido común administrativo, combinado con una victoria comunista, provocó una revisión de la situación. En 1949 los comunistas vencieron en la guerra civil china, y las tropas derrotadas del Kuomintang, bajo el liderazgo de Chiang Kai-shek, se retiraron a la isla de Formosa, Taiwán. Entonces los americanos presentaron un plan para resucitar la economía japonesa, que se convirtió en un éxito espléndido, como había ocurrido con Alemania occidental. El economista Piero Straffa, editor de la correspondencia de David Ricardo y recuperador de la teoría olvidada de Marx sobre la plusvalía, tomó dos decisiones económicas en su vida. Compró bonos japoneses en 1945 y los vendió en 1960 a cambio de oro, y acabó muriendo como un hombre muy rico (como profesor del Trinity College de Cambridge, donde contaba los azucarillos antes de la llegada de la señora de la limpieza y después de que se fuera).

El contraste con los comunistas fue cada vez más evidente con el paso de las décadas. La recuperación de la URSS siguió adelante, en parte gracias a la mano de obra esclava alemana (los prisioneros alemanes construyeron los rascacielos de Moscú en forma de pastel de bodas). La militarización extrema, la omnipresencia de la policía secreta (es decir, el KGB) y los bienes entregados por Alemania en concepto de reparaciones permitieron la recuperación, aunque la agricultura no situó su producción por encima del nivel de los zares hasta 1960. En 1949 se anunció la explosión de una bomba atómica soviética y en 1950, cuando los chinos penetraron en Corea, la Guerra Fría corrió el riesgo de volverse caliente. De hecho la guerra de Corea animó la demanda de materias primas y de maquinaria alemana, y provocó que la estructura económico-militar occidental, cuyo elemento clave era la OTAN, se endureciera y fortaleciera. Todo esto permitió que Alemania en la década de 1950 y Japón en la de 1960 asumieran una posición de importancia mundial. Con el tiempo, este desarrollo extraordinario y paradójico iba a afectar a los estados comunistas. China, enfrentada a un éxito de tal calibre, no sólo de Japón, sino de Taiwán y Corea del Sur, que en 1960 sólo exportaba pelucas, cambió de rumbo. Su éxito fue imitado por la URSS, que se desintegró. Con esto, se firmó por fin un tratado de paz con una Alemania unida y la segunda guerra mundial llegó a su final formal cuarenta y seis años después de la victoria aliada.

FRONTERAS POLÍTICAS EUROPEAS, CA. 1924





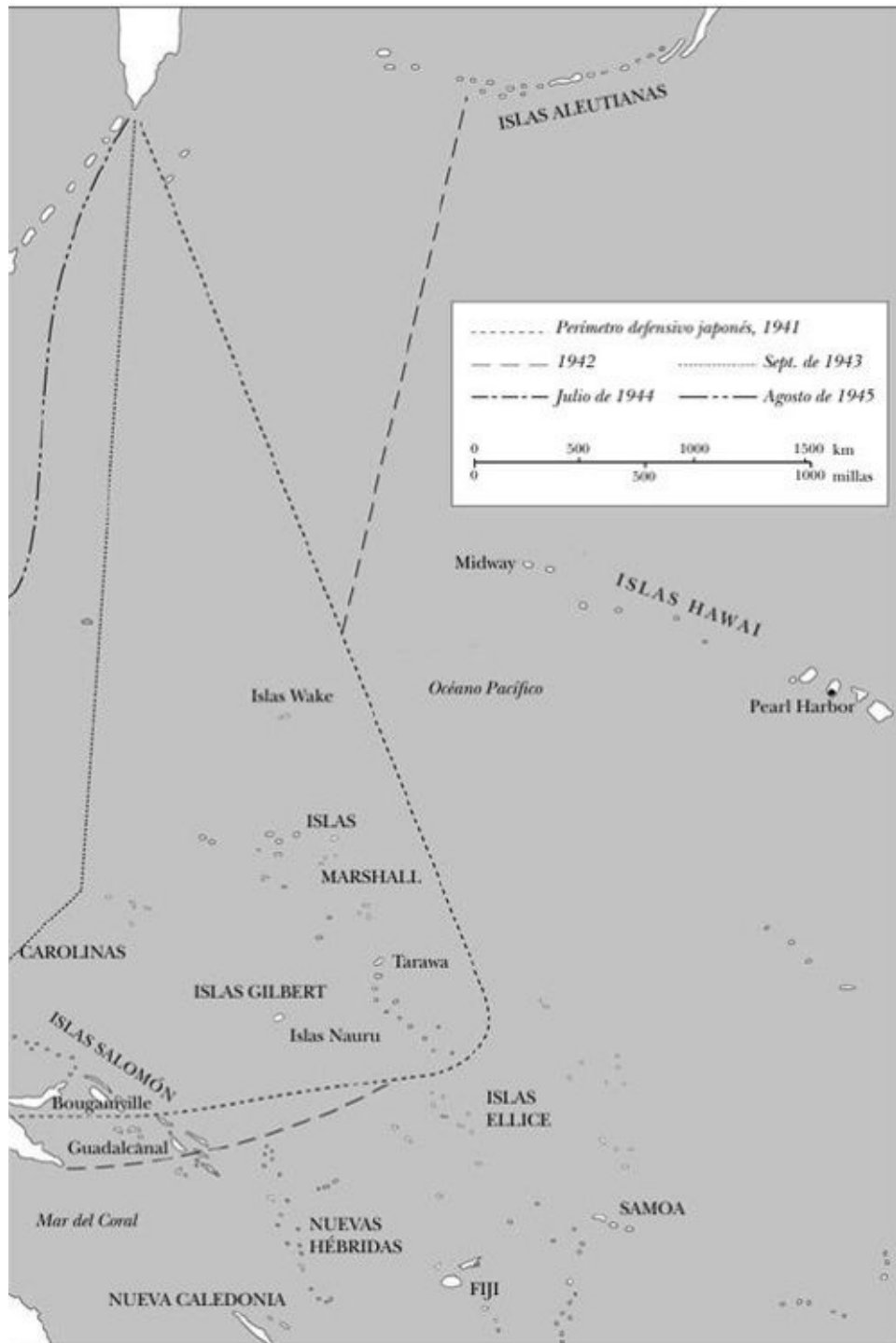
EL IMPERIO NAZI EN SU MÁXIMA EXTENSIÓN, OTOÑO DE 1942





LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN ASIA Y EN EL PACÍFICO, 1941-1945





Agradecimientos

A lo largo de los años he reunido una buena colección de libros sobre la segunda guerra mundial, siendo los primeros de ellos *The Origins of the Second World War* de A. J. P. Taylor (1961) [*Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, 1965] y *The Desert Generals* de Correlli Barnett (1962). He tenido la gran suerte de poder utilizar bibliotecas excelentes para complementar estas obras. La Biblioteca de Bilkent, en el centro de Anatolia, se construyó en un espacio de tiempo relativamente corto y ahora es increíblemente útil; en Inglaterra la London Library y la Cambridge University Library son accesibles, agradables e infinitamente gratificantes. También he sido afortunado con mis editores: Lara Heimert en Basic Books y Simon Winder en Penguin, y estoy especialmente agradecido a mi genial y bien informado editor, Norman MacAfee. Mi hijo Rupert Stone ha sido mi primer lector y estoy muy contento de haber recibido su estímulo.

Algunas fuentes

Existen muchos y variados, y a veces espléndidos, libros sobre la segunda guerra mundial, pero mi preferido es *The Second World War* de John Keegan (1990). Explica los tecnicismos militares, como el diseño de tanques y aviones, con gran claridad y ofrece relatos cortos y excelentes sobre las diversas batallas por tierra, mar y aire. Cualquier lista de fuentes se puede convertir en un océano inmenso, pero Keegan resuelve el problema limitándose a cincuenta libros, la mayoría de los cuales yo también habría elegido, y la mejor decisión para mí es ofrecer otras cincuenta obras, publicadas desde entonces. Esta limitación es mucho más fácil de lo que se podría pensar, porque los libros en lengua inglesa, debido a la extensión de Internet y de las traducciones automáticas, son apabullantemente preponderantes, mucho más que en el caso de la primera guerra mundial.

En la actualidad la historia general imprescindible son los trece volúmenes de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, publicados originalmente por el Militärgeschichtliche(s) Forschungsamt (Freiburg-Potsdam) y traducido por Oxford University Press desde 1990 bajo el título de *Germany and the Second World War*. Su erudición y objetividad están fuera de cuestión. Michael Burleigh: *Moral Combat: A History of World War II* (2010) es una obra amplia y profunda de estilo antiguo; John Lukács: *The Last European War* (1976) y cf. con *The Hitler of History* (1997) [*El Hitler de la historia*, 2003] y *The Duel* (2001) [*Cinco días en Londres*, 2001], del propio Lukács, que se centran en la colisión personal entre Hitler y Churchill durante el verano de 1940. La biografía más destacada de Hitler es la de Ian Kershaw: *Hitler* (2 vols., respectivamente *Hubris*, 1998, y *Nemesis*, 2000) [*Hitler*, 1999 y 2002]. Difícilmente se podrá encontrar un tema, militar o político, en el que el autor no sea un experto, como pude descubrir cuando, como experto, repasé algunas de las fuentes en preparación de la denuncia de *The Guardian* contra David Irving. *Hitler's War* de Irving (1977) [*La guerra de Hitler*, 1980] podría y debería haber sido un libro sobresaliente, en especial sobre los acontecimientos que condujeron a Stalingrado, pero se malogró por la afirmación de que Hitler no sabía lo que le estaba ocurriendo a los judíos. *Fatal Choices* de Kershaw (2008) [*Decisiones trascendentales*, 2008] se centra en las grandes decisiones estratégicas. Gerhard Weinberg: *A World at Arms* (2005) [*Un mundo en armas*, s.f.] es muy completo.

Sobre los orígenes de la guerra, *The Origins of the Second World War* de A. J. P. Taylor (1961) [*Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, 1965] sigue siendo muy útil, en especial las primeras cien páginas, que muestran las debilidades, a veces ridículas, del orden de Versalles. Zara Steiner: *The Lights That Failed* (2005) es una autoridad para el período hasta 1933, cuando el orden empezó a desmoronarse, empezando con la economía mundial, y es mucho más benévola que Taylor. Antony Beevor: *The Battle for Spain* (2006) [*La guerra civil española*, 2006] es una obra muy sofisticada, con mucho material sobre las implicaciones comunistas ocultas en la

guerra civil española. David Faber: *Munich* (2008) y Jonathan Haslam: *Russia's Cold War* (2011) se merecen una buena atención.

Las campañas de 1939-1941 se analizan en Julian Jackson: *The Fall of France* (2003), Karl-Heinz Frieser: *The Blitzkrieg Legend* (2005), James Holland: *The Battle of Britain* (2010). La movilización de la economía de guerra británica está bien resumida en David Edgerton: *Britain's War Machine* (2011), pero sigue el interés intemporal en Correlli Barnett: *Audit of War* (1986), un desafío memorable a la satisfacción británica. Su viejo clásico, *The Desert Generals* (1960) sobre la guerra en el norte de África, sigue siendo muy estimulante. Sobre el inicio y la continuación de la campaña de bombardeos sobre Alemania, Max Hastings: *Bomber Command* (1976) sigue siendo el mejor. Robert Skidelsky: *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom* (2001) es el clásico más reconocido, que resulta maravilloso por su comprensión de las finanzas de la guerra y en las condiciones de supervivencia del Tesoro.

Para la preparación de Barbarroja en 1941, véase Gabriel Gorodetsky: *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia* (1999) y Konstantin Pleshakov: *Stalin's Folly: The Secret History of the German Invasion of Russia* (2005) [*La locura de Stalin*, 2007]. El frente oriental ha recibido una gran atención desde 1989, al aparecer gran cantidad de documentación nueva. Chris Bellamy: *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War* (2007) [*Guerra absoluta*, 2011] es la obra de conjunto más importante, pero véase también David Glantz que tiene una serie de obras que incorporan tanto sus intuiciones destacables como los silencios de la historia oficial soviética: *The Gates of Stalingrad: Soviet-German Combat Operations, April-August 1942* (con Jonathan M. House) y *Armageddon in Stalingrad: September-November 1942* (2009). Glantz se ha explicado en el artículo «Forgotten Battles of the Soviet-German War, 1941-45» en Ljubica Erickson y Mark Erickson (eds.): *Russia: War, Peace and Diplomacy* (2004), que también recoge artículos importantes sobre aspectos concretos del frente oriental. Richard Overy: *Russia's War* (1997) es un libro antiguo, y el libro más destacado sobre una batalla es Antony Beevor: *Stalingrad* (1998) [*Stalingrado*, 2000]. Explica la naturaleza de su investigación –imponente en su contribución al volumen de los Erickson («Stalingrad and Researching the Experience of War»).

Sobre algunos aspectos del dominio nazi en Europa y el oeste de la URSS, véase Mark Mazower: *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe* (2008), que ha venido a sustituir al clásico Alexander Dallin: *German Rule in Russia 1941-1945* (1981). Christopher Browning, «Hitler and the Euphoria of Victory» en David Cesarani (ed.): *The Final Solution: Origin and Implementation* (1996) es la obra imprescindible, pero sigo pensando que el tono de Gerald Reitlinger: *The Final Solution* (1953) [*La solución final*, 1973] es el más apropiado. Desde que se abrieron los archivos comunistas se ha trabajado con mucha intensidad en Auschwitz, como en J.-C. Pressac: *Auschwitz* (1989) que ofrece estadísticas fiables y explica la historia del

museo (cuyo fondo incluye una parte de reconstrucciones); véase Hans Mommsen: *The Third Reich Between Vision and Reality* (2001) para una exposición de las diversas explicaciones de este autor. Adam Tooze: *The Wages of Destruction* (2006) levanta olas con respecto al crac de la economía alemana, que demuestra que estaba mucho más militarizada de lo que se suponía. Mungo Melvin: *Manstein* (2010) y Brigitte Hamann: *Winifred Wagner: Oder Hitlers Bayreuth* (2003; *Winifred Wagner: A Life at the Heart of Hitler's Bayreuth*, 2007) son cortas pero reveladoras.

Al final era preferible que media Europa quedase bajo un comunismo que podía mejorar, a que toda Europa quedase bajo un Hitler que sólo podía ir a peor. Pero las últimas fases de la guerra estuvieron dominadas por la entrega inmediata de Europa central a Stalin: véase Krisztián Ungváry: *Battle for Budapest* (2005) o Hans Graf von Lehndorff: *Ostpreussisches Tagebuch* (1985) y cf. Alexander Fürst zu Dohna-Schlobitten: *Erinnerungen eines alten Ostpreussen* (1989). Götz Aly: *Hitlers Volksstaat [La utopía nazi, 2006]* (2005) y Joachim Fest: *Staatsstreich* (1994) y *Der Untergang* (2004) [*El hundimiento*, 2005] ven los bombardeos desde la perspectiva alemana.

El diseño de la estrategia en el frente occidental está maravillosamente descrito en Andrew Roberts: *Masters and Commanders* (2008) y cf. Max Hastings: *Churchill: Finest Years* (2009) [*La guerra de Churchill*, 2010]. Carlo d'Este: *World War Two in the Mediterranean 1942-1945* (1990), Rick Atkinson: *An Army at Dawn* (2002) sobre Torch [*Un ejército al amanecer*, 2004], Niall Barr: *Pendulum of War* (2005) sobre las tres batallas en El Alamein y lord Carver: *The Imperial War Museum Book of the War in Italy* (2001) son recomendables. Allan Mallinson: *The Making of the British Army* coloca estas batallas en perspectiva. Max Hastings: *Armageddon* (2004) [*Armagedón*, 2005] es una buena descripción del final de la guerra en Alemania.

Sobre la guerra en el Lejano Oriente, véase William B. Hopkins: *The Pacific War* (2010), John Toland: *The Rising Sun* (1970) y Ronald Spector: *Eagle Against the Sun* (1985) y Max Hastings: *Nemesis* (2007) [*Némesis*, 2008].



Norman Stone (nacido el 8 de marzo de 1941 en Glasgow) es un académico, historiador y escritor escocés. Actualmente es profesor de Historia Europea en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bilkent, habiendo sido profesor en la Universidad de Oxford, profesor de la Universidad de Cambridge y asesor de la primera ministra británica Margaret Thatcher. Es miembro de la junta del Centro de Estudios Eurasiáticos (AVIM).

Stone asistió al Glasgow Academy con una beca para los hijos de militares muertos, su padre había muerto en la Segunda Guerra Mundial y se graduó con honores de primera clase en Historia en la Universidad de Cambridge, Inglaterra (1959-1962).

Notas

[1] Nombre que recibía la administración colonial británica en el subcontinente indio. (N. del T.). <<

[2] Su nombre oficial era Panzerjäger Elefant y se trataba de un cazacarros pesado, diseñado específicamente para eliminar tanques de combate. Recibía el sobrenombre de *Ferdinand* por su diseñador, Ferdinand Porsche. (N. del T.). <<

[3] *Alemania despierta*, uno de los himnos del Partido Nazi. (N. del T.). <<